CARE SANTOS

LOS QUE RUGEN



Los fantasmas habitan entre nosotros.

Care Santos se adentra en «Los que rugen» en el mundo espectral y fantasmagórico que tan bien domina. Con una prosa sutil pero enormemente sugerente, Santos es capaz de crear atmósferas fantásticas que transportan al lector por completo. Una colección de cuentos perfectamente encajada en la mejor tradición fantástica y de historias sobrenaturales. Colección de cuentos muy recomendada para aquellos que disfruten de la obra de Care Santos y de las historias de fantasmas.

Care Santos

Los que rugen

ePub r1.0
Titivillus 21-01-2025

Título original: *Los que rugen*
Care Santos, 2025

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

¿Qué es un fantasma?, preguntó Stephen. Un hombre que se ha desvanecido hasta ser impalpable. Por muerte, por ausencia, por cambio de costumbres.

JAMES JOYCE

En el interior de las personas rugen los fantasmas.

PILAR PEDRAZA

I. ELLOS

POR LAS NOCHES AULLAMOS

DE MODO QUE ME QUEDÉ A ESPERAR AQUÍ, en la tercera con la setenta y cuatro. Fue después de dar algunas vueltas por las calles colindantes. No me agradaba la idea de vivir a la intemperie. Es absurdo, ya lo sé, pero el apego por ciertos lugares permanece intacto. Especialmente por aquellos que nos traen buenos recuerdos. Para mí, la esquina donde estuvo J. G. Melon's, la mejor hamburguesería del mundo, según decían algunos, es uno de esos lugares. Fue aquí donde Ian me pidió que me casara con él, apenas unas horas antes del apagón. Habíamos pedido dos *beiconburguers* y dos raciones de patatas fritas. Teníamos planes. Ian había visto una casita que alquilaban a buen precio en Brooklyn, junto a otra que ocupaban catorce mexicanos (de la misma familia). No descartábamos tener hijos (a Ian le gustaban mucho) e incluso habíamos hablado de ello en serio. Es extraño, aún me entristece pensar en estas cosas, ya tan lejanas. Rápidamente aparto los pensamientos negativos y me digo: Lo que no tiene remedio solo es una pérdida de tiempo.

No sería tan descabellado que Ian regresara. Creo que otros lo han hecho. Él, después de todo, tiene más motivos que muchos. Yo soy un buen motivo, o por lo menos lo fui, un rato antes del apagón. No se me despintan de la memoria sus ojos húmedos. Nunca nadie me mirará como tú lo haces, le dije, antes de que la frase cobrara un sentido macabro. Hace meses que pienso seriamente en la posibilidad de un reencuentro y me resigno a perder la esperanza. Aunque cada vez quedamos menos. Y el reconocimiento no es posible cuando no ves al otro, cuando la comunicación se reduce a algunos suspiros y jadeos. Estamos forzados a vivir en un mundo de sombras invisibles, donde a los demás solo puedes presentirlos, lo mismo que ellos a ti. Es cierto que, desde que aprendimos a hacerlo, nos escuchamos, pero nuestros sonidos conocen una gama muy limitada. Solo los más afortunados logran gemir. El resto, jadeamos, o emitimos algún que

otro suspiro o —eso es lo que hace la mayoría, por lo que sé— nos limitamos a respirar un poco más fuerte de lo que lo habríamos hecho antes. Es por eso que nuestro lenguaje resulta caótico, inquietante, una dramática vuelta al comienzo. En realidad, nunca terminas de acostumbrarte.

No es que pretenda ser optimista a pesar de todo, pero algo me dice que Ian es una de las presencias que siento a todas horas alrededor, en este lugar que algún día fue tan especial. Ahora, los matorrales cubren las máquinas y las paredes comienzan a desconcharse. En el suelo se han abierto grietas donde explota la vegetación y el techo está devastado por las goteras. Cualquier día, los pisos superiores se desplomarán sobre los de abajo y todo se reducirá a escombros. En la calle, allí donde los vehículos se detuvieron, ya no quedan más que hierros oxidados. El asfalto resulta casi invisible bajo la tierra y la hierba. Incluso han comenzado a crecer los árboles que nacieron en mitad de la tercera avenida.

He aquí una verdad insoportable: nuestro único papel en la ciudad y en el mundo era evitar este avance.

Todavía escucho jadeos, pero ya no a todas horas, como al principio. Tampoco oigo a los demás arrastrándose, sigilosos, entre la maleza, como antes sobre los cristales rotos. A veces me parece que me cruzo con alguien, que hay un ser muy cerca que puede presentirme, como yo a él, pero entonces procuro permanecer quieta, a la espera, observando las calles invadidas. A veces le oigo seguir su camino, y otras pienso que han sido solo imaginaciones mías. La incertidumbre me acompaña a todas horas.

Al principio los oía por todas partes pero poco a poco comenzaron a desaparecer. Me inspiraban terror. Luego, tal vez me acostumbré a ellos. La resignación es triste y silenciosa. No fue fácil asumir que la ciudad había dejado de pertenecernos.

No tengo muy claro cómo pudo ocurrir. Fue de pronto, en una noche lluviosa. La ciudad que nunca descansaba se detuvo en un instante, como un enorme engranaje que se atasca. Como si alguien acabara de apagar el interruptor del mundo.

Clic.

Los coches humearon aún unas horas más, con los limpiaparabrisas en marcha, marcando un compás macabro; los

semáforos continuaron cambiando del rojo al verde, del verde al ámbar, del ámbar al rojo, en una secuencia estúpida: *Walk. Don't walk*. Nadie atiende las órdenes. Los relojes marcaron un poco más el tiempo en un lugar donde ya nadie los necesitaba. Hubo cláxones accionados por el peso de algún cuerpo inerte. También sirenas aullando en las calles desiertas, hornos que terminaron su cocción, electrodomésticos cumpliendo su programado cometido, cadenas de montaje fabricando productos que antes de estar acabados ya eran inútiles, aviones que continuaron planeando, ascensores subiendo y bajando, convoyes del metro que siguieron su ruta interminable, cargados de cadáveres desplomados.

A un observador poco meticuloso podría haberle dado la impresión de que la ciudad continuaba viva. Pero solo se trataba de un espejismo. En cuestión de horas, apenas un par de días, todo enmudeció. Se agotó el combustible de los depósitos, nadie dio cuerda a los mecanismos antiguos, no hubo quien se ocupara de recargar las baterías. Cuando las centrales eléctricas comenzaron a claudicar, como gigantes, una tras otra, el mundo dejó de ser obra nuestra.

Poco a poco, fueron callando las sirenas, los motores, los disparos, la música, las alarmas, los traqueteos… Al último latido de vida mecánica siguió un silencio desolado.

Siempre estuve aquí, detrás de todo, parecía decirnos aquella horrible quietud.

No fue divertido comprobar que las cosas no se parecían a lo que nos habían dicho. Nosotros, pobres criaturas aferradas a cuatro paredes, no disponíamos de la movilidad que siempre atribuimos a los seres incorpóreos. Ni siquiera éramos ágiles en los desplazamientos, de modo que más de cuatro escalones ya eran para nosotros un obstáculo insalvable. Estábamos, pues, condenados a vagar por terrenos llanos, lo cual en una ciudad como esta resultó un verdadero inconveniente. Y si nuestro peregrinaje por calles que ya no se parecen a las de antes resultaba penoso, no quiero ni imaginar lo que fue de todos aquellos que se quedaron apresados en pisos altos, o en el subsuelo o en el mirador del Empire State. Si no supiera con certeza que la ciudad enseguida se llenó de lobos, pensaría que eran los atrapados quienes aullaban a la Luna desde

que se ponía el sol hasta bien entrado el amanecer.

Fueron ellos, los lobos, los que se adueñaron de todo. Se podría decir que ahora son los verdaderos dueños de la ciudad. Su llegada fue casi inmediata, pero sucedió a la de las ratas y los insectos. En los primeros días, no era raro tropezar en mitad de la calzada con un coche invadido de roedores excitados por la abundancia de comida. Y eso que al principio las ratas debieron de lamentar nuestra desaparición (les proporcionábamos tanto alimento, tanta distracción…) pero pronto supieron verle las ventajas. Aunque la mayor suerte correspondió a los insectos. Anulada la feroz resistencia con la que siempre nos opusimos a su avance, lo devastaron todo. Calculo que los siete millones de volúmenes de la Biblioteca Pública debieron de quedar reducidos a polvo en solo siete días. Y en sus escalinatas anidaron los buitres.

Pero ¿qué son un montón de libros al lado de los puentes de hierro, de las moles de hormigón, de los rascacielos que se precipitaron al vacío? Poco a poco los oímos caer, uno por uno. Primero cedieron los cristales. Luego, las carcasas de hierro y hormigón. La ciudad entera comenzó a corroerse. La gangrena del óxido lo invadió todo y pudo mucho más que la piedra. Durante un tiempo regresó el ruido: el del desplome de las estructuras que un día levantaron los humanos, orgullosos. Luego, nada. De día, viento y follaje. De noche, los lobos aullándole a la luna.

Y nosotros, los fantasmas, aterrados, escuchando.

Escucho la voz de Ian que me dice al oído: Nunca debimos hacerlo, nunca debimos ser tan arrogantes. Levantar esta ciudad sobre un bloque de piedra, a quién se le ocurre.

Estamos en nuestra mesa de J. G. Melon’s. Él lleva una chaqueta nueva, un regalo mío de cumpleaños. En la mesa languidecen nuestras hamburguesas poco hechas, junto a las dos raciones de patatas. Tras el mostrador, el camarero da cuerda a un viejo reloj mientras consulta el tiempo exacto en su teléfono móvil. Al otro lado de los ventanales circulan taxis a toda prisa, en dirección al centro de la ciudad. Sus ocupantes desconocen que se acaban de convertir en comida para ratas. Los semáforos iluminan la noche con su ciclo de luces verdes, naranjas y rojas. Falta muy poco para que comience el reinado del silencio.

La lluvia ha comenzado a caer.

Ian pregunta:

¿En qué piensas, si puede saberse? Estás muy callada.

Estoy demasiado conmocionada para contestar.

Oigo jadeos y suspiros junto a mi oído. No entiendo lo que dicen, pero son tan nítidos como la conversación de la mesa de al lado.

Me pregunto por qué él no los oye. Por qué solo yo. Siento pánico a sobrevivir, a quedarme sola. No quiero ser distinta.

Ian sonríe, feliz con nuestros planes de futuro. No sabe que el futuro acaba de convertirse en un abismo.

Escucho, lejano, el primer aullido. Se acercan.

La lluvia deja de caer.

Clic.

Quiero decírselo:

No te separes de mí, por favor. Quédate conmigo.

Él se levanta para ir al baño. No oye los aullidos. Tampoco los jadeos.

Digo. Imploro:

Si pasa algo y tenemos que separarnos, te estaré esperando aquí hasta que regreses.

Él se aleja riendo, como si le acabara de gastar una broma.

CÍRCULO POLAR ÁRTICO

Para Alicia Soria, que estuvo allí

SON UNOS PÁJAROS DE EXPRESIÓN TRISTE. Su plumaje es negro, tienen las patas y el pico de un vistoso color rojo y la cara como si llevaran una máscara blanca. Los islandeses los llaman *lundis*. Los ingleses, *puffins*. En español se les conoce como frailecillos. Emigran a finales de abril, y realizan un alto en su camino en una isla perdida en mitad del Atlántico Norte por la que atraviesa el Círculo Polar Ártico, llamada Grimsey. De la noche a la mañana, los solitarios acantilados de ese lugar remoto se pueblan de miles de pájaros tristes. Permanecen allí alrededor de tres meses, el tiempo suficiente para que los polluelos nazcan y aprendan a volar. Levantan el vuelo durante la última quincena de agosto, dicen que nunca más tarde del día veinte. Dejan tras de sí la negra desnudez de los acantilados huérfanos y un vaticinio de catástrofe en el aire.

En lugares como Grimsey, la llegada del invierno siempre es una catástrofe.

Llegué a la isla un diecinueve de agosto, con la cámara al hombro y una consigna de mi redactor jefe:

—Atrapa a esos bichos justo en el momento en que se larguen y habrás sido el primero.

Alguno de mis compañeros me compadeció por tener que viajar a un lugar como aquel. Yo, en cambio, bendije mi suerte. Grimsey era el destino ideal para alguien que desea olvidar todo cuanto le rodea. En las últimas semanas, había llegado al límite de mi aguante, tanto físico como moral. La muerte de mi hermana, tan precipitada, tan injusta, sin tiempo ni para el último adiós, había sido lo peor que me había ocurrido. Luego estaban las rarezas de Susana, sus silencios, todo aquello tan intangible que iba mal entre nosotros. Por si fuera poco, tenía que soportar el ambiente enrarecido de la redacción a raíz de los rumores de compra por parte del gigante editorial, las sospechas de que se estaban

orquestando despidos en masa: «Hay dos maneras de vender una empresa: o la aligeras echando primero a los que más cobran o los que llegan se encargan de purgar la plantilla. Ya veremos qué modalidad eligen», dijo el redactor jefe. Todo el mundo estaba muy preocupado. Pero yo tenía otros quebraderos de cabeza.

Puede que Grimsey no fuera el destino ideal para unas vacaciones, pero era una oportunidad de alejarme de mi vida por unos días.

Contraté el viaje por Internet en una agencia de Akureyri, la capital islandesa del Norte. «Pasaré un día antes para recoger toda la documentación», escribí. Poco después recibí un mensaje muy amable:

> *Estimado señor Arcos*:
>
> *El propietario de la única casa de huéspedes de Grimsey nos comunica que va a estar ausente a su llegada a la isla. A pesar de ello, dejará preparado todo lo necesario para que su estancia sea lo más placentera posible*.

«Por mí pueden largarse todos menos los *lundis*», me dije, antes de responder a la mujer de un modo más diplomático.

Volé hacia Islandia un sábado. Aproveché el fin de semana para conocer la sofisticada marcha nocturna de Reykjavik. El lunes a primera hora, acompañado por el tremendo dolor de cabeza de la resaca, recordé que había tenido la oportunidad de compartir mi cama con una rubia preciosa con nombre de valquiria y que la había desdeñado por culpa de algunos prejuicios, todos ellos relacionados con Susana, y me maldije por ser tan sentimental y tan gilipollas.

Mi vuelo con destino a Akureyri salió puntual, como todo en Islandia. Recuerdo que al aterrizar me dije: «Este lugar queda muy bien en las fotos de las guías, pero vivir aquí tiene que ser un infierno». Nada más llegar al pequeño aeropuerto me dirigí al mostrador de Icelandair y facilité mi nombre a una azafata sonriente.

—Aquí tiene su tarjeta de embarque, señor —me dijo, a la vez

que me entregaba un pedazo de papel.

Consulté mi reloj: me daba tiempo de sobra de tomar un par de cafés bien cargados mientras esperaba la salida del avión. No había hecho más que ponerme en la cola de la cafetería cuando la azafata se acercó a mí para anunciarme que mi vuelo estaba embarcando.

—Pero si aún falta… —repliqué.

—Lo sé —me interrumpió ella— pero hoy no esperamos más pasajeros y mejor ganamos tiempo.

La noche anterior había tenido la oportunidad de aprender que bajo esas mejillas sonrosadas de querubín las mujeres de la isla escondían auténticas vikingas dispuestas a beber hasta no tenerse en pie. La nostalgia me corroyó por dentro como uno de esos aguardientes caseros cuando pensé en lo que me diría mi hermana si conociera el actual estado de cosas:

—Siempre serás un *blandiblú*, grandullón, luego no te extrañes de que la primera de turno te deje la vida hecha un yogur.

Continué mi peregrinaje hacia el mostrador, donde la misma señorita rubia se apoderó del papel que acababa de entregarme sin que su sonrisa se marchitara un ápice y luego señaló hacia la única puerta y dijo:

—Que tenga un feliz vuelo, señor.

A unos pocos metros de donde estábamos, una avioneta esperaba con los motores en marcha. Me llamó la atención que no hubiera ninguna otra azafata en lo alto de la escalerilla, recibiendo a los pasajeros con esa amabilidad fingida que caracteriza a los auxiliares de vuelo. Lo achaqué a la brevedad del trayecto.

«Si siempre van tan vacíos, no me extraña que necesiten ahorrar en personal», me dije, al comprobar que no había más pasajero que yo.

Me habían dicho que no es difícil ver ballenas en aquellas latitudes, de modo que pasé todo el viaje concentrado en la observación de la cambiante superficie del océano. Ya estábamos llegando cuando distinguí una mancha parduzca bajo las olas. Fue tan pasajera que bien podría haber sido una ilusión. Un cetáceo, sí. O tal vez un fantasma.

Apenas una décima de segundo después distinguí bajo mis pies el cabo de Kross, adornado con el pequeño faro de color naranja orgullosamente erguido sobre los acantilados de basalto.

En el aeropuerto me aguardaba una diminuta terminal, custodiada por una torre de control que parecía extraída de un juego de construcción infantil. Apenas unos metros más allá, se levantaba la fachada amarillenta de la única casa de huéspedes de la isla, el Guesthouse Básar, mi hogar durante los próximos días.

Soplaban rachas de un viento helado y caía una llovizna pertinaz. Las primeras impresiones de la isla fueron sensoriales: el olor a salitre que traía el aire y los chillidos de las golondrinas árticas, unos pájaros pequeños, de color blanco, con fama de agresivos. «Hágase con un palo para defenderse de ellos», me había dicho la encargada de la agencia de viajes de Akureyri cuando pasé a recoger mis reservas. La escasa distancia que me separaba del hostal me bastó para darme cuenta de que las golondrinas no son un ejemplo de hospitalidad, pero tal vez fuera exagerado intentar defenderse de ellas a bastonazos. Por el momento, se limitaban a revolotear a mi alrededor chillando como si tuvieran algo terrible que comunicarme. En eso, pensé, se parecían mucho a mi redactor jefe.

La soledad del lugar intimidaba. No vi a nadie en el destartalado aeropuerto. Ni siquiera uno de esos miembros del personal de tierra que suele guiar al piloto en sus maniobras. Tuve la necesidad de despedirme de alguien, pero cuando volví la cabeza para hacerlo descubrí que la cabina estaba protegida por esos cristales espejados que no permiten ver desde fuera lo que ocurre dentro. Me limité a agitar la mano en señal de despedida, a cargarme la mochila a la espalda y a echar a andar hacia el hostal.

El Guesthouse Básar era el único edificio de dos plantas de toda la isla. En la de abajo estaban las amplias dependencias de un hogar común y corriente, que solo se diferenciaba de cualquier otro en la pequeña tienda de recuerdos que ocupaba parte del recibidor. Por lo demás, todo parecía dispuesto como si los propietarios de la casa se hubieran visto obligados a huir a toda prisa: había un par de muñecas desvanecidas en mitad del pasillo, ropa sucia dentro de la lavadora y en la nevera, vituallas como para un regimiento, alguna de ellas a medio consumir.

—¡Hola! —saludé, nada más entrar.

Descubrí a un lado de la puerta un pequeño zapatero en el que se amontonaban tres pares de botas de montañero. Eran de tamaños

diferentes, y bien podrían ser de otros huéspedes. Sin embargo, el frío y la ausencia de sonidos no dejaban lugar a dudas respecto a la soledad en que me encontraba. El silencio era denso y cortante, de esa naturaleza distinta que solo conoce la quietud de los lugares vacíos.

Me sentí ridículo al repetir el saludo mientras pasaba a la cocina. Observé que había una ventana junto al fregadero y que desde allí se podía disfrutar de una hermosa vista del prado y del océano. No era posible oír el mar a tanta distancia, pero los chillidos de los pájaros se escuchaban con toda nitidez.

Al dejar mi mochila sobre el mostrador de la cocina reparé en un pedazo de papel. Era una página arrancada de una vieja agenda. Correspondía a un veintitrés de junio que cayó en jueves. Estaba escrita con letra picuda en un inglés plagado de faltas de ortografía. Decía así:

> *Hi Friend*!
> *Hop your stay will be a good one. Help yaur self to all that ther is in the frids and kabbords. Plis wride in the guest book. Best regards, S* [1] .

Decidí salir a dar una vuelta, aprovechando que había dejado de lloviznar. Quería comprobar que el único restaurante de la isla, el Krian, se encontraba abierto. Con un poco de suerte podría cenar allí mientras mantenía una charla amigable con la propietaria.

Tomé el único camino posible: uno de negros guijarros prensados que discurría junto a los acantilados. A lo lejos se distinguían algunas construcciones modestas, apenas dos docenas de casas: la aldea de Langavik. Paseé con calma, seducido por la belleza de un paisaje que no debía de haber variado mucho desde el primer día de la creación. Las olas batían con fuerza y en las calas de agua oscura algunas aves enseñaban a nadar a sus polluelos. Las golondrinas árticas me ofrecieron su ruidosa compañía mientras vagabundeaba y tomaba fotografías de los primeros *lundis* que veía en mi vida. Se apelotonaban en las paredes rocosas, ofreciendo un espectáculo único sin más público que el atardecer y las rocallas. Su expresión de tristeza ensimismada parecía elegida a propósito para aquel escenario.

Decidí conocer el lado Este de la isla, al que no llegaba camino alguno. Avancé con dificultades entre unos pastos demasiado crecidos que el viento había despeinado en todas direcciones. Jadeando, llegué hasta los acantilados de Sjalandsbjarg, los más altos del lugar. Tomé fotografías durante un buen rato, extasiado con la majestuosidad del entorno. Traté de imaginar la ferocidad de las rocas en pleno invierno, o en mitad de una tormenta.

«Este sitio es una endiablada casualidad —recuerdo que pensé— un puto capricho de la geografía».

En efecto, apenas medio centenar de kilómetros más al norte, Grimsey no sería más que una porción de tierra muerta en mitad de un mar glacial. Los lugareños lo saben, y esa es la secreta razón de su amor por los *lundis*. Los pájaros son la excusa que precisan para permanecer aquí: su confirmación de que no están locos.

Tomé más de dos centenares de instantáneas. Cuando decidí regresar el frío me había dejado sin sensibilidad en las manos. Después de atravesar de nuevo el prado hasta dar con el camino, me encontré con el puñado de casas de la aldea, extendidas ante mis ojos. Frente a cada una de ellas se veía un vehículo aparcado.

«Tal vez la gente no se atreve a salir de casa con este tiempo», me dije.

A la derecha, tras descender una cuesta, tropecé con una edificación de madera. Un vistazo al interior me bastó para saber que se trataba del único supermercado de la isla. Los fluorescentes estaban encendidos y todo parecía en normal funcionamiento, pero no había nadie tras el mostrador. Como si el propietario hubiera tenido que salir a atender una urgencia. En una radio sonaba *City of Dreams*, de Talking Heads:

We live in the city of dreams
We drive on the highway of fire
Should we awake
And find it gone
Remember this, our favourite town [2] .

Saludé. Como empezaba a ser costumbre, solo me respondió el silencio.

Tenía demasiado frío para esperar. Me hice con un paquete de

café, dejé quinientas coronas junto a la caja y salí de nuevo a la intemperie.

El restaurante ocupaba el local contiguo. Eran las ocho y media: me pareció una hora perfecta para cenar.

En el interior reinaba un ambiente tibio y agradable. Las paredes estaban forradas por láminas de madera y a un lado se abrían tres ventanales desde donde se divisaba el puerto. Había un impermeable en el perchero junto a la puerta y una vela encendida a medio consumir sobre cada una de las mesas. Todo parecía dispuesto para recibir clientes.

Me senté a una mesa y observé el puerto. No pude evitar pensar lo mucho que deseaba ver a alguien, entablar una conversación. En los muelles, los barcos se movían como si fueran ingrávidos.

Llevaba allí un buen rato cuando reparé en un caldero sobre el mostrador. Era de esos grandes, que suelen utilizarse para preservar el calor de su contenido. A su lado aguardaba una pila de platos y un cartel que rezaba:

SOPA DEL DÍA
SÍRVASE USTED MISMO
GRACIAS

La sopa del día era crema de espárragos. Mientras me servía una generosa ración, eché un vistazo a la cocina. Todo estaba en reposo. Había un vaso de agua junto a los fogones. En su interior, un cubito de hielo flotaba a la deriva.

Además de la sopa, tomé de la nevera un par de cervezas Viking. Mientras buscaba el abridor pensé qué le diría a alguien que entrara en ese preciso instante. Pero no entró nadie.

El café también aguardaba sobre el mostrador, en otro termo. Las tazas y las cucharillas estaban junto a la sopera. Me serví una buena dosis de café solo y me la tomé con calma, de pie junto al ventanal. Cuando hube terminado, dejé un billete de dos mil coronas sobre el mantel y me despedí hasta el día siguiente de los barcos sin alma.

Las noches de verano son muy cortas en Islandia. A las tres de la mañana, las golondrinas árticas se encargaron de anunciarme la llegada del amanecer. A pesar de que era una hora intempestiva y

de que hacía poco que me había metido en la cama, decidí levantarme. Pensé que una píldora para dormir me haría bien. Pero al mirar por la ventana de la cocina descubrí algunos *lundis* en el cielo. Cuando observé mejor me di cuenta de que los había a centenares, por todas partes. Mis modelos se disponían a marcharse, un día antes de lo previsto. Me puse los vaqueros, agarré la cámara y salí a cumplir la misión que se me había encomendado.

Hice buenas fotos, al precio de quedar calado hasta los huesos. Tras tres horas observando el éxodo de aquellos bichos, solo una ducha muy caliente podía curarme del frío. Del cansancio me repuse con dos píldoras y casi veinte horas de sueño. Dormí como no lo había hecho desde hacía muchos años, como un niño, como alguien que ha logrado olvidar todos sus problemas. O como alguien a quien de pronto han extirpado la conciencia.

Desperté al día siguiente, muy temprano. Hacía un tiempo de perros. Lo primero que hice fue llamar a la agencia de viajes de Akureyri para reservar una plaza en la avioneta de la tarde. Me emocionó volver a escuchar una voz humana. Luego salí a dar mi último paseo por la isla, con la esperanza de tropezar con alguien de quien poder despedirme.

La violenta lluvia y el viento racheado hacían casi imposible caminar. A pesar de todo, me dirigí a la aldea. El restaurante continuaba vacío, lo mismo que el supermercado. Tampoco había nadie en el lugar que se anunciaba, ampulosamente, como Gallery, y que no era más que una tienda atiborrada de artesanías locales.

El puerto seguía poblado de barcos silentes.

«Tal vez ha ocurrido algo y todos se han marchado a toda prisa», aventuré, antes de atreverme a llamar al timbre de una vivienda. A la entrada, se veía un todo terreno que parecía caro. Las cortinas de todas las ventanas estaban corridas y eran lo bastante opacas como para ocultar el interior de la casa. Permanecí allí durante un buen rato. Aguardé hasta que comencé a sentirme ridículo.

«Es obvio que aquí no hay nadie», me dije.

La última oportunidad esperaba en el restaurante. De nuevo me enfrenté a un lugar desierto. Ahora las velas de cada una de las mesas estaban apagadas. Desde el ventanal se veía el transbordador a punto de zarpar. Nadie subió ni bajó de él, pero cuando llegó el momento se hizo a la mar. Lo miré hasta que se perdió de mi vista,

mientras un sentimiento extraño anidaba dentro de mí.

Creo que por primera vez comprendí a las golondrinas árticas.

Aprovechando un rato en que la lluvia me concedió una tregua, resolví caminar hasta el faro. Se encontraba en un peñasco negro en el lado más meridional de la isla, un lugar imponente expuesto al vendaval y al océano. Tardé en llegar unos cuarenta minutos, durante los cuales no dejé de sentirme amenazado —por los nubarrones, por los pájaros, por la soledad, por el extenuante silencio…— aunque cuando alcancé el extremo me di cuenta de que había merecido la pena. Desde allí se divisaba un paisaje grandioso, que contrastaba con la pequeñez y el color infantil del vigía de piedra.

Me encaramé al precipicio para tomar una fotografía de los acantilados basálticos. Permanecí allí unos pocos segundos, seducido por la altura y el vértigo. Pensé que nadie podría sobrevivir a una caída desde aquel lugar. Y en ese mismo momento, recuerdo haber sentido cómo una racha de viento me empujaba violentamente. Fue absurdo. El vendaval me golpeó la espalda como lo habrían hecho un par de brazos fuertes, y logró desplazarme hacia adelante. Mantuve el equilibrio, aún no sé cómo, después de un traspié. Con el corazón desbocado, tomé la decisión de regresar. No me volteé a mirar lo que quedaba en la roca frente al precipicio.

Durante el camino, la lluvia reapareció con más virulencia. La diminuta iglesia del pueblo, rodeada por su verde jardín plagado de tumbas, se me presentó como el único refugio posible. No tuve que pensarlo. Recorrí el sendero de piedra a grandes zancadas, deseando que la puerta estuviera abierta. Dentro aguardaba un pequeño vestíbulo, en el que una luz mortecina extendía un halo de claridad sobre el libro de visitas, custodiado por un pingüino en cuya tripa alguien había escrito:

DONACIONES
GRACIAS

Mientras oía golpear la lluvia contra la techumbre de madera me entretuve en hojear el libro, que era de buen tamaño y de páginas gruesas de color ahuesado. En él habían estampado su firma personas procedentes de lugares muy distantes entre sí. Había

coreanos, ingleses, estadounidenses, italianos, rusos y algún que otro español. Al detenerme en la última página no pasé por alto una incoherencia: los últimos dos nombres que aparecían en el libro pertenecían a dos mujeres italianas, «Alessia e Mattia». Bajo sus rúbricas, las visitantes habían escrito la fecha, como todos los demás. «19 de agosto de 2007», leí. El día en que estábamos.

No podía ser. A todas luces se trataba de un error. No había ningún otro turista en la isla y, de haberlo habido, nos habríamos encontrado en alguna parte. Me deshice de la incómoda idea con una explicación lógica: «Es normal que la gente se equivoque de fecha, todo el mundo pierde la noción del tiempo cuando está de vacaciones».

Esperé a que amainara un poco antes de atreverme a salir de la iglesia. Durante el rato que permanecí allí me senté en uno de los bancos, en un silencio tan puro que daba ganas de chillar, como hacían las golondrinas árticas. Me fijé en que el órgano estaba abierto y tenía la partitura preparada, como si de un momento a otro fuera a aparecer el organista. Aunque también podía tratarse de una escenografía para turistas. Después de todo, aquel lugar era el más visitado de la isla. Pero, poco a poco me di cuenta de los inquietantes pequeños detalles. Centenares de moscas muertas y resecas en el borde de la ventana. Una Biblia abierta y cubierta de polvo. Una pila de misales a punto de desmoronarse…

Al salir, atravesé las tumbas del pequeño cementerio sin reparar en los nombres de quienes estaban allí. No me interesaba. Solo quería llegar al aeropuerto. Sentarme en un banco. Esperar la llegada de mi avioneta. Marcharme de una vez.

Ponerme a salvo.

No quise verla, pero la vi. Tras la ventana de la casa más próxima. Era una figura humana. Parecía una mujer con un batín de seda. Llevaba algo en la mano, tal vez una humeante taza de café. Puede que me hiciera señas, pero la tormenta me impidió distinguir ese detalle con claridad. Levanté la mano, emocionado, mientras corría hacia ella. Solo cuando estuve muy cerca pude comprobar que no era una persona, sino una burda ilustración adherida a la parte interior del cristal. Representaba a un arlequín de cara compungida, que llevaba una rosa en la mano. Una lágrima violeta resbalaba por sus pálidas mejillas. Hizo mella en mi ánimo con la crueldad de una

burla que no puedes desmentir porque sabes cierta.

No pasé por el hostal a recoger mis cosas. Al fin y al cabo, llevaba mi documentación y la cámara, poco importaban un par de mudas y mi cepillo de dientes. Me dirigí directamente al aeropuerto. La avioneta, como todo allí, fue puntual. Esta vez no me extrañó no ver al piloto, ni que ninguna azafata me diera la bienvenida a bordo. Como había imaginado, nadie llegó en aquel vuelo ni ningún otro pasajero subió al avión conmigo. Ocupé mi asiento y me abroché el cinturón de seguridad. Apenas cinco minutos más tarde, los motores se encendían de nuevo y la voz metálica daba instrucciones. Pensé que esta vez no tenía ningún interés en buscar ballenas en el océano, porque lo único que me apetecía de verdad era cerrar los ojos y no abrirlos de nuevo hasta haber llegado a nuestro destino.

Tardé demasiado en hacerlo.

De pronto distinguí a alguien bajo la espesa capa de agua que estaba cayendo. Un ser humano, una chiquilla. Estaba seguro de que esta vez no se trataba de un espejismo. No debía de tener más de doce años. Vestía un abrigo rojo y un gorro para la lluvia. Apenas se le veía la cara, de la que sobresalían un par de mejillas rubicundas y una guedeja de cabello muy rubio. Si no fuera una locura me atrevería a afirmar que se parecía a mi hermana cuando tenía esa edad.

La estuve mirando, como hipnotizado, hasta que la perdí de vista. Estaba junto a la pista de despegue, empapada, mirándome fijamente con sus hermosos ojos y sonriendo como si al mismo tiempo se alegrara y se apenara de verme. Agitaba la mano en el aire con lentitud de funambulista.

Y así continuó hasta que no pude distinguirla: agitando la mano. Despidiéndose, sonriendo.

Despidiéndose y sonriendo.

ASUNTOS PENDIENTES

DOCE AÑOS Y VEINTINUEVE DÍAS DESPUÉS de su muerte, el señor H. regresó a su hogar, aquel cuya hipoteca terminó de pagar su súbita defunción a los cincuenta y seis años.

Tuvo que llamar al timbre. Le sorprendió comprobar que su esposa no daba muestras de entusiasmo al volver a verlo. Más bien al contrario, le preguntó contrariada qué demonios estaba haciendo allí. Él contestó la verdad: venía a liquidar algunos asuntos pendientes que no le dejaban descansar tranquilo. Ella sintió tentaciones de preguntarle qué clase de asuntos, pero no lo hizo. Después de todo, no era de su incumbencia ni le importaba lo más mínimo.

El nuevo compañero de su esposa le pareció al señor H. un ser esquinado y desagradable, pero tuvo que reconocer que en su opinión pudo influir el hecho de que llevara nueve años para diez durmiendo en su cama, mientras que a él le tocó hacerlo en el sofá. El mismo sofá, por cierto, que compró en una liquidación veintidós años atrás y que ahora tenía los muelles destrozados, como al día siguiente lo estaban sus articulaciones.

Le trastornó saber que, de sus tres hijos, ninguno conservaba el matrimonio que él bendijo. La pequeña le hacía ahora arrumacos a otra mujer, que además estaba bastante buena (en un tris estuvo de sobarle el culo, pero se abstuvo porque en la tierra las cosas no suceden como en el cielo). El mediano tenía dos hijos mellizos en algún lugar indeterminado del continente europeo (su exmujer era diplomática). Al mayor le había abandonado una chica muy hacendosa que nunca le mereció, después de que él la traicionara con una sucesión de amantes cada vez más golfas. La última era una empresaria de Orense a la que había conocido en el ordenador (nunca supo si esto lo había entendido mal o qué).

Al contemplar una fotografía de su nieto mayor quien, según todos decían, tanto se parecía a él, se topó frente a frente con la mirada inquisidora y azul de su suegra, a quien en la eternidad había frecuentado bastante (muy a su pesar). Preguntó por el perro,

pero le dijeron que había muerto solo un mes después que él a causa de una apendicitis. Y cuando quiso saber qué había sido de los cuadros que con tanto afán pintó en vida, todos se miraron en un silencio travieso.

Aunque la peor sorpresa fue, desde luego, el interés general —y habría jurado que urgente— por saber cuánto tiempo pensaba quedarse.

Al buscar consuelo fuera de casa se encontró con que su mejor amigo estaba recluido en un centro asistencial regentado por enfermeras que parecían soldados de asalto. Su última amante, la única a la que pudo localizar, se meaba encima, robaba tenedores del comedor del asilo y no era capaz de recordar ni su propio nombre. Su hermano menor seguía igual, aunque parecía más muerto que él mismo. Sin olvidar el hecho de que, aun estando a vivos ambos, habían pasado tres lustros sin dirigirse la palabra.

Decidió dar una vuelta, pero el paseo marítimo era ahora un horrible bulevar de hormigón pintado de colorines. Ni siquiera la televisión podía soportarse: los políticos no sabían hablar y los famosos no lo eran en absoluto. Lo único que merecía la pena eran las tetas que de vez en cuando asomaban por la pantalla a altas horas de la madrugada, mucho más generosas que las de años atrás (aunque, al fin y al cabo, una teta siempre será una teta) y aquellas extrañas emisiones de rayas en las que le pareció ver a una contundente hembra haciendo feliz a un macho enorme y que no comprendió pero disfrutó mucho.

En vista de tal estado de cosas, decidió agilizar sus gestiones. Un lunes por la mañana, después de una noche de encarnizada conflagración con los muelles del sofá, acudió a un par de oficinas, hizo cola ante un funcionario asomado a su ventanilla y hasta le quedó tiempo para adquirir en un quiosco un periódico deportivo y un par de revistas del corazón. «Para el camino», les dijo a los de casa cuando llegó a despedirse. Su mujer le acompañó hasta la puerta, como hacía siempre con el de la compañía de la luz cuando venía a leer el contador, no por ser amable sino para asegurarse de que no hurtara ningún jarrón del pasillo.

«Pues bueno», dijo ella.

Y él se vio con ánimo de intentar un atrevimiento.

«¿No me rascarías un poquito ahí donde me gustaba tanto?»,

preguntó.

«Ay, hombre, ahora no…», repuso ella, tajante.

Al señor H. no le quedó otra que resignarse.

Se despidió con mucha prudencia hasta la próxima y bajó andando las escaleras, pensando que le vendría bien un poco de ejercicio póstumo. Ya tendría tiempo, allí donde se dirigía, de utilizar el ascensor.

CONFESIÓN

Lo confieso: una vez maté a un periodista.

He tratado de olvidarlo, callar, fingir, pero ya no tiene sentido continuar engañándome a mí misma. Nadie puede escapar de su memoria.

El recuerdo de aquel infeliz me persigue, de día y de noche. Y cuando digo que me persigue me refiero exactamente a eso: cuando abro los ojos de madrugada, asustada por alguna presencia que no reconozco como real, encuentro a mi lado a aquel bobo, observándome con los ojos saltones que ya tenía en vida, formulándome preguntas de pesadilla. No puedo soportarlo más. Tal vez a alguien pueda resultar sorprendente el lugar que he elegido para esta confesión. Quienes alguna vez me habéis acusado de meliflua o sinsustancia tendréis por fin vuestro merecido. Yo opino que en realidad nada de eso importa mucho: las historias existen, con indiferencia de lo que aportemos a ellas. Y los lugares, como los sucesos, te escogen para que los cargues de sentido.

En fin, no quiero irme por las ramas. En mi descargo debo decir que no se trataba de uno de esos periodistas curtidos, que siempre descubrimos afilando la palabra justa o husmeando allí donde ocurren cosas que *de verdad* nos interesan. No. Aquel pertenecía a la clase prescindible de los informadores culturales, uno de esos especialistas en el refrito de las notas de prensa, en la distorsión de las declaraciones y en la copia salvaje del artículo anterior, pescado en Internet, y siempre firmado por alguien más brillante. Además, técnicamente ni siquiera era periodista titular. Apenas becario, uno de esos recién llegados a una sección de Cultura desde el útero de la Universidad de Ciencias de la Información —¡ja!, ¿ciencias?; ¡ja!, ¿información?— que aún confunden el horóscopo con la crítica de arte. Y lo peor: no porque sean inexpertos, sino porque nunca, en toda su sosa vida, tendrán la capacidad suficiente para discernir del todo una cosa de la otra.

Además, pertenecía a esa subclase de entrevistadores que jamás

graba conversación alguna, sino que toma notas. Suelen sentarse frente a ti enarbolando un cuaderno cuadriculado y un bolígrafo de plástico, lanzan una pregunta como quien arroja una piedra a un pozo y pasan el resto del tiempo garabateando a toda prisa en su cuaderno, con el ceño fruncido y sin mirarte a la cara ni una sola vez. A veces imploran:

—¿Podrías hablar un poco más despacio, por favor?

Cuando eso ocurre, yo me esfuerzo por expresarme lo más rápido posible. Tengo comprobado que da igual la cantidad de palabras tuyas que sean capaces de retener al vuelo mientras tú te esfuerzas en argumentar. No importa qué digas, porque ellos interpretarán lo que les plazca y, lo que es peor, le darán a tu discurso la forma del de ellos. De modo que al día siguiente, todos los lectores de las páginas de Cultura de su diario se preguntarán cómo una idiota como tú, que apenas sabe conjugar y que desconoce los secretos de la concordancia entre sujeto y verbo, puede haber tenido alguna vez el atrevimiento de publicar un libro.

Los aficionados a los detalles morbosos os estaréis preguntando qué método utilicé. Sobra decir que nunca lo había hecho antes, de modo que tuve que pensarlo, aunque fuera durante tres centésimas de segundo. Podría haber lanzado contra su cabeza el cenicero de cristal que reposaba sobre la mesa que nos separaba, o podría haberle rebanado el pescuezo con el vaso de tubo de la tónica con hielo que estaba tomando. Salvo estas armas, no tenía a mano ninguna otra, de modo que me decanté por lo de toda la vida, que siempre da buenos resultados: le agarré por el pescuezo y se lo retorcí hasta que exhaló su último aliento. Así, sin más, aprovechando la ventaja que me daba su desconcierto (¿qué periodista podría prever que su entrevistado se comporte de ese modo?) y su menguado tamaño (no debía de pesar más de cincuenta quilos ni medía más de un metro sesenta).

En rigor a la verdad, debo reconocer que no me resultó tan fácil como yo creía. Pataleó, se retorció, intentó arañarme con sus uñas mordisqueadas, trató de defenderse arrojándome la grabadora (que no había conectado para no tener que perder su precioso tiempo escuchando la grabación), hizo volar por los aires uno de sus mocasines y hasta trató de agredirme con el bolígrafo de plástico, pero nada de aquello le valió de mucho. Apreté, y apreté y apreté,

hasta que vi asomar a sus mejillas un rubor intenso y me di cuenta de que su lengua caía, fláccida, entre sus fauces. Entonces le solté. Se desplomó con un plof sordo sobre la mullida alfombra. Miré a ambos lados. Estaba sola en aquel rincón de la cafetería. Dejé diez euros por las consumiciones y salí del lugar, ajustándome la bufanda de lana.

Está bien, lo acepto, fui algo tosca. La ofuscación es lo que tiene. Procedía con la misma vehemencia con que ahora estoy aporreando el teclado para vomitar esta confesión destemplada que durante todo este tiempo ha ardido en mi memoria. No me explico cómo he podido esperar tanto, y sin volverme loca. Ocho años y medio. Ese es el tiempo que hace que abandoné el enclenque cadáver del becario sobre la alfombra de color sangre del Gran Hotel España, de Oviedo, y salí a callejear, a recobrar una ciudad que siempre me pareció hermosa y que toda aquella pamplina de la promoción me había obligado a ignorar.

Es paradójico, pero no sé apenas nada de la vida de aquel infeliz, salvo que yo le puse fin. Meses después de aquella tarde en que llovía sobre Oviedo, supe que tenía una novia, que luego resultaron ser dos (no hay amores excluyentes). El jefe de sección de su periódico le consideraba un idiota, lo cual en algún momento me ayudó a tranquilizar mi conciencia («un idiota menos en el mundo —pensé— deberían darme un premio por esto, y no por escribir novelas»); con su padre mantenía una relación cercana a la antropofagia (la madre había muerto cuando él era un chaval).

Su nombre fue lo único que tuve claro desde el principio, aunque me lo reservaré no por respeto (sería ridículo, a estas alturas) sino por pudor. Digamos que se llamaba M. M., por si a alguien le sirve de algo saberlo (y perdón a todos aquellos que, lo sé, odiáis los personajes que se nombran solo con iniciales, espero que en este caso sepáis comprender que no puedo hacer otra cosa). Gracias a que conocí su nombre desde el principio pude llevar a cabo las pesquisas necesarias para saber cuanto acabo de constatar (una de las dos novias tenía una bitácora en Internet donde le gustaba explicar todas sus nimiedades, la mayoría de las cuales le afectaban también a él).

Acerca de lo que hice después del asesinato, no sabría precisar nada. Ya he dicho que me lancé a callejear por los alrededores de la

catedral, muy contenta y mucho más tranquila de lo que había estado en las últimas semanas, desde que comenzó la promoción. Entré a echar un vistazo a los anaqueles de la librería Cervantes y hasta me encontré con mi amiga Concha Quirós. De inmediato pensé que me notaría algo raro en la mirada, un temblor o una palidez delatoras, no sé, ese tipo de cosas que en las novelas negras siempre constituyen una pista definitiva para resolver el caso. Para mi sorpresa, no ocurrió nada especial. Mantuvimos una conversación distendida y agradable acerca de su maravillosa librería y de mis deseos de dejar de viajar y regresar a casa, donde podría seguir escribiendo con esa tranquilidad que he tenido que aprender a guardar de los depredadores.

Concha estuvo de acuerdo conmigo.

—Créeme que os compadezco —dijo— tantas ciudades y tantas personas distintas y vosotros explicando siempre lo mismo… es como un castigo divino.

Qué acertada está siempre Concha Quirós, pensé. Y qué bonito nombre el de esta mujer: Concha, Quirós. Dos palabras que da gusto pronunciar. Como «pulpa», como «tántalo», como «plantígrado».

Ella fue lo único bueno que me pasó esa tarde. Cuando declaró a la policía, Concha Quirós dijo que no me había notado nada raro. Nunca supe si lo hizo por protegerme o porque realmente conseguí engañarla. Aprovecho esta ocasión para agradecérselo, ya que no pude hacerlo en persona, como habría deseado.

Una vez, cuando yo misma trabajaba en la sección de «Cultura y espectáculos» de un rotativo con mucho más pasado que futuro, me enviaron a entrevistar a Mariano Antolín Rato. Había escrito una novela llamada *Abril Blues* en cuyas páginas la capital era un lugar con catedral —en aquellos tiempos la Almudena seguía en obras perpetuas— y hermosas playas de arena blanca y fina. La había publicado Anagrama y Antolín Rato recibía a los periodistas en la editorial, de la que guardo un vago recuerdo de cuartos repletos de papel, moquetas polvorientas y sofás de polipiel (aunque, ahora que lo pienso, es posible que los sofás fueran auténticos).

Yo tenía entonces dieciocho años y una vida muy ajetreada. Por las mañanas estudiaba Derecho y por las tardes me las daba de periodista. Debí de ser la redactora en plantilla más joven de toda

Barcelona. Casi todos los días salía de trabajar pasadas las once y cogía un taxi —con cargo al periódico— que me llevaba hasta mi casa, a treinta quilómetros. Al día siguiente me levantaba a las seis para llegar a la Universidad a las ocho de la mañana, a tiempo de conseguir un asiento en las demasiado concurridas aulas de los primeros cursos de carrera.

De todo esto, claro, Antolín Rato no sabía nada. Tal vez de haberlo sabido habría actuado de otro modo. El caso es que yo me planté frente a él con su libro y un cuaderno en la mano y espeté aquella frase —lugar común entre los habitantes del azaroso universo del periodismo cultural:

—Lo lamento mucho, pero me han dado su libro hoy mismo y no he tenido tiempo de leerlo.

Mariano Antolín Rato, a quien recuerdo con un bigote grisáceo al estilo de Pablo Abraira, me miró sin perder la calma y replicó:

—No te preocupes. No tengo prisa. Ahí tienes un sofá muy cómodo —señaló el único que había—, donde puedes instalarte a leer. Cuando termines, charlaremos de lo que quieras.

No me atreví a replicar. Leí el libro de cabo a rabo sentada en el sofá de Herralde que, para colmo, estaba en el recibidor, de modo que frente a mí desfilaron uno por uno los tres o cuatro colegas que estaban citados después que yo. Cuando terminé, me confesé preparada para realizar mi trabajo. Antolín Rato me atendió con la amabilidad que merecía alguien bien preparado, y todo acabó mucho mejor de lo que había empezado.

Por lo que a mí respecta, aprendí una lección elemental: nunca te atrevas a decirle a un escritor que solo has podido ojear su libro. Un escritor es alguien obsesionado hasta la enfermedad con ese trabajo que tú solo has ojeado; es alguien que ha invertido veinte años de su vida en algo a lo que tú ni siquiera estás dispuesto a sacrificarle un par de horas. Y, lo que es peor, ni siquiera estás dispuesto a mentirle para fingir que lo has leído y —lo que sería deseable— que te ha fascinado. Permite que te dé un consejo: si alguna vez entrevistas a un escritor sin haber leído su libro, procura que no se note.

Conste que no digo todo esto por la novela de Antolín Rato. *Abril Blues*, contra todo pronóstico, me gustó. No será por las agradables circunstancias en que la leí, ciertamente.

Moraleja: Como se sabe desde antiguo, se aprende a ser fraile ejerciendo de monaguillo.

Aquella madrugada asturiana, en la 307 del Gran Hotel Regente tuve el primer contacto con el fantasma del bobo a quien había asesinado. He aquí un axioma infalible: si alguien ha sido idiota en vida, sigue siéndolo después de muerto. Aquel lamentable individuo estaba condenado, por mi culpa, a ser becario desaliñado y memo para el resto de la eternidad. Del mismo modo, yo lo estaba a soportar la venganza de su espíritu y resistir sus envites durante el resto de mi existencia.

Comenzó por algo sencillo: se sentó en la cama, a mi lado, y formuló durante toda la noche la misma pregunta. Era la pregunta que me había decidido por fin a lanzarme a su cuello, después de algunas vacilaciones. Se comprendía que, ya que había muerto con ella en los labios, se convirtiera en algo que no podía dejar en tierra al partir hacia una vida ultraterrena. La había traído consigo y la blandía con la persistencia de un tábano. Lo hizo mil cuatrocientas once veces. ¿Lo sé por algún motivo en concreto? Por supuesto. Las conté. En algo tenía que entretenerme, mientras el bobo muerto me miraba de hito en hito y me acribillaba con su curiosidad que ya nunca se saciaría.

Serían las cuatro de la madrugada cuando cambió de registro y soltó la frase que ya no habría de dejar de repetir hasta el amanecer:

—¿Qué piensas de la literatura femenina? ¿Qué piensas de la literatura femenina? ¿Qué piensas de la literatura femenina? ¿Qué piensas de la literatura femenina? ¿Qué piensas de la literatura femenina? ¿Qué piensas de la literatura femenina? ¿Qué piensas de la literatura femenina?

Qué sádico castigo.

Desde entonces, mi vida se convirtió en un infierno. No porque di con mis huesos en la cárcel, después de una investigación policial corta y un juicio bastante largo que llevó a la depresión a mi abogado defensor (aunque después de conseguir una pena bastante rebajada alegando enajenación mental transitoria y, qué cosas, arrepentimiento). No, no, todo lo contrario, mi reclusión es un gusto: por fin encontré una excusa convincente para decir que no a todos mis compromisos y dejé de asistir a mesas redondas,

reuniones de jurados, charlas en centros de secundaria y fiestas literarias organizadas en loor ajeno, que tanto tiempo me robaban. En la cárcel de Wad-Ras, además, me siento comprendida y bien tratada, imparto talleres literarios a una docena de entusiastas alumnas y tengo más tiempo que nunca para escribir. Además, recibo visitas, disfruto de algún que otro bis a bis y de permisos de fin de semana (esto último, solo desde hace un par de meses).

El problema es otro. El problema es que no importa lo que me ocurra de día, a qué personas conozca, qué lugares pise por primera —o por última— vez. No importan las pequeñas o grandes banalidades con que se aliña la cotidianeidad de la única escritora viva condenada por homicidio, porque por las noches vuelvo a toparme con el espíritu vengativo y tenaz del becario. Recuerden que les dije que le maté hace ocho años y medio. Lo cual eleva a tres mil ciento dos las noches que he pasado ya en su nada deseable compañía. Comprenderán que no haya podido descansar, olvidar, reponerme. Y mucho menos encontrar pareja. Fundar una familia es para mí una empresa impensable.

Tenía un marido cuando todo ocurrió —como algunos recordarán— pero me dejó poco después de mi condena, incapaz de comprender y ni siquiera de preguntar. Desde que disfruto de dos noches a la semana fuera de estas paredes, no es fácil encontrar a alguien dispuesto a departir noche tras noche con el memo, que inexplicablemente tiene la costumbre de acribillar a preguntas también a mis amantes. Eso ha hecho, por lo menos, con los (pocos) compañeros de cama que he tenido. Compadecí a uno en concreto, que se levantó a mear en mitad de la noche y regresó preguntándome por qué un señor muy raro y ojeroso que estaba en mitad del pasillo acababa de preguntarle su opinión acerca del panorama actual de la narrativa española. Por la mañana el fantasma ya no estaba en el pasillo, pero el amante tampoco estaba en mi cama.

No creo que sea difícil comprender que entre lo que les cuento y la locura solo media un poco de tiempo. Y, como sabrán aquellos que alguna vez hayan tenido contacto con presencias espectrales, los seres de la otra vida tienen una paciencia infinita. Será porque allí donde viven el reloj ya no importa mucho. El caso es que pueden permitirse una tenacidad a prueba de calendarios. Siempre

se salen con la suya. La constancia todo lo consigue, siempre que se lleve al extremo necesario, parecen querer enseñamos.

Pues bien. Heme aquí, convertida en el despojo de lo que fui. Narradora premiada e histérica. Esté donde esté —mi querida celda de Wad–Ras, hotel, domicilio, cámping o casa de amigo— siempre comparto tálamo con el periodista de *La Nueva España* que jamás terminó de entrevistarme. Y siempre, a eso de las cuatro o las cinco de la mañana, cuando he conseguido por fin dormirme y olvidar su presencia, cuando me hallo sumergida en un sueño feliz donde tengo marido, tres hijos y una casa con perro, alfombra y secadora, en ese momento el muy sádico me zarandea con sus manos inertes, agarrándome sin piedad por los hombros, me obliga a enfrentar mi somnolencia con sus pupilas saltonas y espeta aquello que lleva espetándome tres mil ciento dos noches, sin una sola falta, con urgencia de ahogado y estupidez incurable, desde que lo maté por hacerlo:

—¿Tú eres Ángela Vallvey, verdad? ¿Te importaría deletrearme tu apellido?

ORDEN ALFABÉTICO

Para Hilario J. Rodríguez,
constructor de bibliotecas

NOS LO ADVIERTEN EN TODOS LOS INFORMATIVOS: Cuando las temperaturas suben tanto, las personas nos atontamos. Todo se vuelve un suplicio, incluso las actividades más cotidianas, como dormir, comer, salir a dar un paseo, hacer el amor o incluso pensar.

Me tengo por persona de costumbres prudentes. Me gusta levantarme no antes de las nueve y tomar un café mirando los libros. Mejor sola que acompañada. En silencio. Los libros que he comprado y leído a lo largo de mi vida me observan desde el rigor del orden alfabético. Lo escribió una vez mi amigo Hilario en una de sus tarjetas postales, enviadas desde cualquier parte del mundo: tu biblioteca es tu única obra.

Ayer por la noche intercambié con Hilario un par de mensajes de correo electrónico. Desde que se marchó a vivir a Nueva York tenemos más contacto que antes, cuando éramos vecinos de rellano. Antes de su marcha podíamos pasar meses sin vemos ni una sola vez. Ahora es extraña la semana en que no intercambiamos algún mensaje largo. La proximidad y la distancia se rigen por mecanismos que nada tienen que ver con la vecindad.

Hilario es un gran lector. Acaso el mejor que he conocido. Tiene una memoria portentosa, y una capacidad de análisis de cuanto lee que deslumbra a quien le conoce. Ayer intercambiamos impresiones acerca de Paul Auster. En realidad, me interesaba conocer su opinión sobre la última novela del autor estadounidense, que terminé hace un par de días. Por eso le escribí tarde, pensando, además, que iba a encontrarle en casa, porque en la Costa Este de Estados Unidos debía de ser más o menos la hora de cenar. No me equivoqué. A los pocos minutos tenía su respuesta en mi bandeja de entrada. Las primeras líneas las dedicaba a hablar de las inclemencias del calor, que ha llegado por sorpresa a la ciudad de los rascacielos. A renglón seguido, entraba en harina. Su mensaje,

como siempre, era muy largo, incontinente. En lo referente a Auster, me di cuenta de inmediato de que estaba de acuerdo conmigo con más amabilidad que convicción. Le gustan los escritores de ideas frente a los escritores de forma, me dijo. Como Saul Bellow o Philip Roth. Esos fueron los dos ejemplos que utilizó: Bellow y Roth.

Me inquieta mucho que me hablen de autores de los que no tengo ninguna referencia. Nada más terminar de leer el mensaje de Hilario me apresuré a buscar qué tengo de Saul Bellow y Philip Roth en mi biblioteca. Apenas un libro de ensayos circunstanciales de Roth, uno de esos que se adivinan armados con prisa, con material disperso publicado durante décadas. Creo que lo leí hace meses, pero no dejó huella, lo cual confirma mi teoría. De Bellow, nada en absoluto. Como si uno de los mejores escritores de este siglo nunca hubiera nacido o yo hubiera preferido creerlo así. No voy a negar que el asunto, pese a que no le dije nada a Hilario, me incomodó bastante.

Me acosté poco después de la última digresión epistolar, sin que la inquietud por esa ausencia se hubiera disipado del todo. Hacía un calor horrible y decidí darme una ducha antes de meterme en la cama. La sensación de frescor me alivió al momento, pero pasó rápido. No serían ni las tres de la madrugada cuando me desperté empapada en sudor, con la sábana pegada al cuerpo y una sed espantosa. Ya no conseguí dormir de un tirón ni tan a gusto como de costumbre. Y para colmo de males, cuando parecía que el sueño empezaba a vencerme, llamaron a la puerta.

Me levanté maldiciendo al vecino, vendedor o testigo de Jehová que osara presentarse a esas horas. Sin embargo, en el rellano, hermanados como no sé si lo estuvieron alguna vez, había dos señores sonrientes de pieles apergaminadas y cabellos crespos, que se presentaron como Philip Roth y Saul Bellow. Pese a la sorpresa y a las escasas luces de la soñolencia, creo que no reaccioné mal. Por supuesto, les invité a pasar. Recuerdo que al sentarse en el sofá, uno de ellos dio con sus nalgas sobre uno de esos juguetes que mis hijos diseminan por todas partes. Una pala, un catalejo de pirata, un pato de goma, no recuerdo con exactitud. Lo miró unos segundos y lo arrojó al parque de la niña, absolutamente seguro de que era eso lo que debía hacer.

Les ofrecí una infusión —no sé por qué, imaginé que ambos la preferirían al café— y saqué un bizcocho cubierto de chocolate que, por fortuna, había hecho la tarde anterior. Ambos lo recibieron con cabeceos y escuetas palabras de agradecimiento, pero apenas lo probaron. Estaban sentados frente a mí, como el tribunal de un examen frente a la discípula nerviosa, sin decir nada, esperando que fuera yo quien iniciara la conversación. Y yo habría querido hablarles de sus novelas, de sus cuentos, de aquellas de sus obras que había leído con más deleite, pero ni siquiera fui capaz de recordar el título de uno solo de los libros que habían escrito a lo largo de sus dilatadas vidas. En definitiva, no tenía absolutamente nada que decirles, y ellos tampoco parecían tener ganas de contarme nada.

Fue entonces cuando traté de hablar de otras cosas: los niños, la televisión, el mar que puede verse desde donde ellos estaban sentados, el polvo que se acumula sobre los muebles, el calor sofocante que hace estos días en Nueva York, el cansancio de todo viaje… Todo resultó en vano. Aquellas cuestiones no les interesaban. Me daban la razón con sonidos guturales, ajenos a cuanto les estaba diciendo. Hasta que se levantaron al unísono, hastiados de la conversación, y empezaron a curiosear entre los libros de la biblioteca. Es algo que de habitual hacen mis amigos cuando vienen a visitarnos. Les dejas sentados en el sofá, esperando el refresco o el café, y al regresar les encuentras de cara a las paredes, ladeando la cabeza para leer las letras verticales de los lomos de los libros. Me gusta ver dónde se detienen, qué autores, qué ediciones les llaman la atención. De algún modo, su interés por algunos libros me dice cosas de mis amigos que nunca se dicen con palabras. Y su postura —parados, la cabeza formando ángulo recto con el cuerpo— me recuerda a las costumbres de ciertas aves que habitan los humedales de no sé qué lugar del mundo.

Me sucedió lo mismo con mis dos ancianos visitantes inesperados. En ese caso, además, yo sabía muy bien lo que andaban buscando por los anaqueles. Se buscaban a sí mismos. Todos los escritores nos buscamos siempre a nosotros mismos en los anaqueles ajenos, no importa nuestra edad ni nuestras circunstancias. Y lo peor es que casi nunca nos encontramos o, si nos encontramos, no somos capaces de reconocernos. Siempre

echamos en falta algo fundamental.

Uno de ellos, el más alto —creo que era Bellow—, había subido la escalera y contemplaba los estantes que quedan más arriba, allá donde el orden alfabético ha querido que estén las aes y las bes. Bell, Bellatín, Belli, Beltrán, Benet… Tardó unos segundos en asimilar que allí no había nada suyo. Me di cuenta por la expresión de su rostro, que pasó de la interrogación al desencanto. Luego volvió a bajar, en silencio, con la cabeza gacha. Se sentó en el sofá y se metió una porción completa de mi bizcocho en la boca. Masticó sin cuidado, abriendo mucho la mandíbula, como si ya todo le importara nada. Recuerdo que fue entonces cuando reparé en que para llevar muerto tres meses no tenía mal aspecto. Preferí no decirle nada, no obstante.

El otro no corrió mejor suerte. El único libro suyo que tengo en mi colección no está entre los ordenados alfabéticamente. En el destierro de mi cuarto tengo unas pocas docenas de libros. A los visitantes que llegan hasta ellos, generalmente en una de esas visitas guiadas por el piso con que solemos deleitar a quienes nunca han estado aquí, les explico que están agrupados por materias y por colecciones. Creo que no es cierto, que la mayoría de ellos tienen el mismo derecho que otros a ocupar el espacio noble de la enorme librería del salón. Pero la reordenación de la biblioteca siempre queda pendiente. Demasiado quehacer.

Decía que el otro buscó su inicial en los anaqueles y por un momento sintió una punzada de ilusión que no tardó en desvanecerse al comprobar que el Roth allí clasificado era otro y no él. Otro hacia el que, acaso, en aquel momento se concentraban todos sus odios antiguos. Debía de estar harto de encontrar a aquel señor ocupando el lugar que le correspondía a él. Con falsa resignación, hubo de entender que no había allí ni rastro de lo que le había mantenido ocupado durante toda su existencia. Los nombres se alineaban en el desconsuelo de ese vacío con absoluta pasividad: Rossi, Rostand, el otro Roth, Ruiz de Alarcón, Rulfo… El verdadero Roth no regresó al sofá, ni ingirió bizcocho. Se limitó a esgrimir una disculpa circunstancial («Se hace tarde, deberíamos ir pensando…») y se dirigió a la puerta sin ni siquiera estrecharme la mano. El otro le siguió, en mortuorio silencio.

Les comprendí a la perfección. En su lugar, yo también me

habría sentido profundamente decepcionada.

Antes de abandonar mi recibidor, Roth alzó un dedo a modo de advertencia y pronunció una última frase que me pareció cargada de rabia:

—Los libros son materia orgánica. Sometidos a estas temperaturas extremas y a algunos otros factores externos, ninguno de ellos durará eternamente. De modo que todo da lo mismo.

Bellow apostilló:

—Los modernos, tan afectos a los neologismos, han inventado una palabra para este fenómeno. Compostar. Los libros se compostarán, todos nos compostaremos. Acabaremos convertidos, junto con lo que hemos escrito o leído, en un abono oscuro y uniforme que desprende un aroma agradable a humus de bosque.

Dicho esto, se agarraron del brazo para alejarse de mí. En la cavidad azul del ascensor percibí la desilusión de ambos ante las ocasiones perdidas. Adiviné que aquella visita no iba a repetirse y, como en una ceremonia última, acudí al balcón para verles marchar, puestos de acuerdo en todo, bajo el sol mortal de esas horas. Se fueron en dirección al mar. Es lo último que supe de ellos.

Me llevó algunas horas librarme de la extraña sensación de culpabilidad que me dejó esta visita. En cuanto lo conseguí, reanudé mis conversaciones con Hilario. Mi mensaje matutino fue mucho más breve que los de anoche y también mucho más urgente. Le pedí que me recomendara los mejores títulos de Philip Roth y de Saul Bellow. Esta vez tardó más en responder. Aproximadamente cuarenta horas:

> *Anoche no podía dormir a causa del calor y salí a dar una vuelta por Brooklyn. A esas horas, las calles estaban desiertas. Sin embargo, encontré a una señora muy simpática con quien conversé hasta el amanecer. Llevaba un vestido raído, ceniciento y muy pasado de moda. Viendo el modo en que yo observaba su atuendo, creyó conveniente decir: «La mayor suerte en estos tiempos es que cada cual se pone lo que quiere». No quise decir nada, pero la reconocí nada más verla: era Virginia Woolf. Ella tampoco podía dormir. «Oigo voces», explicó. La invité a un café. Nos costó un buen*

rato dar con un bar abierto. Sonrió un par de veces antes del amanecer. Fue un encuentro agradable. Llamarlo memorable sería exagerar. Si te lo refiero ahora es porque le pregunté algo pensando en ti. Contestó sin inmutarse, casi con desprecio: No tenía ni la menor idea de quiénes eran Bellow y Roth. «Ahora hay muchos jovencitos que escriben», afirmó, con la misma expresión y el mismo tono que habría empleado para decir: «Cada vez hay menos perros equilibristas». La despedida fue breve y forzada, en mitad de la acera iluminada de espejos. «Terminar siempre es lo más difícil», se justificó ella, antes de dejarme solo otra vez.

El mensaje continuaba mucho más. En la posdata, Hilario incluía la enumeración de las obras de Bellow y Roth que consideraba imprescindibles. Suelo fiarme de su criterio, así que apunté con cuidado los títulos en una página en blanco de mi cuaderno.

Los últimos días de aquel sofocante verano los pasé encerrada en casa, comiendo bizcocho de chocolate y leyendo *El legado de Humboldt, La mancha humana, El animal moribundo, Las aventuras de Augie March* y *Herzog*.

Hasta yo me doy cuenta de que mi bizcocho es insuperable. Perdón por la inmodestia.

Los libros tampoco estaban mal.

Otro día contaré algo más de visitantes inesperados.

COMUNICACIÓN

No es preciso haber existido para que a uno le lloren

NIGEL BARLEY, *Bailando sobre la tumba*

A VECES CIERTOS COMIENZOS NOS PARECEN EXTRAÑOS, pero solo porque no comprendemos lo esencial: nada comienza nunca. La historia siempre continúa, nosotros solo somos una parte ínfima del gran argumento del mundo. Pura insignificancia.

—Buenas días —dijo la voz, al otro lado—. Perdona que te moleste a estas horas. Te parecerá un poco raro, pero hace semanas que sueño con tu número. Te juro que no estoy loco. Soy un tipo normal. Cuando me conozcas incluso te resultaré simpático. Te he llamado varias veces, solo para escuchar tu voz. Me parece muy bonita. Aunque hasta hoy no me había atrevido a hablarte.

Tenía razones para desconfiar. Por lo menos media docena. Y eso fue lo que hice.

Hacía unos días que alguien telefoneaba sin parar. Colgaba en cuanto me escuchaba responder. Llegué a pensar que era mi ex, que buscaba desquiciarme.

No hacía tanto que había recibido una llamada terrible. Esa era otra de las causas de mi prudencia.

—Hola, soy J. —dijo una voz muy debilitada al otro lado de la línea.

J. era la madre de mi exmarido. Yo la quería de verdad. Hacía tiempo que estaba enferma. Ahora, su enfermedad se había agravado. Me llamaba desde el hospital.

De pronto, empezó a sollozar.

—¿J.? ¿Estás bien? ¿Qué te ocurre? —pregunté, torpemente.

No supe qué decirle. Sabía muy bien lo que le ocurría. De hecho, yo era lo que le ocurría. Mi separación de su hijo la había destrozado.

—Solo quería… Recuerdas… Una vez te dije que eres una buena persona… —balbuceó, y de nuevo comenzó a hipar como una niña.

—Por favor, J., cálmate. No te entiendo bien. ¿Me dejas que vaya a verte? Me gustaría mucho hablar contigo. Si te apetece.

Se lo dije con toda sinceridad, aunque era consciente de que ella no podía sentir lo mismo que yo. Ver a la que hasta hace cuatro meses fue tu nuera embarazada de seis meses de otro hombre no tiene que ser agradable.

La comunicación se cortó y J. no volvió a llamar.

Más tarde supe que había muerto el mismo día en que realizó esta llamada. Pensé mucho en lo que habría querido decirme. Me hubiera gustado pensar que solo quiso demostrarme que comprendía lo que había pasado, lo difícil que es a veces la vida, lo imposible que resulta no hacer daño a quienes más quieres. Sin embargo, no creo que fuera por eso. Tal vez su intención solo era insultarme, pero luego no fue capaz. Siempre fue una buena persona.

De aquello hacía ya más de dos meses. El desconocido que ahora estaba al otro lado balbuceaba las palabras como si las masticara.

—¿Te importaría que nos viéramos? Di tú el sitio —dijo.

Respondí que me dejara pensarlo. En realidad, no necesitaba pensarlo, sino consultárselo a D., que a esas horas no estaba en casa. El extraño comprendió, o por lo menos dijo que comprendía.

—Muy bien, insistiré mañana —se despidió.

Luego me enzarcé en las mil cosas de cada día y se me olvidó contárselo a D. En aquellas últimas semanas del embarazo me había vuelto muy olvidadiza. Mi compañero tuvo que enterarse de boca del extraño, cuando volvió a llamar al día siguiente y él respondió al teléfono.

Le contó lo del sueño y lo de la corazonada. D. ni siquiera le dejó terminar.

—No molestes a mi mujer —espetó, antes de colgar.

Hay momentos en la vida en que todos necesitamos a alguien que se enfrente por nosotros al mundo. Yo estaba atravesando por uno de esos momentos. En los últimos meses habían ocurrido demasiadas cosas. Mi caparazón, siempre fuerte, se había resquebrajado. Me sentía como un molusco al que acaban de pisotear. Aquella noche dormí abrazada a la espalda de D. En mi vientre, Adrián se entretenía atacando a su padre a puntapiés.

No sé por qué, pero nunca disfruté de aquella sensación. Tenía

escalofríos cada vez que mi hijo se movía en mi vientre. Era como estar invadida por un enorme parásito.

Después de soñar con el extraño durante varias noches seguidas, comprendí lo que me ocurría: deseaba conocerle. No me atreví a contárselo a D.

Para tratar de seguir la pista al hombre misterioso solo se me ocurrió investigar el número desde el que había llamado. Los teléfonos son veraces testimonios de este tipo de cosas, basta con recordar el día y la hora a la que tuvo lugar nuestra primera conversación.

Fue un lunes a las 14.33. Anoté el número, que me resultaba completamente desconocido. Solo para asegurarme, busqué la segunda llamada. Jueves a las 16.05. No podía ser otra, porque aquel día solo había números registrados por la noche —mi madre, mi cuñada, una amiga…— y yo tenía la certeza absoluta de que había encontrado lo que estaba buscando. Aunque las nueve cifras eran diferentes de las que acababa de anotar.

Marqué las primeras y contestó una voz femenina con un saludo falsamente cordial que venía precedido por el nombre de una entidad bancaria. Me disculpé con la misma cordialidad y marqué el segundo número. En esta ocasión, salió un contestador. Uno de esos con voz metalizada, impersonal, automático. Me invitó a dejar un mensaje y lo hice, aunque me costó un poco presentarme:

—Hola, soy C. —dije—. Ayer recibí una llamada desde este número. Te dejo mi móvil, por si escuchas el mensaje. No lo hagas nunca por la tarde, ni antes de las diez de la mañana.

Pedirle que me llamara al móvil en lugar de a casa e indicarle las horas a las que D. estaba en el trabajo fue el primer paso de un engaño. Me extrañó no sentirme mal. Todo lo contrario, tenía la sensación de estar haciendo lo que debía, aunque prefería no tener que explicar —especialmente a D.— mis motivos.

Algo me dictaba que todo aquel asunto era de enorme importancia. Y me estoy refiriendo a las cosas *de verdad* importantes: la felicidad, el amor de los tuyos, lo que queda de nosotros cuando desaparecemos, la oscuridad al final del camino, la luz de la memoria ajena…

Por extraño que parezca, siempre tuve muy presentes estos

asuntos, pero durante el embarazo de mi primer hijo, mucho más. Entonces no sabía por qué.

Había, además, otra sensación que me llegaba como una certeza: fuera lo que fuera lo que estaba persiguiendo, no incumbía a D. Era solo entre el hombre misterioso y yo.

No podía saber entonces lo equivocada que estaba.

A. tardó en llamarme más de una semana. Los primeros días después de dejarle el mensaje, los pasé en un desasosiego. Me alteraba cuando sonaba el teléfono por la mañana, estando D. en casa, y corría a ponerme al aparato temiendo que A. no hubiera comprendido mis instrucciones. No habría soportado una regañina de D., que imaginaba condescendiente, como la que un padre echa a su hijo.

Un miércoles a las 15.05 sonó el teléfono. Me encontró tan desprevenida que ni siquiera pensé que podía ser él. En cierto modo —comprendí— alguna parte de mi subconsciente se contentaba con el intento y no demandaba resultados. Tampoco el extraño parecía muy tranquilo. Se me ocurrió preguntarme si habría pasado aquellos días de su silencio debatiéndose entre la duda de si volver a marcar mi número o no.

—Soy A. —dijo—. He recibido el mensaje. Vamos, imagino que eras tú por la voz, porque no te identificaste. Dices que me devuelves una llamada, pero yo nunca he hablado contigo. Da igual, parecía importante. Por eso te llamo. No quería resultar descortés.

No supe qué responder. Estaba estupefacta.

—Toma nota de mi número, por favor.

Apunté las cifras en el mismo cuaderno diminuto donde había anotado los registros de sus llamadas anteriores. Me di cuenta enseguida de que correspondían a la sucursal bancaria a la que también había llamado.

—Este es el número de un banco —dije.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, con desconfianza.

—Soy dienta —mentí, porque no sabía qué decirle.

—Es la oficina donde trabajo. Soy el director. Te voy a dar también mi móvil, por si acaso. Es el seis seis cinco…

Lo dictó a toda velocidad, como si tuviera mucha prisa. Al terminar añadió:

—Hablamos cuando quieras. Y ahora, si me disculpas… tengo

algunos clientes esperando.

Y colgó.

La voz era la misma de la primera llamada. No lograba comprender por qué motivo me mentía. ¿Acaso estaba hablando delante de alguna compañera y no quería reconocer una verdad incómoda? Pero, ¿qué tipo de verdad era aquella si no podía reconocerse? Preferí no insistir en la cuestión.

Una de aquellas noches, D. me preguntó si había vuelto a llamar «el loco del sueño».

Le tranquilicé de inmediato:

—No, cariño. Se habrá cansado de que no le hagamos caso.

Pareció satisfecho al murmurar:

—Desde luego, hay cada gilipollas en el mundo…

Aquella misma noche, aprovechando que a D. le gustaba darse una ducha antes de acostarse, me ofrecí para sacar la basura. Me llevé el móvil, y en el silencio helado de la noche, marqué el número de A.

—Hola, soy C. Lo he estado pensando. Me gustaría conocerte.

Nos citamos para el día siguiente, en una cafetería del centro.

—¿Cómo te reconoceré? —pregunté.

Me pareció que bajaba un poco la voz para decir:

—Ah, no te preocupes. No tendrás ninguna dificultad.

—¿Por qué? ¿Cómo eres?

—Busca al único distinto —contestó.

Llegué a la cafetería diez minutos antes de la hora acordada. Era un local concurrido y ruidoso, con cierto aire de decadencia modernista. En las paredes había grandes espejos que lo multiplicaban como en un túnel infinito.

Me senté a una pequeña mesa que quedaba en un rincón. Desde allí se tenía una buena perspectiva de la gente que entraba y salía del establecimiento. Desde el principio me esforcé en buscar entre la clientela a alguien que no fuera como los demás. Pero aquello no era una pista. Era una trampa.

¿A qué se refería con «distinto»? ¿Al color de la piel? (en el lado opuesto al mío había tres muchachos de ojos rasgados charlando animadamente), ¿al modo de vestir? (una mujer con un vestido ceñido de color verde botella, con los hombros al aire y el pelo a lo Cleopatra acababa de entrar), ¿al comportamiento? (un hombre de

unos sesenta años alineaba monedas de cinco céntimos sobre el mármol liso de la mesa); ¿a la compañía? (un jovencito se paseaba tranquilamente con un hurón al hombro); ¿a la actitud? (un acordeonista ofrecía un pasodoble atronador junto a la puerta de entrada)… Distinto.

¿Y quién no lo es?

Durante un buen rato intenté permanecer atenta, no perder ni un solo detalle. Nadie parecía fijarse en mí. De pronto entró un joven en silla de ruedas y me pareció que esa era la diferencia que había querido resaltar mi hombre misterioso, pero me equivocaba: enseguida se levantó una mujer y saludó efusivamente al recién llegado, para de inmediato hacerse con el control de la silla y salir juntos del local.

Cuando me cansé de perder el tiempo mirando a los muchos clientes del café, pagué mi consumición (un café solo) y salí de allí, tan sola y desconcertada como había entrado.

Por un momento, pensé en llamar a quien me había dejado plantada y regañarle, pero decidí no hacerlo. Al fin y al cabo, no le conocía de nada y habría sido ridículo pedirle explicaciones.

Por supuesto, tampoco le dije nada a D. Llegué a casa cinco minutos antes que él. Preparé algo rápido y cenamos en la cocina viendo las noticias. Luego le dejé en el sofá revisando unos informes y me fui a la cama temprano, con un libro de poesía romántica inglesa. Cuando él se acostó, yo llevaba mucho rato dormida con el grueso volumen desmayado sobre la cara.

Al día siguiente, a las 15.22, un número desconocido asomó a la pantalla de mi móvil.

—¿Qué tal ayer por tarde? —preguntó la voz de siempre.

—Me diste un buen plantón.

—De ningún modo —repuso—. Estuve allí. Te observé todo el rato. Pero ni siquiera te acercaste.

—¿Y por qué no me dijiste nada? Yo no sé qué aspecto tienes.

—Porque no habría tenido gracia. ¿O a ti te gustaba de pequeña que te soplaran el resultado de las adivinanzas sin darte siquiera una oportunidad de acertarlas?

—Y ahora que ya has jugado un rato conmigo —dije—, ¿vas a darme la solución de la adivinanza?

—No. Voy a darte una segunda oportunidad. Te espero mañana

en el Templo de Augusto a las tres de la tarde. No creo que tengas problemas para reconocerme, casi nadie entra nunca en ese lugar. Es perfecto para nuestro encuentro. Además, estaremos solos. Por cierto —añadió—, ¿te has fijado cómo se llamaba la cafetería?

Me había fijado. Se llamaba El largo adiós.

Debía de estar de tres meses cuando leí *Memorias de Adriano*, la estupenda novela que Marguerite Yourcenar tardó diez años en escribir, traducida al español por Julio Cortázar. En ella, el famoso emperador dirige una larga carta a su sucesor, Marco Aurelio, donde le habla de su legado vital y político.

La fascinación que me despertó el personaje fue suficiente para pensar que si el hijo que esperaba resultaba ser un varón, le pondría ese nombre: Adriano, Adrián, Adrià, Adrien. El nombre de un gran hombre. Un buen comienzo.

Tal vez solo fuera la excusa para tramar un largo viaje por la fascinante ruta adriática en cuanto mi primogénito tuviera edad para valorarlo. «Aquí estuvo uno que se llamó como tú», le diría, al pisar la Villa de Tívoli, los mosaicos de Itálica o los alrededores de la muralla de Adriano en Greenhead, Inglaterra. Hay pocas cosas que siempre quise legar a mis hijos. El gusto por viajar —esa «continua conmoción de los prejuicios»— es una de ellas.

Por otra parte, Adrián era un nombre que tenía otras implicaciones. Quien fuera emperador del Imperio Romano en el siglo II de nuestra era nació muy cerca de Sevilla, como también lo hizo en su día mi propio padre, el abuelo a quien mi hijo nunca llegaría a conocer. Además, la fecha del parto de mi primogénito estaba prevista para el 23 de enero —terminó siendo el 25—, mientras que el Adriano que obsesionó a Yourcenar siendo ella una jovencita nació un 24 de enero del año 76 de nuestra era.

En estos pensamientos me encontraba cuando llegué a lo que los romanos fundadores de Barcelona denominaron Mons Tavern, un pequeño desnivel del terreno que en su época fue el punto más alto de la ciudad. Siguiendo su costumbre, eligieron precisamente ese lugar para erigir en él un templo dedicado al culto al emperador Augusto, quien, a la postre, había sido también el responsable de la fundación de la colonia. De ese templo aún pueden verse hoy tres columnas supervivientes, que fueron rescatadas tambor a tambor

durante las obras de mejora de un patio vecinal, en el edificio que hoy alberga el Centre Excursionista de Catalunya.

Por qué aquel hombre me había citado allí era uno de los misterios de aquella cita. No era un lugar precisamente concurrido ni ofrecía comodidad de ningún tipo. Los visitantes que se acercan a ver las columnas tienen que hacerlo de pie, en un patio angosto, sin que nadie haya previsto un banco o una silla donde acomodar su contemplación.

La respuesta a esa duda me llegó aun antes de formularla:

—El tiempo es una coordenada caprichosa —dijo a mi espalda una voz que reconocí en el acto—: hablamos de «ahora» pero el presente se nos escapa entre los dedos. El pasado es arcilla que moldeamos a nuestro antojo. Y el futuro, quién sabe, igual nunca logremos alcanzarlo, tal vez solo es una razón para mantenemos dentro de unos límites, para comeder nuestros instintos. Y tal vez eso sea lo mejor que tiene.

Me pareció un saludo bastante estrafalario. Y pedante.

—Es impresionante lo que el futuro puede hacer con nosotros, ¿verdad? —continuó el recién llegado, mientras levantaba la mirada hacia lo alto del patio de luces—. Aunque tal vez cabría preguntarse el efecto que el pasado tiene sobre nosotros, sus sucesores. ¿Qué opinas?

Me encogí de hombros. Estaba un poco confundida. Y también un poco mareada. Necesitaba salir de allí.

—¿Te has preguntado si serás la misma cuando salgas de este lugar? ¿Es posible que la contemplación de un prodigio como este no te cambie? —negó con la cabeza antes de continuar—: No. El pasado también posee la capacidad de modificar el futuro sobre el que se proyecta. El pasado es el dominio absoluto de los muertos sobre los vivos. Aunque, ¿quién se atreve a afirmar que están muertos quienes construyeron esto?

La gente que habla sola me inspira terror. Reconozco que esperaba cualquier cosa de aquel encuentro, pero no una perorata acerca de la metafísica del paso del tiempo.

Antes de que yo encontrara algo que decir, el recién llegado extendió hacia mí su mano derecha y se presentó:

—Soy Adrián —dijo.

Soy de esas personas que creen en las casualidades (no solo en

las felices), y que constantemente buscan sentido a las pistas que el azar lanza a su paso. Hay quien por no aceptar el poder creador del azar sobre el mundo prefiere llamarlas «sincronicidades». Me da vergüenza reconocer que me gustó la coincidencia onomástica.

Adrián debía de ser unos diez años mayor que yo. Tenía el pelo moreno y recio y un par de ojos vivaces que destacaban sobre el resto de sus facciones. Me superaba en altura más de una cabeza.

—Qué coincidencia —contesté, acariciando mi vientre abultado por encima de la ropa—. Mi hijo se llamará como tú.

—En realidad, no es una coincidencia —dijo, y sonrió de un modo enigmático, como solo hacen los que comprenden.

Por un momento, sentí miedo. Miedo a estar en compañía de un perturbado en un lugar donde nadie podría socorrerme.

Cuando el hombre misterioso sacó la mano del bolsillo de su abrigo, aumentó mi fragilidad, me sentí más vulnerable. Si esa mano hubiera empuñado un arma blanca o un revólver me habría parecido muy lógico.

No fue así. En lugar de una muerte lenta e injusta, el desconocido me ofreció su brazo, caballerosamente, mientras sonreía de un modo que de pronto me inspiró esa serena confianza de lo que hemos visto muchas veces.

—¿Nos vamos? Este lugar cierra a las ocho, y no tengo demasiadas ganas de pasar la noche adorando a Augusto. Hay algo que quiero que veas. Si tienes un minuto, claro.

Acababa de aprender que el tiempo era relativo, ¿no? ¿Quién puede negarse a sí mismo un minuto?

Le agarré del brazo y echamos a andar en dirección a la calle.

Anduvimos un rato, bordeando las callejas que rodean la plaza Sant Jaume, hasta Les Rambles. Una vez allí, nos adentramos en esa otra parte de la ciudad vieja, mucho menos noble, transitada por marroquíes y latinoamericanos, donde no es extraño tropezarse con una prostituta de sesenta años o con un mendigo que ha pasado la mitad de su vida durmiendo al raso. Es la otra cara de la ciudad del diseño.

En el London Bar, donde nos detuvimos, no suelen entrar mendigos ni prostitutas. Es un local donde el siglo XIX parece haberse instalado para siempre, entre cornucopias, mesas de mármol resquebrajado y lámparas que apenas alumbran. Hacía

tanto tiempo que no entraba allí que había olvidado cuándo fue la última vez.

—En la mesa del fondo —indicó mi acompañante.

En la última mesa me esperaba una sorpresa mayúscula: Jordi C.

Apenas podía creerlo cuando lo vi. Como si alguien hubiera rescatado una imagen de mi pasado más lejano y la hubiera puesto ante mis ojos. Hacía por lo menos catorce años de la última vez. Lo cual no es poco en una vida de treinta y seis.

—Estás igual que siempre —me dijo, al besarme ambas mejillas.

Yo iba a decir exactamente lo mismo. Él *sí* estaba tal como yo lo recordaba. Los mismos pómulos flacos, el mismo pelo negro y rizado, la misma espalda derecha como una sota. Su delgadez, la blancura de su piel, sus gestos de nervioso incurable… ni siquiera había sufrido una de esas metamorfosis craneales que suelen afectar a la mayoría de hombres que conozco. No se estaba quedando calvo ni lucía una sola cana. «¿Se teñirá el pelo Jordi C.?», pensé, maliciosamente, «¿un hombre como él, en apariencia tan poco dado a la coquetería?»

Conocí a Jordi C, en la redacción del *Diari de Barcelona*. Cuando me contrataron como redactora de la sección de «Cultura y espectáculos», él ya era un periodista con experiencia, de esos que ha conocido media docena de jefes de sección y redactores jefe y están hechos a todo. Jordi C. era capaz de practicar el periodismo cultural más audaz, pero también se prestaba a copiar noticias de agencia recién escupidas por los teletipos con la disposición de un Bartleby sabio sabedor de que cuando cambie de nuevo la grotesca directiva que nos gobierna él seguirá siendo un sobreviviente.

Jordi C. era el especialista de música clásica del periódico. Cuando hablaba de *Cosí fan tutte, La clemenza di Tito* o *Lohengrin*, yo tenía la impresión de que narraba misterios insondables. Solía tomar vino peleón con el menú diario —795 pesetas en el restaurante El Gall—, y después de tres vasos, contaba anécdotas muy divertidas acerca de no sé qué confabulación que incluía a toda la familia de Montserrat Caballé y que había elegido como víctimas a otros grandes del *bel canto*, como Victoria de los Ángeles o Jaume Aragall. Le escuchaba embelesada y sin pronunciar jamás una palabra. Aprendía.

A mí, Jordi C. me parecía uno de esos humanistas del

Cinquecento que sabían un poco de todo. Como era el compañero más veterano de una redacción en la que yo era la más joven, le tomé como consejero. Un papel, por cierto, que él desempeñaba con gusto, seguramente porque nunca había conocido una discípula tan entregada como era yo con diecinueve años.

Muy pronto comenzó a recomendarme libros. Una de sus primeras recomendaciones fue Thomas Bernhard, a quien leí por primera vez siguiendo sus consejos. Cuando vio que le hacía caso, empezó a prestarme sus propios libros y a dirigir mis lecturas de un modo más organizado: Nabokov, Rilke, Camus, Brecht, Roth, Svevo, Kundera… Creo que se sentía feliz en esa tutoría en la que discurrían nuestros ratos libres del periódico. Muchas veces, almorzábamos juntos solo para que yo le rindiera cuentas de los libros leídos. Siempre sacaba algún ejemplar de su desmayado maletín y me decía:

—Toma. Ahora toca este.

Conocer a Jordi C. fue, en aquellos años de tantos y tan intensos aprendizajes, una gran suerte para mí.

—No sabes lo que me alegro de volver a verte —le dije, tomando asiento frente a él—. He pensado mucho en ti, todos estos años. Tal vez sin tus consejos nunca habría llegado a…

—¿Y nunca se te ocurrió llamarme? —dijo—, ¡pues menuda forma de pensar en alguien!

Antes de que pudiera contestarle, compareció el camarero y preguntó qué iba a ser.

—Una botella de Recaredo y tres copas, por favor —dijo Adrián.

Le pregunté qué celebrábamos.

—Celebramos que no te he asesinado —repuso—, ¿o no estabas pensando en eso hace un rato, mientras veníamos hacia aquí?

Le di la razón sin comprender cómo podía tenerla.

—Pero, ¡por favor!, ¡cómo se te ocurre eso, con todo lo que has leído! —me regañó Jordi C.—. ¿Tú no sabes que los asesinatos, en las obras de ficción, siempre se cometen al principio o al final? —levantó un índice huesudo—: Y de noche. Y solo son… —consultó su reloj—. Vaya, qué contrariedad —dio unos golpecitos en la esfera de su reloj de muñeca y luego se lo acercó al oído—. A este trasto viejo se le han terminado las pilas.

Me pareció que el cristal del reloj estaba hecho añicos.

Jordi C. nos guio hasta nuestro siguiente destino.

Él caminaba delante, taciturno, aún sin perder su sonrisa misteriosa. Adrián y yo le seguimos en silencio mientras cruzábamos Les Rambles, tomábamos la calle Llibreteria hasta La Colmena, la famosa pastelería, y atravesábamos la Via Laietana para enfilar la calle Argentería hasta Santa María del Mar. Bordeamos la iglesia gótica en silencio, como si fuera un islote. Me fijé en un grupo de japoneses arracimados frente a la puerta principal, que contempaban a través del visor de sus cámaras.

A escasos metros del oriental rebaño se encontraba la terraza de La Vinya del Senyor, una de las mejores enotecas de la ciudad. Es casi un milagro encontrar mesa en la terraza pero al parecer aquellas eran horas propicias para los milagros.

Tomamos asiento, Jordi C. pidió una botella de Beaujolais y cuatro copas. Luego nos quedamos en silencio, observando a nuestro alrededor.

—¿Qué estamos esperando? —pregunté.

Jordi C. se acercó un poco para susurrar, como si fuera un secreto:

—Qué, no. A quién.

Las gaviotas pasaban chillando.

Bebimos a pequeños sorbos. Se cerró la iglesia. Los japoneses se fueron a dormir, como las gaviotas.

—Si tarda mucho, tendremos que irnos —hizo notar Jordi C.—. No debemos llegar tarde a la fiesta.

Echó un vistazo a la esfera destrozada de su reloj.

—¿Vamos a una fiesta? —pregunté—. Si me hubierais avisado me habría arreglado un p…

Adrián me interrumpió, agarrándome la mano.

—No te preocupes. Estás estupenda.

Percibí una extraña familiaridad en él. Como si nos conociéramos desde hacía mucho tiempo.

Entonces reparé en un hombre que se acercaba a toda prisa hacia nosotros.

—Lo siento —se disculpó, resollando—. Ha entrado una apendicitis y no he podido terminar a mi hora.

Pasaba de los cincuenta. Tenía una tripa prominente que la botonadura de su camisa de rayas contenía a duras penas. Llevaba

un maletín en la mano, de esos rígidos, con cierre de seguridad. Jordi C. le sirvió un poco de Beaujolais mientras él tomaba asiento y continuaba disculpándose.

—Lo lamento mucho. Por nada del mundo quería llegar tarde —me miró, como si nos conociéramos de algo—. Lo que me dijo por teléfono me dejó intrigado. Aunque debo confesarle que no se lo he contado a mi mujer. Ya me toma por un chalado sin que acuda a citas como esta, de modo que imagínese si le llego a decir algo.

Iba a explicarle que yo no le había llamado, pero Adrián se me adelantó.

—No se preocupe, pasa muy a menudo —le dijo—. Resulta difícil de comprender, hay que hacerse cargo.

—Pero cuénteme —me dijo entonces el hombre, que sudaba copiosamente—, ¿hace mucho que sueña con mi número de teléfono? Debo reconocer que la primera vez que hablamos me pareció una desequilibrada. Me alegro mucho de comprobar que es usted absolutamente normal. Y además está embarazada, qué alegría —miró a los demás—. ¿No les parece estupendo que ocurran estas cosas? ¿Saben? Yo soy de los que piensa que en el mundo hay mucho más de lo que ven nuestros ojos o lo que somos capaces de entender aplicando las leyes de razón. Existen otras normas, que no podemos desoír.

Intenté sobreponerme, aunque no fue fácil. Después de una conversación bastante embarazosa sobre un sueño recurrente que yo no recordaba haber tenido y que era, precisamente, la razón por la que aquel hombre estaba allí, pasamos a hablar de asuntos más triviales.

—Qué agradable es esta plaza —dijo de pronto el desconocido —. Ni siquiera hace frío. Y eso que ya estamos a finales de octubre.

—Mediados de noviembre —corregí yo.

—¿Noviembre ya? —dijo él, entornando los ojos—. Eso me confirma que necesito unas vacaciones. Menos mal que la semana que viene me retiro a un lugar estupendo. El Monasterio de Veruela, a la vera del Moncayo, ¿lo conocen? Es un lugar perdido en mitad de la naturaleza donde ni las ánimas se atreven a importunar a los visitantes.

El corazón me dio un vuelco al escucharle. Hace varios años que soy habitual de esos parajes. Me gusta alquilar una modesta

habitación en algún hotel de la zona durante cuatro o cinco semanas y retirarme a escribir. Es un lugar con tradición, porque fue allí, durante una estancia mucho más larga de lo que yo puedo permitirme, donde Gustavo Adolfo Bécquer escribió la mayoría de sus leyendas, inspirándose, por cierto, en las historias de aparecidos de la zona.

—¡No me puedo creer que vaya a ir a Veruela! ¡Yo también tengo una reserva para dentro de un par de semanas! Aunque estaba convencida de que el antiguo Monasterio estaba en ruinas —dije, con extrañeza.

—¿En serio? —repuso él—. ¿Qué día pensaba usted ir para allá?

—El jueves quince.

—¡No es posible! ¡Si yo llego al día siguiente! Pero si incluso podríamos salir juntos. ¿Vive usted en Barcelona?

Asentí, aunque no creía que a D. le hiciera mucha gracia que me fuera al Moncayo con un extraño a quien había conocido en la terraza de una enoteca merced a un engaño.

—Pues no se hable más —prosiguió él—: ¡me ofrezco a llevarla! En su estado, no creo que le venga mal la compañía de un médico, aunque sea un anestesista, como yo. En el mundo en que vivimos, uno nunca sabe cuando puede necesitar una buena dosis de anestesia —rio sonoramente y bebió otro sorbo de su copa.

—¿Anestesista? —pregunté—. ¿No es mucha responsabilidad?

—Claro que sí. Pero forma parte de mi trabajo.

—¿Nunca ha matado a nadie?

Noté que la pregunta le incomodaba. También a Jordi C. Curiosamente, Adrián no pareció inmutarse. Incluso yo, nada más formularla, me pregunté por qué había sido tan brusca.

—Alguna vez algo ha salido mal, sí… —repuso él, muy serio.

—Perdone —me disculpé—. No es asunto mío.

—No, no me importa —sonrió con timidez y tomó otro sorbo—. En realidad, es asunto de todos nosotros. La vida siempre es un riesgo.

—Tenemos que irnos —dijo de pronto Jordi C., como si nuestro tiempo se hubiera agotado de pronto.

—También yo. Mi mujer me está esperando para divorciarse de mí —dijo el médico, antes de besarme en ambas mejillas.

«Qué hombre más extraño», pensé yo al despedirme.

Aunque había algo aún más inquietante en todo aquello: la sensación de familiaridad que me había transmitido su presencia. Como si me uniera a él algún tipo de vínculo. «Las personas que han perdido la memoria deben de sentirse igual cuando contemplan a sus seres queridos. No recuerdan por qué, pero saben que son importantes para ellos», me dije.

Jordi C. echó a andar dejando la iglesia atrás. Llegamos al paseo del Born y desde allí nos adentramos en una calleja estrecha que partía de un soportal.

«Carrer de la Formatgeria», leí en la placa.

—Por alguna extraña razón, esta calle de nombre tan prosaico ha sido en los últimos años refugio de escritores. Tal vez recordéis a José María Fonollosa, un poeta provocador e incomprendido, que murió a comienzos de los noventa.

No le recordábamos pero a Jordi C. no le importó. Continuó con las explicaciones:

—Tenía un estudio aquí. Y aquí murió, el pobre —señaló una ventana del lado derecho—. Se suicidó. Los vecinos dicen que le encontraron cuando el hedor ya era insoportable. Su poesía es increíble, pero él fue un poeta secreto. Permaneció inédito durante más de cuarenta años.

Aún pensaba en el poeta suicida cuando Jordi C. se detuvo.

—Aquí es —llamó a un timbre.

Nos encontrábamos frente al número diez.

No sabría precisar si la voz que contestó era masculina o femenina. De fondo, se escuchaba el fragor de una animada fiesta.

La puerta se abrió emitiendo un zumbido sonoro. Comenzamos a subir la empinada escalera: cinco pisos de pronunciados peldaños y casi absoluta oscuridad, solo atenuada por el resplandor de las farolas de la calle que se filtraba a través de algunos ventanucos.

Arriba nos esperaba un rellano estrecho en el que brillaba una bombilla mortecina. Sobre la puerta reposaba una de esas aldabas en forma de mano que sostiene una bola. Estaba lustrosa. Jordi C. no dudó un instante en agarrarla con fuerza y estrellarla contra la puerta una, dos, tres veces.

La fiesta estaba muy animada. En una mesa del fondo se veía el servicio de cáterin, abundante y exquisito. A la derecha, la zona de bebidas, atendida por un camarero con esmoquin. De vez en

cuando, una chica sonriente se acercaba con una bandeja de algo delicioso. Los asistentes parecían disfrutar mucho. Se diría que habían elegido sus mejores galas para una ocasión especial. También observé que sus rostros resplandecían, y no solo de felicidad. De pronto tuve una inesperada ocurrencia: era como si alguien se hubiera preocupado de asignar a cada uno de los asistentes el aspecto que tuvieron en el mejor momento de su vida.

Me llamó la atención la juventud de J. Fue la primera a quien saludé, realmente contenta de volver a verla. Me preguntó cómo me iba con mi nueva familia, en mi nueva vida. Yo le pregunté por su hijo, pero apartó el asunto con un gesto elegante de su mano, como si espantara un asqueroso insecto, y comenzó a hablarme de los autores a quien había leído últimamente.

—Ahora tengo mucho tiempo —dijo—, estoy leyendo más que nunca. ¡Hasta estoy cambiando de opinión con respecto a los latinoamericanos, que siempre me parecieron tan cargantes!

Estuvimos un rato charlando sobre eso. *Cien años de soledad* le parecía un lío familiar en el que «todos los personajes se llaman igual y no hay modo de enterarse de nada»; *El siglo de las luces*, estaba a su juicio «llena de palabras inventadas»; Rayuela no tenía «orden ni concierto» y *Los cachorros* hablaba de «algo asqueroso que da repelús». Cortázar le parecía un pretencioso, Monterroso un autor que se toma las cosas serias a risa y Neruda «un pesado a quien solo le gusta hablar de sí mismo». Su latinoamericana favorita era Isabel Allende, aunque también le gustaban Ángeles Mastretta, Mario Benedetti y El Puma.

—Pero ese no escribe —puntualicé yo.

—¿En serio? —dijo, arqueando las cejas, como si la cosa no tuviera importancia.

Me estaba dando su despiadada opinión acerca de Gustave Flaubert —a quien había leído en francés— cuando salió en persecución de un camarero que ofrecía tartaletas rellenas de marisco. Me pareció un buen colofón para nuestra charla sobre Literatura.

También estuve conversando un buen rato con mi amiga M. y su marido. Les expliqué que a pesar de que habían pasado ya más de quince años, continuaba sin poder pasar frente al local donde ellos tuvieron su bar, el *Bunny*.

—¿Te acuerdas? Te gustaba servir bebidas detrás de la barra. ¡Menuda escritora…! —rio M., y se dibujaron en sus mejillas los mismos hoyuelos que tenía con quince años.

Mis padrinos habían hecho corrillo con aquel viejo portero de casa de mis padres que solía dar lecciones de música en la portería —qué curioso, pensé, nunca habría imaginado que podían tener algo en común—, y mis abuelos habían tomado asiento en un par de sillones con orejas que había al fondo y estaban entretenidos en una de sus charlas desiguales: mi abuela hablaba y su marido la escuchaba con embeleso.

Pregunté dónde estaba al baño y me indicaron el final del pasillo. Junto a la puerta me encontré a José María Fonollosa y mantuve con él la conversación más sorprendente de la noche.

—Ese desconocido que soy yo. Ese al que los demás se dirigían al dirigirse a mí, sin yo saberlo. Ese irreconocible ser inmóvil que inspecciona mis rasgos hoscamente —decía, sin afectación de ningún tipo.

Para no llevarle la contraria —no habría sido capaz—, asentí en silencio y decidí dejar para más tarde mi encuentro con el retrete. Fui hacia la mesa de bebidas y pedí una cocacola.

En ese momento vi a mi padre, fumando solo en una esquina, en compañía de Adrián, mi acompañante. Hablaban a media voz y juntaban las cabezas, como si tramaran algo. Me pareció que al verme callaban de pronto. Entonces mi padre se levantó y se acercó hacia mí con paso decidido. Como cuando tenía cincuenta años. Iba a hablarme, pero J. le interrumpió.

—Hace tiempo que deseo decirte algo —dijo—. Eres mucho peor persona de lo que siempre pensé.

—No —la contradijo mi padre—, lo que ocurre es que le falta carácter.

—A veces, la falta de carácter es el peor defecto que existe —añadió J, que llevaba los párpados pintados de un verde muy intenso, como siempre.

No pude evitar pensar que estaría mucho más guapa sin ese manchurrón en los ojos.

—De pequeña fue una niña demasiado protegida —añadió mi padre, ante la mirada de J.—, y también mucho menos feliz de lo que ella cree.

En ese instante, Adrián interrumpió la conversación que recién fraguaba entre J. y mi padre:

—Tenemos que irnos.

Yo también comenzaba a tener ganas de marcharme. Me despedí agitando la mano en la puerta, a lo que algunos respondieron con tibieza antes de que las negras fauces de la escalera sin iluminar me tragaran de nuevo.

Me pareció que alguien susurraba «Hasta la vista».

Pregunté si Jordi C. no venía con nosotros, pero Adrián fue tajante:

—No, él se queda aquí.

Habíamos bajado los dos primeros pisos —íbamos muy despacio, porque la oscuridad era casi absoluta— cuando Adrián me pidió que me detuviera.

—Siéntate —ordenó.

—¿Dónde?

—Aquí mismo, en el escalón. Yo lo haré a tu lado.

Le obedecí. Después de todo, estaba a su merced. Y también resultaba mucho más cómodo sentarse que empeñarse en seguir bajando.

—Déjame sitio.

Me apreté contra la pared y mi guía misterioso se dejó caer junto a mí.

—¿Estás bien?

—Un poco incómoda —reconocí—. No es el lugar más confortable para una embarazada casi a término, pero en este momento el niño está tranquilo.

No había hecho más que decir esto cuando me di cuenta que llevaba un buen rato sin percibir los movimientos de mi bebé. Algo muy inquietante, por cierto, cuando ya te has acostumbrado a ellos. Cualquiera que haya estado embarazada alguna vez sabrá de qué estoy hablando.

—Bueno, pues ya solo nos falta el desenlace —dijo Adrián, con un suspiro. Y añadió—: Ya debes saber que los finales siempre son lo más difícil, ¿verdad? En este momento es imprescindible decir toda la verdad. Solo los que dicen la verdad consiguen salvarse.

—¿Salvarse de qué? —pregunté—, creí que sabías que no soy…

—Claro que lo sé —se apresuró a decir—. Salvarse de la

decepción de quienes te escuchan, por supuesto.

Se hizo un silencio de ambos, que él rompió enseguida:

—¿No me preguntas por qué estaban ahí todas esas personas? Sería lo lógico. La mayoría llevan muertas mucho tiempo. ¿No te has alegrado de volver a verlas?

—No sabía qué decirles. Había demasiado que decir.

Me pareció que Adrián sonreía —no podía verle la cara— y que comprendía.

—Es una especie de tradición. Un ritual. Sé que te gustan.

—¿Un ritual? ¿De qué me estás hablando?

Se removió en su escalón. Era extraño hablar con él en aquella oscuridad, sin ver sus reacciones.

—Es un regalo. Quienes van a morir reciben la merced de saldar sus deudas con aquellos que les precedieron.

—Pero yo no tengo nada pendiente con Fonollosa, el poeta. Ni siquiera lo conocía… —dije.

—Ah, el poeta suicida ese… Siempre se cuela alguno. Como vivía aquí, me imagino que el pobre está encariñado con este lugar. A muchos les pasa, son incapaces de marcharse de una vez. Aunque hay que reconocer que el papel de invitado gorrón de la fiesta le sienta como anillo al dedo.

—¿Y Jordi C.?

—Él era nuestro guía. El último en morir siempre acompaña al siguiente. Fue una hermosa coincidencia, ¿no crees?

El azar que gobierna el mundo.

Empecé a ponerme nerviosa. Fue cuando me di cuenta de que tal vez no era una broma.

—¿Es una especie de delirio? ¿Lo estoy imaginando todo?

—No —soltó una carcajada—. Es lo más real que te ha ocurrido jamás. Es un regalo de despedida. O un premio de consolación. ¿Todavía no lo entiendes? Vamos a morir en unas pocas horas.

—¿Por qué hablas en plural? ¿Por qué dices «vamos» a morir?

—Porque es la verdad. Yo corro tu misma suerte. No puedo elegir.

—Entonces no entiendo qué haces aquí, por qué no saldas tus propias deudas con tus muertos.

—Es lo que estoy haciendo. ¿O no me has visto hablando con tu padre? ¿O con J.? AM. le ha encantado conocerme. Me ha contado

que estaba embarazada cuando tuvieron el accidente. Se había hecho la prueba aquella misma tarde.

No tenía ni idea de lo que acababa de decir, pero recordé que pocas semanas antes de morir, mi amiga M. me habló de sus deseos de ser madre.

—Pero… —yo intentaba poner un poco de orden en mis emociones revueltas—, pero tú y yo no tenemos nada en común.

—Te equivocas. En este instante, somos casi lo mismo.

De pronto deseé que amaneciera, que la luz lo inundara todo. Que los movimientos del bebé regresaran. Me levanté y eché a correr escaleras arriba, en dirección a la fiesta del quinto piso.

Necesitaba beber algo. Pero, sobre todo, necesitaba ver a otras personas. Llamé con mucha insistencia al timbre, pero no respondió nadie. Reparé en que la puerta estaba entornada y la empujé. La sala de la que había salido solo unos minutos antes estaba ahora vacía y sucia de un polvo acumulado durante años. Mis pies dejaron pisadas parecidas a un rastro en la nieve.

Adrián me había seguido.

—¿Y tú? ¿Quién eres? —le pregunté. Me corregí—: Mejor. *¿Qué* eres?

—Soy una posibilidad entre mil. La que ninguno de los dos conoceremos. En ese sentido, representamos lo mismo el uno para el otro.

No pude evitar echarme a llorar. Estaba muy cansada.

—Quiero irme a casa —dije.

Adrián me abrazó. Sentí una extraña calma entre sus brazos, como si aquel contacto me fuera familiar, como si pudiera recordar lo que aún no había sucedido, lo que ya nunca sucedería.

—Lo siento —contestó él—, pero eso no puede ser.

—Ya sé quién eres —le dije, mientras le acariciaba las mejillas y me daba cuenta por primera vez de lo mucho que se parecía a mi padre—. Pero habría preferido no verte. No había ninguna necesidad. Esto es muy cruel —balbuceé.

—No —repuso—. Sería mucho más cruel si no hubiera ocurrido.

—¡Pero es que *no* ha ocurrido! Todo esto es solo una hipótesis. ¿Cómo lo has llamado? Un… un premio de consolación.

—Ya —dijo, manteniendo la calma—, ¿realmente crees que hay alguna diferencia?

Observé que comenzaba a amanecer y la oscuridad era algo menos cerrada. Me concedí unos segundos para ordenar mis ideas. Formulé la pregunta que más temía:

—¿Qué va a ocurrirme?

—Un parto prematuro y complicaciones con la anestesia. Un error humano. Los demás médicos lo taparán para proteger a su compañero.

—¿Tiene algo que ver en esto el médico a quien conocimos hace un rato?

Su silencio habló más de lo que lo habrían hecho sus palabras. Tenía los ojos húmedos.

—Podríamos habernos conocido mejor en Veruela… —pensé en voz alta— y quién sabe si…

Adrián no decía nada. Sus manos me parecieron preciosas.

—La vida es una bifurcación infinita de caminos —dijo.

No había hecho más que terminar la frase cuando sentí un fuerte pinchazo en el vientre, seguido de un espasmo violento. La punzada de dolor hizo que me flaquearan las piernas y caí hacia atrás, levantando una nube de polvo.

Al fondo del pasillo, donde antes había estado el cuarto de baño, vi ahora con absoluta claridad una luz blanca, de intensidad sobrenatural.

Poco a poco, el resto se oscureció. Comencé a distinguir a mi alrededor los rostros conocidos de los asistentes a la fiesta: J., mis padrinos, M., mi padre, mis abuelos, Jordi C. y hasta Fonollosa. Sonreían. Parecían contentos de volver a verme.

Entonces me di cuenta de que Adrián estaba entre ellos y me invadió la mayor sensación de bienestar que había experimentado nunca.

Solo entonces avancé hacia la luz.

AMANECER CON MONSTRUOS MARINOS

EN VERANO MI PADRE PINTABA MARINAS. NO siempre reflejaba este pedazo de mar que se ve desde aquí. A veces pintaba otros mares, remotos en los atlas o en su imaginación. Otras veces, mamá le encargaba una marina con mucho azul, o con verdes y amarillos, para que combinara con los muebles y la colcha. La mejor y más azul de todas las que pintó está en mi poder desde hace cinco años. Recuerdo a la perfección el día en que, después de mucho negarse, de mucho hacerse de rogar, mi madre me la regaló, con una condescendencia muy suya, que sin embargo no carecía de emoción.

—Llévatela —dijo, mirando hacia la marina azul.

Me la regaló para celebrar un triunfo, algo grande o pequeño —ahora no tiene importancia— que había salido bien.

Hace de eso cinco años y desde entonces el cuadro vive conmigo. Siempre lo he tenido en un lugar principal. Junto a mi lado de la cama, antes de separarme. En la biblioteca de mi ático de La Ribera, que era también el salón, durante aquellos meses de desorden que siguieron a la separación. Recuerdo que fue la primera cosa que me llevé de aquel piso que nunca fue mi casa. En aquel rincón encaramado sobre la ciudad que fue mi primer lugar en el mundo le hice un sitio sobre la estufa de leña. Era donde se veía mejor, casi podría decirse que presidía el salón-biblioteca. Había humedades en aquellas gruesas paredes, pero eso lo supe más tarde, cuando después de un otoño de lluvias torrenciales aparecieron verdines en las paredes. El comprador, un sueco sonriente, de gafitas y pelo corto, que además era editor, no pareció muy preocupado por aquel asunto. Con dinero nada preocupa en exceso. Te sientes resguardado por la vida, pero no es cierto: la vida nos tiene siempre a la intemperie. El sueco salió de su casa en Estocolmo a veinte grados bajo cero para tomar un avión y comparecer ante un notario catalán una tarde de viernes. Una semana después, la marina azul y todo lo demás recorría algunos kilómetros hasta mi nueva casa, donde ocuparía un lugar frente a la

escalera. Incluso le compré un foco que la iluminara. Pero aquellas humedades habían deformado el marco para siempre. En ella, como en mí, el desorden también acababa de dejar su huella.

Lo que yo llamo «la marina azul» es un lienzo cuadrado, sujeto por un marco sencillo, de madera oscura, con un fino ribete dorado. Debe de medir unos setenta centímetros por cada lado. Está pintada al óleo en tonos azules y blancos. El cielo y el mar se confunden con los velámenes de dos embarcaciones de cierto aire deportivo. Un par de tripulantes por embarcación, en actitud que parece concentrada, evoca el ambiente de las competiciones deportivas. Uno de ellos, que va en el velero más cercano al observador, parece un perro: gris, corpulento. Resultaría peligroso si no estuviera entregado con un ahínco tan poco canino a la tarea de remar, o gobernar, o qué sé yo. Más arriba, un trazo negro sitúa sobre la cabeza de otro una gaviota en plena búsqueda de alimento. No es disparatado pensar que si la gaviota decidiera defecar en este instante, el emplasto se estrellaría sobre la cabeza del marinero confiado. En primer término hay otra gaviota más inofensiva, más irreal. Es gris y gorda, casi se diría que de plástico. Un chiste de mal gusto, junto con el perro navegante, que salió de la mano poco adiestrada de mi padre. Sea como sea, esos dos detalles le dan al conjunto un aire de autenticidad, de imperfección irrevocable.

Desde que instalé la marina azul en el salón de mi ático, después de la separación, supe que si de pronto me sorprendiera un incendio, ese sería uno de los únicos objetos que me afanaría en poner a salvo. Sigo pensando lo mismo.

Ya he dicho que el salón de mi piso de La Ribera era también la biblioteca. Y también comedor, sala de juegos, pasillo y recibidor. Por él se salía al estrecho rellano de la escalera, iluminado por una bombilla desnuda y cubierta de manchurrones resecos de pintura, y desde él se pasaba a la cocina, al cuarto de baño y a la única estancia que, como tal, tenía el departamento. Esa única habitación, invadida al principio por esa ingente cantidad de papel que, no sin preocupación, voy acumulando con los años, fue luego sala de juegos de mi hijo. Allí compartió tardes con Cristina, su primera canguro, y de allí salió una y otra vez, con pasos vacilantes de aprendiz, a recibir a los múltiples visitantes en busca de piso que en cualquier momento podían convertirse en los nuevos propietarios

de nuestra casa. De hecho, recibió con alegría al sueco sonriente, que se presentó con dos amigas aborígenes, cuando vino la primera, la segunda y hasta una tercera vez, a tomar medidas y hacer fotografías.

Hablaba de la única habitación. Era pequeña, con una ventana reformada para que nunca resultara un peligro para mi hijo. El piso, de blancas baldosas de gres, estaba ligeramente inclinado hacia un lado. Una vez vi las fotos de la obra de la que surgió: hubo que vaciar el suelo por completo antes de aplanarlo y embaldosar de nuevo.

El espacio superior, desde donde se salía a la terraza, fue en tiempos un cuarto de depósitos. Tras la reforma se convirtió en dormitorio y estudio. Allí dormimos, sobre un colchón en el suelo y bajo el cielo inmenso que dejaba ver la lucerna, durante aquellos primeros siete meses de zozobra que fueron los primeros de nuestra vida en común. Arriba veíamos la televisión, dejábamos pasar las horas bajo el aparato de aire acondicionado. Después de anochecer abríamos la puerta de la terraza para escuchar el alegre sonido de los bares de la zona, que siempre cerraban de madrugada. Otros vecinos se quejaban de ruido, pero para nosotros siempre resultó una compañía agradable. Arriba también estaba mi mesa de trabajo, mi ordenador, mis discos. Fui muy feliz en ese lugar. Hasta llegar allí nunca había sentido que algo me pertenecía. Y cada vez que regreso al bullicio familiar de aquellas calles, siento de nuevo que me pertenecen. Y eso que solo voy allí de tarde en tarde y de visita, y que ya hace casi cuatro años que vendí mi ático. El tiempo transcurre demasiado aprisa.

Otra fecha que se aleja: ocho de octubre de mil novecientos noventa. El día que murió mi padre. Apenas recuerdo nada de aquel día, salvo que llovía, como hoy. También recuerdo que se me hizo tarde. Había atasco en la carretera. Yo había tomado un taxi. Mientras recorría los treinta quilómetros entre la capital y mi ciudad en la parte trasera de aquel coche de alquiler pensaba: «No llegaré a tiempo».

En ese momento parecía imposible de asumir. En inglés hay una palabra que describe muy bien esa desesperanza. *Nevermore*. Tan exacta como terrorífica.

Un amigo de la familia, también médico, estuvo a su lado y salió

un momento de la Unidad de Cuidados Intensivos para intercambiar con nosotros unas palabras. Afuera, sentada en un banco de la calle, mi madre se frotaba las manos, como *lady* Macbeth después de cometer su crimen. Se frotaba las manos y miraba al suelo como si buscara algo.

—Ha sufrido cuatro ataques al corazón —dijo el amigo de la familia—. Por duro que parezca, tal vez sea mejor que no salga de esta.

La primera vez que vi *Sunrise With Sea Monsters*, de Turner, fue en una de esas revistas para traumatólogos que recibía mi padre. No había páginas a color. Junto a la publicidad de nuevas prótesis de cadera o de unas ampollas bebibles contra el asma podían encontrarse artículos de contenido cultural. Mi padre señalaba la reproducción con un dedo. Un cuadro de Turner —sobre todo los de su última época, como este— se convierte en una mancha incomprensible si se reproduce en blanco y negro. Mi padre señalaba algo en el centro de la fotografía y me hablaba del dramatismo de lo que no se ve pero se vislumbra, y yo no me atrevía a decirle que allí no veía nada en absoluto. Nada excepto la mancha gris. A quién se le ocurre reproducir ese cuadro en blanco y negro, he pensado años después. Es como pretender tocar las *Suites para cello solo* de Bach con una armónica.

Puede que mi padre pensara en Turner cuando pintó aquella marina azul para el dormitorio de verano que había ideado mi madre. También sé que mi padre pensó muchas otras veces en el pintor inglés, en su amanecer, y también en sus monstruos marinos.

Hay muchas clases de monstruos. Casi ninguno se deja ver a no ser que piense devorarte.

Ahora, en este instante, mi padre regresa. Estoy frente al ordenador, como ahora, pero a mi alrededor persiste aquel palomar que nunca dejó de serlo: mi antiguo estudio en La Ribera. Suena el timbre, con ese revuelo de ladridos y pantalones volando que generan siempre en esta casa las llamadas inesperadas, y una voz que a pesar del tiempo no se ha disipado en la memoria dice desde abajo:

—Soy yo, hija. Abre.

Le abro mientras regaño a las perras, atiendo al bebé que berrea por la emoción o el escándalo y me visto a toda prisa.

No me gusta imaginar a un hombre cansado, sudoroso ni jadeante, después de la inclemencia de los cinco pisos de escalones afilados. Prefiero imaginar al hombre que solo conocí por fotografías antiguas. Por ejemplo, al que sonreía con una extrema delgadez, abrazado al palo de un sombraje de playa, completamente vestido de blanco, con sus sempiternas gafas y el pelo —parece— peinado hacia atrás. A ese hombre, o uno muy parecido, un poco más viejo —por lo extraño que sería recibir la visita de un padre más joven que una misma, a quien puedes aleccionar— es a quien imagino en el rellano, con ese aire de desgarbada seducción que solo valoré años más tarde. Tal vez emocionado, como yo.

Un abrazo. Un beso en las mejillas de su piel curtida y suave, algo caída en los últimos tiempos, el arañazo breve de la barba incipiente. La memoria tiene en ocasiones un criterio de selección extraño. Ahora recuerdo sus cejas despeinadas, formadas por crines largas e indomables, que a menudo se escapaban de la formación y que él recortaba a tijera. Hace muy poco se me cortó el aliento al ver las cejas de mi sobrino, la segunda generación, y escuchar sus quejas al respecto. Le sugerí que se recortara los pelos más díscolos con una tijerita de uñas. Exactamente eso hacía mi padre. Recuerdo también su esternón ligeramente hundido en el pecho lampiño. Sus dedos gruesos, su sello de oro en el anular, sus manazas. Las manos fuertes de un hombre que tal vez estaba destinado a labrar la tierra y terminó entre libros. Aunque esas manos también alineaban huesos.

Lo primero que vería mi padre al entrar en mi casa sería su marina azul. Tal vez se preguntaría qué fue de los muebles para los que fue concebida, en qué vertedero debieron de morir, solos para siempre y ya desajustados con los colores circundantes. Imagino que le agarro las manos. Que las mías, calcos de las suyas, demasiado masculinas para ser de mujer, se pierden un poco en la bastedad de ese apretón. Lleva su sello de oro en el anular de la derecha. Me fijo enseguida porque recuerdo la estupefacción que me causó, de pronto, ver el sello de oro abandonado, tan necesitado de la mano de mi padre, tan huérfano, después de un entierro al que no recuerdo haber ido. Yo tenía veinte años. Acababa de quedarme muchas veces huérfana. Huérfana para siempre.

Invito a mi padre a pasar. No te quedes ahí, le pido. Él sigue

mirando la marina azul. Tal vez tenga ganas de explicarle por qué tengo yo ese cuadro suyo, por qué méritos personalísimos me lo regaló mamá, desprendiéndose de él como quien cede un tesoro. Pero no quiero hablarle de mamá. Sé que hablarle de ella sería derivar de inmediato la conversación. Me haría preguntas, tal vez me pediría que le dejase usar el teléfono, me incomodaría el dulzor de un reencuentro en el que no habría ni rastro del dolor de otros tiempos y, en suma, ya no podría tenerle solo para mí.

Me doy cuenta de que lo mira todo de un modo algo bobalicón. Siempre se asombró en exceso de mis cosas. Con su muerte, la vida también me robó esa capacidad de dejar perplejo a mi padre. Nadie volverá jamás a asombrarse de ese modo, es algo que me costó mucho comprender. Muchas veces huérfana: a eso me refiero.

Ahora se asombra de nuevo, de cara a los libros de mi biblioteca. Admira su número, se detiene de espaldas a mí en alguno de los estantes y lee:

—Ah, Caballero Bonald…

Es una primera edición de *Ágata ojo de gato*. La compré en una librería de lance que le encantaría visitar. La primera vez que entré en una librería de lance fue de su mano. Sería un acto de justicia llevarle a una que no conoce. O que tal vez conoció hace años. Solía hablar mucho de los anticuarios de la calle Canuda. No tuve ocasión de preguntarle esto y la duda ya es indeleble. Hay que resolver todas las dudas importantes antes de que la muerte de quienes amamos nos deje ignorantes sin remedio.

—Me acuerdo bien de cuándo salió este libro —dice.

Le pido que lo saque de la hilera, que lo abra. Ante su primera página guarda unos segundos de silencio y luego dice:

—Qué dedicatoria tan afectuosa.

Le prometo que le hablaré con calma de ello. Que habrá tiempo para todo (sé que no es verdad; en realidad nunca hay tiempo para nada, la vida pasa y al fin las preguntas y las respuestas y lo que de verdad importa siempre queda pendiente). Le pregunto si quiere darme la chaqueta, si desea ponerse cómodo. Permanece inmóvil, mientras sigue mirando los libros.

—Tienes muchos —observa y a continuación confirma mis temores—: No puedo quedarme mucho rato.

Finjo no haber oído la segunda parte de la frase.

—Casi seis mil —digo.

De pronto formula una pregunta de esas tópicas, de esas que nunca esperaría de él:

—¿Los has leído todos?

Digo:

—Tengo algunas primeras ediciones y muchos ejemplares dedicados por gente que te gustaría: Sábato, Cela, Saramago, Arreola… Tú me aficionaste a las librerías de viejo, papá, ¿te acuerdas?

—No sé quién es Arreola —observa.

Casi nadie conoce a Arreola y ya está muerto. Estaría bien que un día llamara a mi portero automático. Era un conversador infatigable. Un viejecito simpático, al que deseé haber conocido sin canas. Una vez le oí decir lo que, según él, debía ser la Literatura: un volcador de demasías. Un vertedero de los desechos que el alma no puede retener.

—Lo que sucede cuando voy a las librerías de viejo es que no sé regatear —añado.

Le pregunto a mi padre si quiere ver los libros de los que le hablo.

—Luego —me dice—. Ahora tengo otras prioridades.

Imagino que se refiere a mi hijo. Quien, por cierto, como si sospechara la solemnidad de la situación, ha enmudecido en brazos de Cristina. Solo se adivina su presencia por la repetición de una melodía como de pianola que surge del interior de un caracol de plástico.

—Está en el piso de arriba. Voy por él.

—Subo contigo.

Subimos hasta la lucerna. Al amparo del sol cálido de otoño, mi hijo se entretiene descifrando las figuras de plástico que el caracol guarda en su concha. Son fantasías geométricas de colorines. En cuanto ve a su abuelo, lanza los brazos hacia él.

—Ven aquí, Adrianzote —dice mi padre al agarrarle.

De pronto tengo la urgente necesidad de formular una pregunta:

—¿Hasta cuándo te quedas?

—No puedo precisarlo —dice él—, hasta que anochezca. O tal vez un poco menos.

Irremediablemente pienso: No es suficiente. Y formulo enseguida

otra pregunta:

—¿Te apetece un café?

El insignificante ritual familiar, recuperado de pronto, aquí y ahora: taza pequeña, café solo, dos de azúcar. Papá tomaba varias tazas a lo largo del día. Siempre café solo con azúcar. En ese aspecto yo no he heredado sus gustos. Mientras dispongo las tazas en la bandeja echo algo en falta. La tercera taza. Me dan ganas de llamar a mamá y participarle nuestra alegría, aunque de nuevo me detengo.

Regreso al piso superior a toda velocidad. Llevo una bandeja con dos tazas humeantes y un plato con galletas. Sé que mi padre no comerá ni una sola, pero hay en esta hospitalidad mía una suerte de necesidad de mostrarle mis maneras de buena anfitriona, de la hija sorprendida por la visita inesperada de su padre que nunca podré ser.

—Si hubiera sabido que vendrías te hubiera preparado un rosco de anís —le digo.

—Ni yo lo sabía —se excusa.

Al pasar junto a la marina azul, pienso: Realmente quiso parecerse a Turner.

—Fue un avanzado a su época —me explicó mi padre, años atrás, ante el manchurrón en blanco y negro de la revista para traumatólogos—. Explicaba a sus alumnos las leyes de la perspectiva, que él mismo contravenía en sus cuadros. Fíjate bien: esta figura parece la cabeza de un perro, aunque también podría ser otra cosa. En cambio, en estas líneas de aquí sí se aprecia con claridad una red. Una red de pescadores lanzada al mar, tal vez una muy vieja, que ya no servía. En la figura central hay dos peces saltarines, ¿los ves? Sus cabezas forman otra figura, ese inquietante monstruo marino. Tal vez Turner estaba pintando sus ensoñaciones. O sus pesadillas. Tal vez solo ensuciaba el lienzo. Acaso ni siquiera esté acabado. No hay modo de saberlo. Ya no.

Yo guardaba un silencio contrito: el del sordomudo frente a la sinfonía.

Mientras observo a mi padre remover el café, se arremolinan las preguntas, los comentarios. Me pregunto, por ejemplo, si las cosas acaban. Y cuándo lo hacen del todo. La conversación es inconexa: sale el pensamiento que anda por allí en ese momento. Muchos

otros quedan por decir.

—Hace poco más de un año visité la Tate Gallery, en Londres —explico—. Ahí es donde está la obra de Turner. Casi completa. Hay otra media docena de lienzos en la National Gallery, pero a mi juicio no son los mejores. El pintor donó todo su trabajo al Estado. *Sunrise With Sea Monsters* es inolvidable al natural. Me habría gustado que lo vieras, a mi lado.

Mi padre no contesta. Mira a los ojos de mi hijo y murmura:

—Se parece a ti.

Es lo que dice todo el mundo. En cambio, en ocasiones a mí me ha parecido que Adrián tiene gestos y expresiones de su abuelo. Ahora que los veo juntos no estoy tan segura de ello. Es la memoria, que nos miente en la medida en que deseamos ser engañados.

Mi padre remueve su café con tanta energía que encharca el plato. Se ha sentado en el sofá después de remangarse ligeramente el pantalón, en un gesto mil veces repetido y que forma parte de mi primera memoria. Tal y como está le veo los calcetines. Son marrones, finos. En casa de mi madre hay un cajón lleno de calcetines idénticos a estos, emparejados y doblados sobre sí mismos formando una suerte de sobre en el que solo hay que meter el pie para calzárselos. Hace catorce años que nadie se los calza.

Me pregunto dónde lava ahora mi padre sus calcetines.

Él extiende las manos en dirección a su nieto y le ofrece sentarse en sus rodillas. Mi hijo acepta, risueño. El nieto se comporta con su abuelo como si lo conociera mucho o como si muchas veces hubiera compartido con él juegos y palabras. Mi padre le toca la cabeza. Los dos pulgares juntos hacia la mitad del cráneo, siguiendo una línea ideal hacia la nuca.

—Tiene las fontanelas muy bien —sentencia, profesional.

—¿Te acuerdas de aquel chico callado con quien alguna vez jugaste al ajedrez? —pregunto.

Entorna los ojos, como invocando a los recuerdos.

—Me casé con él —me adelanto—, pero no funcionó. Luego me volví a enamorar. Me gustaría que conocieras al padre de mi hijo.

—¿Has vuelto a jugar al ajedrez? —pregunta, con la expresión iluminada.

— No. No se me daba nada bien.

Me mira como si tratara de encontrar un sentido oculto en mis

palabras. Yo también guardo silencio. En realidad, me pregunto por qué no me escucha. Detiene una mano grande, caliente y áspera en mi mejilla:

— Tontorrona.

Durante algunos años, mientras aún iba a la universidad, frecuenté la Librería Francesa y compré allí muchos libros que luego serían importantes para mí. Era un lugar caótico: bajo la moqueta crujía la madera, las barandas de las escaleras bailaban, el exceso de peso combaba los anaqueles. Todo allí parecía a punto de derrumbarse. Mi primer libro sobre la obra de Turner salió de ese lugar.

Lo que busco cuando compro un libro dedicado a la obra de un pintor no es que las reproducciones aparezcan a todo color o en grandes páginas. De hecho, he aprendido que ninguna reproducción hace justicia al original, que a los cuadros hay que ir a visitarles, por lejos que estén y aunque a ellos les dé lo mismo, como a las estatuas. Lo que busco en los libros de pintura es ese anecdotario que siempre rodea la labor de un creador o la elaboración de una obra. Antes que ver una gran fotografía del *Incendio de la Cámara de los Lores*, prefiero saber que Turner vio por primera vez esa imagen desde una barca sobre el Támesis. Del otro, sin embargo, nunca he encontrado nada que leer.

— La pintaste durante el verano en que me concebisteis, ¿verdad? La marina azul y yo somos completamente contemporáneas, casi mellizas —le pregunto.

Vuelve a mirarme sin entender. Continúo:

— Está datada en 1969. Tú siempre pintabas en verano. Julio y agosto. Yo nací en abril, un martes santo, pero fui algo prematura, ¿verdad?

— Unos veinte días.

— Exacto. Eso significa, que me concebisteis en agosto —digo.

— Puede ser, sí —dice, sorbiendo el café.

— O sea, que la marina y yo estamos hechas al mismo tiempo.

Sonríe. No dice nada. Temo haberle molestado.

— ¿Estuviste alguna vez en la Librería Francesa? —pregunto, de pronto.

— No me acuerdo. ¿Dónde está?

— Ya no está. La cerraron.

— ¿Qué hay en su lugar?

— Ni idea. ¿Te interesa saberlo?

— En realidad no.

No sé por qué estamos hablando de esto. Qué me importa saber si conoció o no la librería francesa, con la cantidad de preguntas que siguen sin respuesta. Sin embargo, se abre ante nosotros un silencio atónito. Mi hijo ríe. Su risa tampoco tiene sentido, pero rompe el maleficio.

— Tengo que irme —dice mi padre de pronto, con un carraspeo, y deja la taza sobre el plato.

Pedirle que se quede es inútil, lo sé. De pronto recuerdo a Konrad Lorenz. No le he hablado de él.

— ¿Te acuerdas de Konrad Lorenz? —pregunto, mientras bajamos la escalera—. Le dedicaste un artículo. Lo leíste.

Asiente con timidez, como si no supiera muy bien de quién le estoy hablando o por qué motivo tengo que hacerlo ahora.

— El médico, el creador de la Etología. Yo también lo leí. ¿Qué te parece la coincidencia?

Mi padre se encoge de hombros y vuelve a contemplar la marina azul.

— Espero no haber interrumpido nada que estuvieras haciendo —dice.

Intento que entienda hasta qué extremo nada tiene importancia, salvo que él está aquí. Pero él solo contesta:

— Cuídate, hija. Nos vemos otro día.

No sé qué inventar para que se quede un rato más. Es como si las palabras pugnaran por salir y por quedarse en mi inconsciente al mismo tiempo. Adivino que en unos pocos segundos estaré espiando su marcha por el hueco mínimo de la escalera, viendo sus dedos en el pasamanos de los primeros pisos como a través de un catalejo. Cuando su pie derecho pisa las baldosas desportilladas del rellano, se vuelve hacia mí y me pregunta si puede utilizar el teléfono. Lo dice de pronto, como si se le acabara de ocurrir, como si no fuera importante.

No siento alivio de que se quede. Adivino a quién va a telefonear y siento un deseo súbito, feroz, de que se marche. A pesar de eso, lo acompaño hasta el cuarto donde mi hijo comparte juegos con Cristina y le indico el teléfono negro sobre la mesa negra.

— Es la mesa de mi ayudante. Tengo ayudante —explico.

Pero él no escucha. Se sienta en el cómodo sillón de piel y lo tantea. Lo hace girar suavemente, se reclina un poco. Parece de su agrado. Se echa hacia atrás y apoya toda la espalda, se pone cómodo. Luego contempla el aparato como si se tratara de un bicho que puede morderle. Agarra el auricular, comprueba que hay línea, prepara el índice para marcar, pero lo detiene de súbito en el aire. Salgo de la habitación y me detengo frente a la marina azul. Tengo ganas de llorar.

Si esta situación dura mucho más no podré soportarla, pienso.

— He olvidado el número —le oigo decir, con desconsuelo.

Observo el navegante que parece un perro y la gaviota que parece de plástico. Son detalles que desentonan en el conjunto, algo que dota al cuadro de un toque diferente. Algo que no debería estar ahí pero que, sin embargo, está.

De nuevo me llega su voz grave desde la habitación:

— ¿Me recuerdas el teléfono de tu madre, por favor?

Y me veo a mí misma, ya desde fuera de la escena, desde la distancia del tiempo y la ensoñación, mientras a través de los grandes ventanales de mi nuevo piso observo la tormenta sobre un mar que se parece al de Turner: estoy ahí, impasible ante la marina azul, sabiendo que mi padre no hablará hoy por teléfono con nadie, que no habrá reencuentro ni reconciliación posibles; sabiendo también, con total seguridad, que él jamás volverá, pero, sobre todo, concentrada en el detalle de aquel perro que gobierna un velero, del navegante que, si se mira con atención, con ojos de querer ver, se parece tanto a otros monstruos marinos.

Solo entonces contesto.

II. NOSOTROS

MÁS ALLÁ DE ESTA OSCURIDAD Y ESTE SILENCIO

> El mundo se ha enterado de que tiene un ciudadano invisible. Pero nadie sabe que estás aquí.
>
> H. G. WELLS

SE LO ADVERTÍ EN UNA DE NUESTRAS PRIMERAS conversaciones, aunque no me tomó en serio: «Soy invisible». No es que le reproche su escepticismo. En realidad, suelo abstenerme de hablar de ello; la gente no está preparada para hacer frente a lo extraordinario. Lo cual, si formas parte de lo que se considera extraordinario termina por resultar agotador.

De Gala lo conocía casi todo. Sabía de sus deseos nunca confesados y de sus tediosos años de matrimonio. Tenía exacta noticia de lo insoportables que se le habían hecho los últimos años, desde que ella manifestó sus ansias de tener un hijo y tropezó con la negativa frontal e innegociable de su marido.

«Es como si él no deseara que pasara el tiempo. Como si fuera feliz instalado para siempre en este presente insoportable», dijo.

Aquella noche, Gala se refería a los sinsabores de su matrimonio con más tristeza que otras veces. Me hablaba de zanjas que se abren de pronto entre dos personas y que ya no vuelven a cerrarse. Me hablaba de cansancio, de resignación y de silencio:

«Ya no tenemos absolutamente nada que decirnos. Y así, día tras día».

Recordaba que, nada más conocerla en el canal de conversación virtual, me dijo que estaba casada y me preguntó si para mí aquella situación representaba un problema. Por supuesto que no lo era. Entre otras cosas, porque ella era una desconocida entonces, alguien que no me importaba.

Recordé aquellas palabras un tiempo después, mientras experimentaba una rabia intensa. No podía comprender qué hacía Gala al lado de un hombre que no sabía valorarla. No podía

soportar la idea de que se acostara con otro, noche tras noche, mientras yo la deseaba. Me había enamorado de ella.

Tal vez fue la frustración la que me impulsó a hablar. O tal vez los cuatro güisquis que me había tomado.

«Ahora que estamos en el terreno de las confidencias —escribí en la barra de conversación— yo también quiero confesarte algo».

Fue entonces cuando le hablé de mi invisibilidad.

Respondió con un perplejo mutismo. Normalmente, apenas tardaba unos pocos segundos en teclear su respuesta. En aquella ocasión, adiviné que cribaba las palabras pero no encontraba la que quería. Me pareció oportuno matizar mi afirmación:

«No hablo en sentido figurado. Soy *realmente* invisible. Es una rara mutación genética que se da en algunos hombres de mi familia. Una tara incómoda, que no tiene cura».

Como había pensado, se mostró impresionada. Quiso conocer los detalles técnicos. Me preguntó cómo me las había apañado para estudiar, para encontrar un trabajo, para mantener relaciones sexuales, para vestirme. Le conté que vestirme nunca fue un problema, ahora que existen tejidos especiales para gente como yo. Lo mismo que estudiar. El diagnóstico médico propició que pudiera hacerlo a distancia, y obtuve, por cierto, un brillante expediente académico. Reconozco que buscaba impresionarla cuando le dije que fui un estudiante sobresaliente, el mejor de mi promoción. Y todo ello desde la enseñanza primaria hasta el doctorado, que superé sin ninguna dificultad. Fue natural que me dedicara a la investigación, como lo fue que me convirtiera en uno de los físicos más reputados en mi especialidad.

Le expliqué que jamás tuve que preocuparme por buscar trabajo ni por superar el inconveniente que suele afectar a los de mi condición, ya que nadie parece dispuesto a contratar a alguien de quien no puede saberse con absoluta seguridad dónde se encuentra. Sí, es cierto que hay indicios. Un observador agudo puede apreciar, por ejemplo, que allí donde me siento se produce una ligera deformación (apenas es visible en las superficies más duras, pero por el contrario en las blandas llega a resultar chocante para alguien no familiarizado con el fenómeno). Es más difícil no percibir que en mi puesto de trabajo los teléfonos se mueven («solos», dicen los ignorantes, faltando a la verdad), los bolígrafos

esmeran su caligrafía sobre el papel o las piezas del teclado se hunden a buen ritmo mientras en la pantalla avanzan los signos tipográficos, como urgidos por una fuerza sobrenatural.

Gala debía de estar muy sorprendida. Si no hubiera tenido motivos para ello, habría pensado que estaba al teléfono o que, simplemente, había salido del canal por una urgencia. Es difícil diferenciar la estupefacción de la ausencia en una conversación que transcurre en una pantalla.

«De modo que en mi vida profesional no he encontrado grandes escollos», le dije, antes de añadir: «No puedo decir lo mismo con respecto al amor y al sexo. Los finales siempre me destrozan. Ahora mismo, sin ir más lejos estoy destrozado».

También supuse que aquella frase actuaría como señuelo. Gala se interesó de inmediato por lo que acababa de decirle. Quiso saber qué tipo de dificultades había encontrado. Me hice el remolón, argumentando que no me gusta hablar de ello (es rigurosamente cierto), pero cedí en cuanto ella insistió un poco.

«La mayoría de las mujeres no soportan la idea de acostarse con alguien a quien no pueden ver», tecleé, a la velocidad acostumbrada.

Me sorprendió la prisa que se dio en responder:

«Yo no soy de esas».

«Tal vez lo dices porque no me conoces en persona».

«No. Lo digo porque hace mucho que deseo conocerte y porque nada nuevo me asusta».

Por mi experiencia, nada hay mejor que plegarse a los deseos de una mujer.

Reservé la habitación 306 del Hotel Ritz. La elección no fue casual: nos conocimos en el canal de conversación virtual el tres de junio cuatro meses antes de nuestra primera cita. Cuatro meses de varias horas diarias de conversación. Elegí el Ritz no solo porque quería impresionarla, sino porque allí trabaja un primo mío que me sirvió de cómplice. Llegué a la habitación un buen rato antes de la hora de la cita para preparar todos los detalles. Le pedí a mi primo que le entregara la otra llave de la habitación a la mujer que se presentara como señora Wells–Wells era mi seudónimo en el Chat. Mientras ella llegaba, yo creé un clima propicio: ausencia casi absoluta de luz, música suave, champán francés recién traído por el servicio de

habitaciones y la cama sin abrir. No quería parecer demasiado impaciente ni causarle mala impresión.

Llegó puntual, abrió con su llave y se detuvo en mitad del diminuto pasillo.

— ¿Hola? —saludó.

Le pedí que cerrara los ojos y obedeció al instante. Me di cuenta de que sonreía y que era más bonita de lo que había pensado.

Acerqué mis labios a su hombro. La libré del bolso. Besé sus brazos desnudos. El dorso de su mano. Sus dedos; uno por uno. Probé el sabor de su piel, recorrí su antebrazo, me detuve en el codo. En un cambio audaz de sentido, avancé hacia sus pechos. Mi maniobra la estremeció. Creí que había llegado el momento de que mi boca buscara la suya. El beso duró más que su desconcierto. Ella buscó mis mejillas con sus manos y me tocó. Me recorrió despacio, con las manos muy abiertas, como una ciega. Enredó los dedos en mi pelo, acarició con suavidad mis hombros, amasó mi espalda, se detuvo en la nuez y en los párpados.

— Tu ceguera me hace visible —le dije.

— Tu voz… —contestó ella.

Esperé a que continuara, pero no lo hizo. La guie despacio hacia la cama y ella se dejó llevar. No apartamos la colcha.

Creo que no volvió a hablar hasta dos horas más tarde, cuando dijo:

— No quiero abrir los ojos nunca más.

Durante semanas nos citamos cada martes. El mismo día, la misma habitación, el mismo menú, el mismo rito de caricias y ceguera. Yo la esperaba dentro, en la penumbra y ella se acercaba a mí, preciosa y excitada. La segunda tarde me sorprendió trayendo un antifaz de los que se utilizan para dormir. Lo llevaba en un bolsillo, y nada más traspasar el umbral, se lo colocó sobre los ojos, dejó el bolso en el suelo y proclamó:

— Estoy lista.

Cuando el sexo nos daba hambre, llamábamos al servicio de habitaciones y yo mismo la alimentaba. Ni siquiera para comer accedía a quitarse el antifaz. Yo le suministraba los alimentos en la boca, y ella me lamía los dedos para saborearlos al máximo. Me hablaba de sus conflictos en el trabajo, de aquella vida conyugal que sentía como el mayor error de su vida, de las aficiones para las

que apenas le quedaba tiempo. A veces, sus palabras me transmitían una punzada de tristeza. Como cuando me dijo:

«Cuando estoy con mi marido, me siento como si fueras tú».

«¿Afortunada?», pregunté.

«No. Invisible».

Fue en una de esas charlas deleitosas en que supe que tenía algo que decirme. Lo supe por el modo en que fruncía la boca, por los gestos nerviosos, por sus titubeos al hablar, y también porque aquel día apenas me contaba nada de su trabajo, ni de su marido. Se pasó todo el tiempo hablando del viejo desván de su casa. Se había atrevido a subir, después de muchos años, y había descubierto un tesoro de cachivaches viejos. Me confesó que de pequeña solía pasar muchas horas en ese lugar, practicando sus juegos de niña solitaria y sin amigas. Que no había vuelto a poner los pies allí desde que se casó, en parte por miedo a lo que iba a encontrar y en parte porque le asustaba la idea de enfrentarse a la niña que había dejado de ser hacía tanto tiempo. Pero estaba contenta de haber vuelto. El sitio, reparé, parecía entusiasmarla mucho más que su contenido. Estaba pensando en arreglarlo, dijo. Limpiarlo, tirar los trastos viejos y convertirlo en un estudio, la ilusión de su vida. Un rincón donde aislarse del mundo, donde dormir de vez en cuando —cuando el marido estuviera de viaje— mirando las estrellas a través de la lucerna del tejado. Un rincón donde soñar, donde vivir otra vida.

Yo llevaba un rato preguntándome por qué me contaba todo aquello cuando de pronto dijo:

— Ven a vivir allí. Es un lugar perfecto para nosotros.

Me dejó perplejo.

— Lo arreglaré para ti. Podremos estar juntos. No tendremos que continuar con nuestras citas clandestinas una vez a la semana.

Era una locura. Me doy cuenta ahora como lo supe entonces. Un completo disparate. Pero ¿cuántas locuras han cometido los seres humanos por amor? ¿No es el amor, de las causas posibles para dejarse arrastrar hacia el delirio, la mejor de todas, la más irresistible? ¿Y no era aquella una oportunidad de oro para esconderme, para alejarme del lugar donde, en solo unos días, sería mejor que no permaneciera?

Ella no sabía nada de mí. En realidad, todo lo que estaba haciendo con ella era deshonesto. Engañarla, seducirla, aceptar su

ofrecimiento, ver su propuesta como una tabla de salvación.

De pronto, lo vi todo claro: aquella desaparición me ofrecía la coartada que llevaba tanto tiempo buscando. Si es que alguien como yo necesita alguna vez una coartada a la hora de planificar un desenlace.

No fue inmediato. Le dije que tenía algunas cosas que resolver antes de mudarme. Que un hombre no puede desaparecer así como así. Resolví mis asuntos, actué con rapidez profesional, fingí que me iba de viaje a algún lugar lejano y me esfumé. Puede que este modo de hablar sorprenda a quienes creen que alguien invisible no puede esfumarse. Es un error: en el mundo que nos ha tocado vivir, nadie es completamente invisible. Ni siquiera yo.

Cinco semanas después de la propuesta de Gala, estrené el desván, recién convertido en estudio. Estaba aún fresco el olor del barniz, y todo tenía ese aire de novedad tan cargado de esperanza. Lo mejor fue que no me sentí extraño en ningún momento. Hasta allí arriba apenas llegaban los ruidos del mundo. De vez en cuando la paz se veía turbada por algún bocinazo que parecía venir de otra dimensión. Por lo demás, allí solo se escuchaban con claridad los pájaros que anidaban en el tejado.

Mi anfitriona había instalado para mí un amplio sofá, donde pasaba las noches leyendo hasta tarde y las mañanas haciendo el amor con ella, que jamás entraba sin llevar su antifaz bien colocado sobre los ojos. Se la veía feliz como una niña. Tenía mejor color, una amplia sonrisa siempre dibujada entre sus mejillas y un tono de voz tan cantarín que me recordaba a aquellos pájaros que vivían conmigo en las alturas.

— Mi marido no sospecha nada. Ni siquiera se interesa por ver las reformas que he hecho aquí.

No quise desengañarla contándole que el marido había estado allí. Por fortuna, la madera del último tramo de la escalera crujía tanto que te daba tiempo a prepararte si alguien subía. La primera vez me quedé quieto en mitad de la habitación, deseando que no fuera de esas personas con una sensibilidad tan aguda que percibe cuanto pasa a su alrededor, aunque sus sentidos no se lo confirmen. No era de esos. Entró, echó un vistazo circular, cerró la ventana que yo había abierto, pareció dar su aprobación a las reformas que había llevado a cabo su esposa y se dirigió de nuevo a la puerta.

Cuando ya se iba, volvió sobre sus pasos. Reparó en el libro que yo estaba leyendo —de William Butler Yeats— y que aguardaba sobre el sofá, lo inspeccionó, lo abrió por una de sus páginas centrales, como calibrando aspectos concretos, y decidió llevárselo consigo.

No tenía ni idea de que le interesaba la poesía.

Cuando ellos estaban en casa, los rumores de su vida doméstica me llegaban como desde otro mundo: tintinear de platos, rugir de sordos motores eléctricos, pasos avanzando con prisa por los pasillos, retazos silbantes de conversaciones y la alegría un poco infantil de la televisión siempre encendida, como si ninguno de los dos se supiera capaz de soportar el silencio que amenazaba sus vidas cuando todos los aparatos callaban. Por las noches, el marido se acostaba temprano y ella subía al desván, decía que a leer.

Era estimulante hacer el amor en un silencio absoluto, procurando que nada alertara al marido engañado, que dormía solo un piso más abajo. Ella solía subirme la cena, y se quedaba casi hasta el amanecer, charlando en susurros.

Bajaba cinco minutos antes de que sonara el despertador en su habitación. A veces podía escuchar sus excusas:

— Me he quedado dormida arriba, qué tonta soy.

El marido refunfuñaba, pero enseguida olvidaba los reproches para volver a sus prisas.

Solo de vez en cuando me animaba a salir de mi guarida. Cuando ninguno de los dos estaba en la casa, me gustaba deambular por las habitaciones, observar el desorden, picar algo de la nevera, arrancar flores muertas de las plantas del jardín. Lo hice a menudo durante los primeros días, cuando sentía necesidad de ver las noticias de la televisión (nada te ofrece una idea más aproximada de la dimensión de un suceso que verlo narrado en un informativo televisivo). Luego, comencé a interesarme por el exterior. Sabía dónde estaban las llaves, y las tomaba a mi antojo —tenía el consentimiento de Gala—, daba una vuelta por el barrio, entraba y salía de diversos establecimientos y regresaba antes de que se hiciera tarde. En uno de esos paseos conocí a Miriam. Fue algo totalmente impremeditado, sorprendente. Ella miró hacia donde yo me encontraba, achinó los ojos, brilló un fulgor extraño en sus pupilas y mi corazón comenzó a palpitar más fuerte que nunca.

A medida que mis paseos se hacían más frecuentes, comenzó a

costarme cada vez más mantener la pasión con Gala. La culpa no fue de ella, sino mía. Su entrega seguía siendo absoluta. Cuando el marido estaba de viaje, nos refugiábamos en el desván y nos olvidábamos del mundo. Pero ya no era tan intenso como antes, unas semanas atrás, cuando sus énfasis encontraban entre mis brazos justa correspondencia. En esa época de dudas, llegué a hacer cosas abominables. Reaccionar al crujido de los escalones que me anunciaban su visita con un fastidio desconocido. Aguantar la respiración, pertrecharme junto a una pared, procurar no mover ni un músculo y fingir que no estaba allí, observando su desconsuelo y su falsa soledad.

Recuerdo especialmente una de esas mañanas en que ella entraba, con los ojos vendados, la sonrisa preciosa y las manos extendidas, buscando en las tinieblas hasta encontrarme. Cuando vio que no respondía a su llamada con la fogosidad de siempre, se detuvo, se quitó el antifaz, observó el espacio, supuestamente vacío. La contrariedad afeó su rostro (la desilusión no sienta bien a las mujeres). Musitó algo. Un ronroneo, un quejido. Se quedó un par de segundos pensativa, observando las motas de polvo que caían lentamente, doradas por la luz solar. Y bajó de nuevo las escaleras.

La escuché llamar por teléfono, quedar con una amiga, citarse con ella en una cafetería. Volvió a subir al desván para cerciorarse. Volví a aguantar la respiración, a desear que no me presintiera, a dejar que creyera que había salido. Me fijé en que rastreaba el suelo, los sillones, las cortinas, en busca de algún vestigio, cualquiera, de mi presencia. Ella también desconfiaba. También comenzaba a darse cuenta de que el engaño podía ser algo más que un intruso entre nosotros.

Por aquella época, yo ya no sentía nada por Gala, además de un fundado agradecimiento. A pesar de que el desván seguía siendo el mejor escondrijo posible, comenzaba a añorar mi piso, mi calle, mi barrio residencial lleno de hombres que no se conforman con ser visibles y aspiran a la notoriedad. Un poco como me ocurre a mí, pero de otra forma. Ellos ambicionan dinero, posición, poder. Yo solo aspiro a haber hecho algo realmente importante. Algo grande, que salga en las noticias. Ya sé que no es el estilo de vida ideal, pero es el mío, y ni entonces ni ahora estaba dispuesto a renunciar a él.

Suelo meditar mucho en los finales de las cosas. Terminar, bien o mal, es a veces muy fatigoso. Por eso procuro darle a todo el remate que merece para que el remordimiento no me persiga después, en mis noches de insomnio. No me habría perdonado darle a Gala un final que desmereciera la intensidad de la historia. Por eso pretendí que la última noche fuera inolvidable. Los años, y no solo ellos, me han enseñado que un bello recuerdo desconsuela a una mujer al principio, pero luego le da el único de los consuelos posibles: el de creer que ha tenido la oportunidad de vivir algo único. Pensando en los recuerdos futuros de Gala, me esmeré en amarla mejor que nunca. Fingí la pasión que no sentía, susurré junto al oído las frases más cursis y jadeantes, le hice el amor varias veces antes de que anocheciera, tapándole la boca con dulzura cuando ella hacía amago de gritar, para que su marido no pudiera escucharnos. Cuando ya amanecía, ella volvió su rostro hacia mí y dijo:

— Todo lo que ocurre más allá de esta oscuridad y este silencio ha dejado de interesarme para siempre.

Sentí una punzada de temor, pero seguí adelante. Cuando la vi desaparecer, cinco minutos antes de que el despertador lanzara su estridente reclamo, supe que no habría una próxima vez.

Entonces regresé a mi casa. Durante mi ausencia, nadie había sospechado nada. La portera no había hablado de mí a la policía que durante unos días frecuentó la zona. En casa de la vecina muerta, se habían levantado ya los precintos policiales y solo había albañiles y pintores. Renovarse o morir, ese es el lema que conduce nuestras vidas hacia la nada.

Debo confesar que durante unos segundos de aquella última vez acaricié la idea de matar también a Gala. La última posesión, el instante definitivo. En aquel momento, ella me lo habría agradecido, estoy seguro. Un cuchillo muy afilado y un cuello blanco y expuesto: el binomio perfecto. Luego la sangre. Hay que tener cuidado, las huellas podrían delatarme, como ocurrió con la vecina. Aunque soy todo un maestro y no debo cuidar solo los finales: también debo prestar atención a los detalles, para que nada de aquello vuelva a suceder.

A Gala no la maté. Pensé que era mejor dejarla con su dolor, su muerte figurada, y la grandeza posterior de su propio resurgir de entre las cenizas. En el último momento, lo confieso, no solo pensé

en ella. Imaginé al infeliz del marido, solo y cargado de sospechas para el resto de su vida. No merecía ese destino. El pobre tipo, qué cosas, me caía bien.

Tal vez incluso pensé en mí. En mis noches de insomnio después de ver agonizar a Gala. Toda elección es en el fondo un acto de egoísmo.

Si nunca le hablé a Gala de Miriam fue para evitarle un dolor que no habría podido soportar. Habría querido saber qué tenía Miriam que ella no pudiera ofrecerme. En realidad, en lo esencial no se diferencian tanto. Ambas son fogosas, bonitas y discretas. Ninguna de las dos hace preguntas. Sin embargo, Miriam padece un extraño tipo de daltonismo, muy poco común, que le permite ver lo que otros no son capaces de ver.

A mí, por ejemplo.

Aunque nada de todo esto importa ahora. Lo único importante es el desenlace. El de mi vecina, que también era fogosa, pero no era discreta. El de mi historia con Gala. El de Miriam, en el que estoy comenzando a pensar, con el tiempo que precisa toda buena historia.

Es hermoso saber, o a mí me lo parece, que al final de todo siempre está lo invisible.

SEIS BOTELLAS, O TRES, DE GRAN RESERVA

A LA MADRE DE DAVID LE GUSTABA HACER REGALOS originales. Una semana antes de nuestra boda nos envió media docena de botellas de un tinto buenísimo. Seguro que se gastó una fortuna. Venían acompañadas de una tarjeta donde, de su puño y letra, se leía:

> *Son del año en que os conocisteis, para que celebréis las seis cosas más importantes que os ocurran juntos. Espero que por lo menos dos tengan que ver con mis futuros nietos.*
>
> *Adela*

La etiqueta de las seis botellas: Gran Reserva, 1991.

El piso era pequeño y ya lo habíamos llenado de trastos inútiles. Guardé la caja en el escobero. Sobre ella apoyé el recogedor y el cepillo de púas duras (aún por estrenar) de limpiar la alfombra (que aún no tenía). Pensé que habría de pasar algún tiempo antes de que ocurriera algo que justificara descorchar una de aquellas botellas. La tarjeta lo dejaba muy claro: «Para las seis cosas más importantes». Por otra parte, ¿sabe una reconocer cuál es una de las seis cosas más importantes que le van a ocurrir en la vida en el preciso instante en que está ocurriendo?

Nuestro matrimonio duró algo más de seis años. La separación no fue fácil. No podía serlo, dadas las circunstancias: me quedé embarazada de otro. Cuando fui a recoger mis cosas tenía una tripa de ocho meses y llevaba más de seis compartiendo mi cama con otro hombre.

Lo primero que me dijo David cuando le pedí tres de las seis botellas fue que, en mi estado, no debería beber alcohol. Entendí que no estaba dispuesto a darme mi parte, como, por otra parte, ocurrió con todo lo demás. Tuve que negociar con él cada tenedor y cada jarrón. Al fin y al cabo, era su trabajo: comercial de una gran multinacional de productos fotográficos. Regateaba hasta

durmiendo. Y también follando, pero eso es otra cuestión que acaso resultaría demasiado vulgar.

— Te llevas las seis botellas si te olvidas de la cubertería — propuso.

No me pareció bien.

— La cubertería me la regaló mi madre y no es negociable — dije.

— Entonces me quedo con el espejo de la entrada.

— Ni hablar. Ese fue un regalo de mi madrina.

— Difícil me lo pones… ¿La ropa de cama? Tu vestido de novia incluido.

Durante un segundo, imaginé a David ahogando su impotencia en el vino de su madre ataviado con mi vestido de novia, incluidas las medias, los ligueros, el tanga de encaje blanco y la liga azul. Fui pragmática: el piso al que me trasladaba era aún más pequeño. Además, ¿qué motivos puede tener *Madame* Bovary para conservar su traje de novia?

— Trato hecho —zanjé.

Quiso quedarse la caja de cartón con la marca de la bodega. Envolví bien las tres botellas en aquellos pañuelos tan vistosos que compramos una vez en Estambul y las metí en mi maleta.

Así fue como, de pronto, las seis cosas importantes que debían ocurrirme en la vida, se redujeron a tres.

El sábado anterior a la boda comimos en casa de mis futuros suegros. Con el segundo plato, su madre sirvió el vino. Cuando le pidió a su hijo mayor que lo abriera descubrí cuánta satisfacción y cuánto orgullo hacia los propios actos —incluidos los propios hijos — había en el gesto de entregarle la botella y el sacacorchos.

— ¿Nadie se ha fijado? —preguntó, señalando con los ojos la etiqueta.

1963. Nos íbamos a beber un vino que podía ser mi hermano mayor.

— Con esta, es ya la tercera que abrimos del año en que nació tu casi marido —dijo, entornando los ojos de párpados verdes.

Me quedé con ganas de preguntar qué ocasiones le habían servido para abrir las otras dos. En lugar de eso, mi cuñado hizo uno de sus comentarios jocosos:

— Luego, os toca tener tres hijos: uno por cada botella por abrir.

Incluso David se rio. Yo fui la única que hizo un esfuerzo por disimular. Brindamos por nuestra felicidad. El brindis lo propuso David y todos alzaron la copa. Con la distancia es más fácil. Pero ni siquiera entonces supe por la felicidad de quién estábamos brindando.

Bastante antes de la separación oficial, cuando ya todo estaba perdido, cité a Adela en una tetería. Sabía que le iba a gustar, como todo lo que tenía que ver con Inglaterra. Mi suegra se había criado en Londres, y parte de su vida y de su corazón jamás regresaron a España (yo sabía muy bien, porque me lo había contado en una de aquellas tardes laxas de visitar exposiciones, en qué casa en concreto del exclusivo barrio de Kensington se había quedado su víscera, abrazada a las barbas de quien pudo haber sido y no fue).

Ella pidió un té negro con una rodaja de limón. Yo me decanté por el té verde sin azúcar.

— Quería que supieras por mí que voy a dejar a tu hijo porque me he enamorado de otra persona. Se llama Benjamín y espero un bebé suyo.

Bebió un sorbo de té. Dobló las manos sobre el estómago, en un gesto muy habitual en ella. Pestañeó un par de veces, mostrando sus párpados. Siempre quise decirle que le quedaría mejor un color más natural, más acorde con el tono de su piel. En ese momento me di cuenta de que había perdido para siempre la oportunidad de decírselo. Cuando algo termina, la verdadera catástrofe radica en la cantidad de pequeñas cosas que terminan también. Creo que ninguna de las dos habíamos tenido jamás tal sensación de hallamos en medio de un último acto.

No esperaba una escena. No habría sido propio de ella. Esperaba un juicio despiadado, una mueca de desprecio, una frase lapidaria tal vez con amenaza incluida. En lugar de eso, bebió otro sorbo de té y me preguntó:

— Ese chico… Ese por el cual has cambiado a mi hijo… ¿Te merece?

Una semana más tarde me trasladé al piso de Benjamín.

Si hubiera ocurrido alguna de las cosas que temí que ocurrieran, seguro que no recordaría con tanto detalle la última vez que vi a mi suegra.

Al fin y al cabo, era un vino muy bueno. Era una lástima que se agriara en un armario. Y Benjamín se daba cuenta. Aunque era difícil dar con la ocasión.

— Qué quieres que te diga. A mí se me quitan las ganas de celebrar nada cuando miro la etiqueta y veo la fecha en que te casaste con el hijodeputa ese.

Aprovechando uno de sus viajes, invité a una amiga y a su novio solo para impresionarles al sacar una de las botellas. Trajeron su propio vino (muy inferior a mi Gran Reserva del 91). Nada. No había forma.

Cuando se iban los invitados, las botellas siempre regresaban a su lugar. Al cerrar la puerta del armario me parecía escuchar su suspiro de alivio en la oscuridad: esta vez, tampoco.

Con el tiempo me permitieron conocer qué otros dos momentos estelares en la biografía de mi marido habían merecido un buen brindis. Uno de ellos no me extrañó: el final de la carrera. El mismo día en que recogió la última nota, en su casa corrió el vino de la cosecha del 63.

El otro fue toda una sorpresa:

— La abrí el mismo día que nos dijeron que estaba fuera de peligro. Fue como un impulso. Lo necesitaba —dijo Adela.

— ¿Fuera de peligro de qué?

— ¿No se lo has contado, hijo? Tuvo las paperas muy tarde.

Miré a mi marido. Él miraba fijamente a su madre. Adela me miraba a mí.

— Creíamos que se moría. Lo pasó muy mal. El tratamiento fue largo. Horrible.

— ¿Por unas simples paperas?

— En realidad, no. Por una complicación posterior.

David estaba rarísimo.

— Cuéntaselo hijo —añadió su madre.

Igual ella esperaba que empezara allí mismo. Creí que le daba algo. Menos mal que su hermano le echó un cable.

— Todo fue una vil excusa, hermanito, para que estos empinaran el codo sin nosotros.

Nunca mi cuñado fue más inoportuno.

Ya sé que es ridículo (a Benjamín también se lo parece) pero yo

apenas tenía experiencia en morfología masculina. Es verdad que noté algo raro y que a él le veía cohibido, como acomplejado. Pero nunca se me ocurrió pensar en que podría tener algún problema. Luego quise tener un hijo, y comencé a esperar y esperar y esperar… hasta que decidí someterme a todas aquellas pruebas (algunas fueron horribles) y más tarde mi ginecólogo se plantó delante de mí con aquella especie de amenaza que al principio no comprendí:

— Si tu marido no consiente en someterse a ninguna prueba, me niego a seguir maltratándote.

De modo que mi marido, por fin, consintió en acudir a una clínica especializada en fertilidad masculina. Fue bajarse los pantalones y el médico empezó a negar con la cabeza. Tocó un poco. Volvió a negar.

— Es mejor que busquéis una alternativa —fue su veredicto.

— ¿No hay nada que hacer?

— La fisiología es muy extraña —explicó— y con el tiempo, algunos casos llegan a resolverse. Podéis volver dentro de ocho o diez años. Tal vez entonces algo haya cambiado.

¿Dónde estaremos dentro de diez años?, debimos de pensar ambos.

Yo lo pensé.

La respuesta era imposible de saber entonces y era esta: Lejos. Dentro de diez años estaremos a años luz.

Aquella noche deberíamos haber abierto una de las botellas. ¿Nos podía ocurrir algo más importante que una confirmación tan rotunda de que jamás seríamos padres?

Ahora sé que no fue una casualidad: solo una semana antes, Adela me había dejado sobre el mueble de la entrada unos documentos con información sobre adopciones internacionales. Y un sobre con seiscientos euros, para empezar el papeleo.

También había información sobre inseminación artificial, donantes anónimos, semen cuidadosamente seleccionado y blablabla. Nada de todo aquello me servía para nada.

David, tampoco.

El día en que le dije «Me he enamorado de otro» también habría sido un buen momento. Las personas dejamos escapar las ocasiones

que merecen un buen brindis. En cambio, nos empeñamos en brindar por bobadas que no tienen ningún interés: un cumpleaños, un aniversario de boda, Navidad…

Dejamos escapar las realmente importantes. Como el día en que, mirándote a los ojos, tu esposa, ya convertida en adúltera, ya incubando la semilla de otro y ya envilecida por el engaño reiterado, desenfunda y dispara:

— Ya no te quiero.

¡Eso sí merece un brindis!

Si lo hubierais hecho, tarugos, no tendríais este problema con las botellitas.

En fin. No sé qué hizo él con sus botellas. ¿Regar con ellas mi traje de novia y prenderle fuego? ¿Hacer un fardo con mis cartas de amor y utilizarlas como peso para echarlas al mar? ¿Botar con ellas sus odios recién aprendidos y lanzarse a recorrer los siete mares? O, sencillamente, ¿bebérselas una tras otra, y continuar en orden ascendente, según la añada, hasta dejar la bodega vacía?

Yo solo puedo contar lo que hice con las mías, y no fue fácil. Las envolví en un bonito papel plateado y se las regalé a mi sobrino por su decimoctavo cumpleaños.

— Toma, cariño —le dije—. Para que celebres las tres cosas más importantes que te van a ocurrir en la vida.

Mi sobrino esperaba un juego para la videoconsola o una camiseta de marca. Cuando vio su año de nacimiento en la etiqueta, no supo qué decir. No pareció muy impresionado cuando le conté que la uva que había dado lugar a aquel brebaje estaba creciendo en la parra en el mismo momento en que él crecía dentro de la tripa de su madre. Lo meditó y llegó a sus propias conclusiones:

— Qué regalo más raro, tita.

Solo una semana más tarde, me enteré de que habían abierto la primera botella.

— ¿Qué se celebraba? —le pregunté a mi hermano.

— Que han ganado el partido. Jugaban contra el Sant Josep. Estaba difícil. Por cierto, el vino no se podía beber. Era puro vinagre.

Balbuceé una disculpa. Dije que reclamaría a la tienda donde lo había comprado. Aunque por dentro estaba pensando: «Pues claro, idiota, ¿qué esperabas? No podía ser de otro modo».

PROMOCIÓN DE OTOÑO

LO ANUNCIÓ RAFA EN UNA DE NUESTRAS CENAS de los sábados. Por la compra de un lote de dieciséis yogures, a partir de esa semana, los de su empresa regalarían dos imanes de colorines con las letras del alfabeto. Eran una promoción de otoño, hasta agotar existencias.

— Educativo y fidelizador, sencillo pero genial —dijo nuestro amigo, que siempre hablaba utilizando parejas de palabras.

Hizo una pausa teatral y añadió:

— Fue idea mía.

En casa éramos fieles compradores de la marca de yogures para la que trabajaba Rafa. Los niños se los comían de dos en dos. Abrir la nevera y descubrir que no quedaban yogures habría sido una catástrofe familiar. Aunque nunca ocurría. Cuando uno de nosotros, tanto Eva como yo, se daba cuenta de que los yogures escaseaban, corría a comprar más. A veces nos presentábamos a la vez en casa con una carga de postres. Nada nos hacía sentir más dichosos que aquella sobreabundancia láctea.

Mientras hablábamos de la estupenda promoción, los niños jugueteaban sobre el parqué con las pelotas decoradas con el nombre de la marca de yogures que había traído Rafa. Sobre la mesa quedaban restos del *carpaccio* de buey con virutas de parmesano que preparaba Eva. Siempre le salía buenísimo. Los restos del Ribera de Duero estaban en falsa calma dentro de su cilindro de cristal oscuro.

De pronto mi mujer consultó el reloj, dio una palmada y emitió una orden que no admitía réplica:

— Todo el mundo a la cama.

Los niños se levantaron al instante.

— ¿Puedo llevarme la pelota, papá? —preguntó la niña, cuando se acercó a darme un beso de buenas noches.

De inmediato, miré a mi mujer. Fue ella la que dijo:

— No, nada de pelotas. A dormir.

Ya de madrugada, cuando Eva abrió la nevera para guardar los

restos de la cena, sentenció: «Mañana toca comprar yogures. ¿Vas o voy?».

La promoción ya había llegado al supermercado a la mañana siguiente. «Ahora, consigue con tu lote dos imanes de regalo», leí en el envoltorio. El paquete pionero traía de regalo la o y la eme. Eran rectángulos de plástico imantado en los que la mascota de la marca —una vaca risueña— acompañaba cada letra. Se integraron con toda naturalidad en el colaje enorme en que con el tiempo habíamos convertido la puerta de nuestro refrigerador.

Durante las primeras horas no le eché mucha cuenta a las letras. Los niños se entretenían con ellas mientras llegaba el momento de sentarse a la mesa, y eso las convertía en valiosos amuletos. Pero la atracción también funcionaba con los adultos. Pronto comencé a entretener mis esperas culinarias —mientras aguardaba a que algo se cociera o a que el microondas terminara— añadiendo letras a las ya existentes. Conseguí «amo», «pom», «mor» y hasta «mol» (aunque esta última previa consulta del diccionario, que me confirmó que se trataba de una abreviatura de la palabra «molécula»).

El segundo paquete lo compró Eva.

— Ha salido una «e» —me dijo, cuando llamé aquella noche para anunciarle que llegaría tarde (los jefes se habían presentado sin avisar y me correspondía ejercer de anfitrión).

Cuando llegué, mi mujer estaba dormida. Me extrañó que se hubiera olvidado de dejar encendida la luz del recibidor, como siempre que se iba a la cama antes de que yo hubiera llegado a casa. Cuando entré en la cocina para prepararme mi medio vaso de leche de todas las noches, descubrí sujetos a la nevera los dos nuevos imanes. En un rincón, había una hache, desterrada por los niños: a cierta edad, no se comprende que haya cosas que deben existir aunque no sirvan de nada. La nueva e, en cambio, engrosaba el grupo de las privilegiadas, y formaba una extraña palabra junto a las otras dos: «emo».

Antes de actuar, me cercioré. Busqué «emo» en el diccionario para asegurarme de que no existía. Luego, añadí la hache al principio. «Hemo»: «Del griego, sangre, se usa como raíz común para palabras como hematoma o hemorragia». Muy satisfecho por mi sagacidad, me acosté junto a Eva, procurando no despertarla al introducirme entre las sábanas. Mudo, como la hache inútil.

Eva y yo solo coincidíamos los viernes por la tarde y los fines de semana. El resto de los días, ella tenía unos horarios de trabajo tan draconianos que no nos dejaban tiempo para comunicamos más que a través de la puerta de la nevera. Aunque nunca nos había afectado.

El jueves, mientras me preparaba el café, me di cuenta de que mi mujer había utilizado la hache, extirpada de mi palabra helénica, para sujetar una nota donde decía: «No me esperes para cenar. Rafa dice que nos regalará yogures (no compres)».

Me dejó intrigado que hubiera hablado con Rafa. Solíamos vemos siempre en sábado y siempre las dos parejas. Aunque en aquel momento no le di mayor importancia. No hablé con Eva hasta última hora de la tarde, cuando me llamó para pedirme que me encargara yo de la cena de los niños porque tenía que quedarse hasta tarde en el despacho.

Sin embargo, luego supe que había pasado por casa, tal vez para cambiarse: la nevera estaba atestada de yogures (todos lotes de dieciséis unidades con dos imanes de regalo). Al abrir el primer paquete, salió otra eme. Mis hijos fruncieron el ceño, enfadados por la repetición. A mí no me apetecía prepararme cena. Me comí un yogur. Me sorprendió que estuviera tan bueno.

Antes de llegar al fin de semana, salieron la te y la a. Esta última fue recibida con una ovación, como correspondía a la inicial de los nombres de dos de mis tres hijos. Lo celebramos jugando a combinar las letras que teníamos. «Hato», «toma», «meo», «temo», «mote», «mame», «meta»… Los niños se lo pasaron en grande con el juego. Cuando, antes de acostarme, entré en la cocina a prepararme mi medio vaso de leche, formé con las letras, en un lugar bien visible de la puerta del frigorífico, para que Eva lo encontrara al llegar:

TE AMO

Una vez más, sobró la hache, que —siguiendo su ejemplo— utilicé para sujetar una nota:

«Espero que el fin de semana sea más tranquilo, tengo ganas de verte».

Y me acosté dejando encendida la luz del recibidor. Eva estaba en una cena de no sé quién que dejaba el trabajo por no sé qué para

irse a no sé dónde.

El final comenzó aquel fin de semana. Eva fue a ver a su madre el sábado por la mañana y llegó muy tarde, pasada la hora de comer. Se acostó sin probar mi arroz (y eso que me había quedado riquísimo). Luego salió a comprar, sola, guapísima, perfumada… y tardó otra eternidad. Por la noche, tenía migraña y no podía ni hablar. El domingo por la mañana, había quedado con una amiga. Y por la tarde se encerró en la buhardilla y dijo que tenía que trabajar. Me fui al cine con los niños. Cuando regresé, había más yogures en la nevera, sin abrir. Y mi inscripción amorosa, que hasta ese momento había permanecido intacta, se había transformado por completo. Ahora decía:

MEMO

Sobraba una sílaba extraña: «Hat». Sombrero, en inglés. Un *hat trick* significa, en fútbol, marcar tres goles. Mantener algo *under one's hat* es ocultarlo. Y *to wear two hats* o llevar dos sombreros, se dice de quien practica un doble juego. Le di vueltas a todo eso hasta que me quedé dormido. Eva no bajó hasta muy de madrugada.

Me desperté a media noche, obsesionado. Abrí los dos paquetes que quedaban. Salieron la ene, la a, la te y la uve. Dispuse las letras sobre el mostrador de la cocina, les di vueltas y más vueltas hasta que encontré lo que quería decir. Me produjo un gran placer alinearlas sobre la puerta:

MAMONA VETE

Sobró la hache. La eché al cubo de la basura, me tomé mi medio vaso de leche y me fui a dormir a la buhardilla.

DEFENSA Y ATAQUE

Beloved, gaze in thine own heart [3] .

W. B. YEATS

—DEFENSA Y ATAQUE. En eso consiste todo, niñas. Defensa y ataque. Hasta que lo entendáis, seremos el último equipo de la liga escolar.

La entrenadora se llamaba Caty y debía de tener, a lo sumo, veinticinco años, pero a mí me parecía muy mayor. Lógico, porque yo tenía once. Caty era sobrina de sor Rufina, la madre superiora de mi colegio, una mujer con aspecto de llevar cincuenta años amargada.

Caty no era monja, pero estaba tan amargada como muchas de ellas. Apenas sonreía, perdía los nervios con frecuencia y lo demostraba lanzándonos una avalancha de gritos destemplados con que solo a veces conseguía asustarnos. Los sazonaba con un personal y acusador victimismo:

— ¿Lo veis?, ya me he vuelto a quedar sin voz por culpa vuestra. Si no os comportáis, se acabó el entrenamiento. Y el partido del fin de semana, lo mismo.

Aquellas amenazas funcionaban con mis compañeras de equipo, pero no conmigo. No había nada que yo deseara más que librarme del entrenamiento. Y también del partido del fin de semana.

Por desgracia, Caty era de las que no cumplía sus amenazas.

A mí los entrenamientos me parecían una tortura. Detestaba el deporte, en general, y el baloncesto en particular. Lo que a mí me gustaba era leer. En verano, me pasaba las tardes en la biblioteca. Tenía el carné desde hacía un año y ya había leído cincuenta libros. Todas las bibliotecarias me conocían. Me sonreían mucho, con esa simpatía que despiertan los clientes habituales. Y me hacían la pelota, porque la empresa de mi padre formaba parte del patronato de la biblioteca. En aquella época, yo no tenía amigos. Tardé mucho en tenerlos.

La idea del baloncesto surgió de sor Rufina, que no me

soportaba.

— Con lo alta que se está haciendo su hija, debería apuntarla al equipo de baloncesto —les dijo a mis padres.

En casa les pareció muy buena idea.

— Así te moverás un poco, hija —me dijo mi madre—. No se puede vivir siempre con la cabeza dentro de un libro.

Yo sí podía. De hecho, me parecía mucho mejor tener la cabeza dentro de los libros que fuera de ellos.

Caty era de ese tipo de personas que viven ajenas a la existencia de ciertas cosas. Si un mal día hubieran desaparecido todos los libros de la Tierra, su vida no se habría visto alterada en absoluto.

Recuerdo que una vez que estaba de buenas le pregunté qué tipo de libros le gustaba leer. Me miró con una mueca de asco.

— Ten cuidado, Santos. Si solo lees y no practicas deporte, morirás de un infarto antes de cumplir cuarenta años.

Me pregunté si la vida de Caty era de las que valía la pena prolongar más allá de esa edad.

Nunca volví a dirigirle la palabra.

En los entrenamientos, la tomaba conmigo. Hasta cierto punto, era comprensible: yo era la más torpe del equipo.

— Baja tu culo gordo, Santos. Para defender, se baja el culo —gritaba, mientras yo trataba de evitar que Laura Prims, cinco centímetros más alta que yo, encestara por encima de mi cabeza.

Lo normal era que Caty se alterara a medida que avanzaban los entrenamientos. Vociferaba hasta que sus cuerdas vocales se rendían.

— Vamos, niñas, vamos. ¡Hay que correr al contraataque! No os quedéis ahí paradas. Santos, muévete, ¿en qué maldito libro estás pensando?

En aquella época, lo normal era que yo estuviera pensando en los románticos ingleses. La poesía de Yeats conectaba de maravilla con mi eterna tristeza, tan adolescente, y a veces retumbaba en mi cabeza mientras yo me empeñaba en fingir que jugaba al baloncesto:

Qué distantes parecen las estrellas, qué lejano
nuestro primer beso y ¡ay, qué viejo mi corazón!

Por supuesto, nunca le confesé aquellos pensamientos a nuestra

entrenadora. Cuando ella se quejaba de mí, procuraba correr más rápido. Y ni eso alejaba a Yeats de mi cabeza.

Lejos, muy lejos, desde el telón de fondo desenfocado, las palabras de Caty rebasaban la barrera de la poesía y a veces me acercaban al mundo real:

— ¡La base de un buen ataque siempre es una buena defensa! ¿Cómo tengo que decirlo para que me entiendas, Santos? ¡Ataca de una vez!

Caty no creía en la igualdad de oportunidades. Las buenas, jugaban. Las malas, languidecíamos en el banquillo. Le daba lo mismo que el equipo fuera escolar: no había democracia de ese tipo entre sus jugadoras.

— ¡Por mí como si sois un equipo de jubiladas, aquí solo juegan las que lo merecen! —increpaba a Montserrat Espinasa, mi eterna compañera en el equipo de las torpes.

Montse protestaba. Yo no, porque el banquillo me parecía un lugar excelente. En invierno me ponía dos calcetines de lana y llevaba siempre mi sudadera más gruesa, en previsión de las horas que pasaría sentada mientras las demás no paraban de moverse. Pero también en el banquillo disgustaba a nuestra entrenadora:

— ¡Mira a tus compañeras, Santos! ¡A ver si se te pega algo de ellas, ni que fuera por milagro! —vociferaba, ridicula, Caty.

Yo llevaba mi libro a los entrenamientos, camuflado en el bolsillo de la sudadera. En cuanto me sentaba en el banquillo, lo sacaba y comenzaba a leer. Las horas pasaban veloces. Las palabras de mis autores favoritos diluían el mundo a tal extremo que a veces me enteraba por Laura que había acabado el partido y que Caty nos esperaba en el vestuario.

A mediados de temporada, saltando de un libro a otro, había llegado a las leyendas de Bécquer. Leí *Maese Pérez el organista* en el partido que jugamos contra las Salesianas de Malgrat de Mar. Nunca lo olvidaré porque para mí representó una lectura impactante, inesperada. En el viaje de ida en autobús devoré *Los ojos verdes* y *El monte de las ánimas*. En el vestuario, no podía pensar en otra cosa que en retomar la lectura.

— Espero que te concentres en lo que hemos venido a hacer aquí —dijo Caty, apuntándome con un índice amenazador. Y agregó —: No habrás traído ningún libro, ¿verdad?

Mentí.

Diez minutos después de comenzar el partido, saqué el libro, lo escondí entre mis muslos y comencé a leer la historia del clérigo que regresa de su tumba para tocar por última vez el órgano de su iglesia.

Como era una lectura clandestina y de vez en cuando tenía que esconder el libro para evitar la mirada de Caty, avancé con una lentitud nada habitual en mí. Justo tres párrafos antes del desenlace, cuando la madre superiora corre hasta la tribuna, señala al órgano y grita: «¡Miradle!», la entrenadora me sacó a jugar.

Cualquiera que haya leído ese relato comprenderá que yo no tuviera cabeza para entregarme en ese momento a un partido de baloncesto. Ya en la pista me enteré de que estábamos ganando por ocho puntos.

Quince minutos después, el marcador estaba claramente inclinado a favor de las de Malgrat y Caty me fulminaba con la mirada mientras decía:

— ¡Vuelve al único lugar donde no estorbas, Santos!

Lo único que pensé fue que esa frase habría encajado de maravilla en la leyenda de Bécquer.

Perdimos el partido, aunque no fue solo culpa mía. La culpa era de Caty, por sacarme. De la madre superiora, por recomendarle a mi madre que me apuntara en el equipo. De mi madre, por hacerlo. Y de Maese Pérez el Organista, por volver de su tumba para tocar el órgano.

En el vestuario, Caty fue conmigo más dura que nunca.

— El deporte no solo es sano. También es una actividad social. Nos enseña a trabajar en equipo. Está claro que tú no sabes, ni sabrás nunca.

En eso, Caty tenía razón. Nunca supe trabajar en equipo. Por eso escribo novelas. De haber sabido, habría sido guionista o cualquier otra cosa. Vendedora, cocinera, auxiliar de juzgado. No sé si mi corazón sería ahora más sano, pero estaría mucho más triste, de eso estoy segura.

— El corazón es importante —prosiguió la entrenadora—. Es el órgano que rige nuestras vidas. Si él falla, todo se va al garete. Y para que no falle, debemos cuidarlo. Te lo he advertido muchas veces, pero por lo visto tú no sabes escuchar. ¿Cómo vas a cuidar tu

corazón, Santos? ¿Leyendo un libro tras otro?

Bajé la cabeza, en silencio. Comprendí que era inútil decir nada.

— ¿No piensas defenderte, Santos? ¿No tienes nada que decir?

«La mejor defensa es un buen ataque», pensé.

Negué sin pronunciar palabra.

El miedo y la vergüenza me impedían atacar a Caty. Nunca he sabido actuar de ese modo.

Ella me lanzó una mirada feroz, extendió de nuevo su temido dedo índice y señaló la puerta.

— Desde este momento, quedas expulsada de mi equipo. Es imposible entrenar a alguien que no piensa en sus compañeras. ¡Largo de aquí!

A pesar de la humillación, sentí un alivio enorme.

Solo dejar atrás las matemáticas sabiendo que era para siempre, me produciría, unos cuatro años después, un placer semejante.

Por fortuna, a nadie se le volvió a ocurrir apuntarme en equipo deportivo alguno. Los únicos deportes con los que me atreví, años más tarde, fueron la natación y el ciclismo. Como mera aficionada, por supuesto. Son dos actividades que requieren grandes dosis de individualismo y tesón. No me falta ninguna de las dos cosas.

De Caty no volví a saber nada. Es raro, en una ciudad que al fin y al cabo no es tan grande, como la mía. Mi colegio lo compraron los Escolapios pocos años después, y pasó a ser mixto. Ignoro si Caty continuó entrenando a algún equipo. También ignoro si perseveró en sus estratagemas de siempre: la voz, los gritos, aquel rollo del corazón…

Hace poco me encontré a una antigua compañera del colegio y hablamos de mil cosas. Una de esas conversaciones en las que en veinte minutos se repasa la existencia de más de cincuenta personas a lo largo de los últimos treinta años.

Me dijo que sor Rufina había colgado los hábitos. Me pareció fabuloso.

— Pero lo mejor no es que lo hiciera, sino por quién lo hizo.

Bajó la voz.

— ¿Te acuerdas de Caty, la entrenadora del equipo de baloncesto? —enfatizó el final—: ¡Pues por ella!

Le mostré mi extrañeza porque, al fin y al cabo, Caty era la sobrina de la superiora. Me parecía muy poco verosímil que una

monja renuncie a su vocación por otra mujer, y más siendo de su propia familia. Como si no hubiera aprendido aún que la vida a veces no se esfuerza nada por ser verosímil.

Mi amiga negó con la cabeza.

— Es que no era su sobrina. Solo lo dijeron por disimular, para poder estar juntas. Pero terminaron por delatarse. El corazón siempre se delata, ¿no crees?

Estuve de acuerdo.

El corazón siempre se delata. El mío lo ha hecho algunas veces, más de las que me habría gustado.

De pronto sentí una simpatía extraña por Caty. Recordé sus palabras, su mal genio constante, su voz rota, sus acusaciones.

También recordé a Yeats y murmuré para mis adentros:

He that made this knows all the cost
For he gave all his heart and lost[4].

MARCAR UN GOL

Sé amable con los empollones de la clase, porque existen muchas posibilidades de que termines trabajando para uno de ellos.

BILL GATES

HE ESPERADO A QUE SE MARCHARA TODO EL MUNDO para dar este paseo solitario. Lo considero una especie de ritual, una ceremonia de reencuentro. No con las viejas paredes y lugares, que tan bien conozco, sino conmigo misma. Con mis recuerdos, con aquella que fui hace veinticinco años. He aguardado a estar sola para olvidar todo el trabajo pendiente sobre la mesa, tomar prestadas algunas llaves del casillero y salir a pasear, con la excusa de ver otra vez, después de tanto tiempo, los pasillos, las aulas, los patios… y a los fantasmas de quienes habitaron en ellos.

El último en marcharse ha sido, como siempre, Juan, el conserje. Ha regresado de su ronda diaria después de ver que estaba todo en orden, ha asomado sus mejillas coloradas a través de una rendija de la puerta de mi despacho y ha anunciado:

— Yo ya me marcho, Belén.

Y al ver las pilas de documentos que llenan mi mesa ha exclamado:

— Caray, ¡aquí hay trabajo para dos años! Menos mal que siempre has sido muy eficiente.

Ayer nos quedamos hablando un buen rato. Me dijo que después de casi cuarenta años de trabajo, cree que ha llegado la hora de jubilarse. Me confesó que no se había atrevido a formular esa petición al anterior director, siempre tan serio, porque en el fondo sabe que muchas cosas en el centro dependen de él, que los directores tienen su carrera y mandan mucho pero él es el único que sabe qué truco tiene la puerta del gimnasio o dónde se guardan las hojas de examen. Pero que conmigo la cosa es diferente, conmigo hay confianza. No porque yo sea una mujer, ya que hoy en

día las mujeres mandan igual que los hombres, sino porque me conoce desde que era una mocosa lista y retraída de quien siempre sospechó que llegaría lejos.

Al llegar a este punto, Juan ha bajado la cabeza y ha callado, como si no supiera por dónde continuar o como si temiera haber metido la pata. Me ha conmovido su actitud, su debilidad, acostumbrada como estaba a verle siempre como el más fuerte de todos, como el defensor de las causas nobles, como el salvador de las personas en peligro. Solo se me ha ocurrido decirle:

— Claro que sí, Juan. Te mereces esa jubilación, te la has ganado. Y si el nuevo conserje no consigue abrir la puerta del gimnasio, supongo que no te importará que te llame para que le expliques cómo se hace, ¿verdad?

Su cara se ha iluminado de alegría.

— ¡Pues claro, mujer, faltaría más!

— Entonces, en cuanto logre despejar un poco la mesa, nos ponemos con lo de tu jubilación. Prometido.

Creo que su primer impulso ha sido besarme las mejillas. Estaba emocionado. Si se ha contenido, habrá sido porque ha pensado que ya no tengo diez años. Ha dicho:

— Mi mujer se va a poner loca de contenta cuando se lo cuente. Ya me lo decía ella, que te podía pedir este favor porque tú ibas a escucharme.

No quería que Juan me viera emprender este paseo hacia mi memoria. Precisamente él. Por eso he esperado a que se marchara.

En los patios todavía quedan jugadores de fútbol y de baloncesto. No se marcharán hasta dentro de dos horas, por lo menos. Ellos son los últimos colonizadores diarios del centro, pero solo les interesan los espacios exteriores, jamás las aulas, ni los pasillos, ni la biblioteca, ni el laboratorio. A estas horas, da la impresión que las zonas de clase no son de nadie. Precisamente por eso las siento de mi absoluta propiedad. También los sonidos que las recorren y los olores que las habitan, como si fueran espectros, tan antiguos como reacios a abandonar el lugar. Para eso estoy aquí, para volver a encontrarme con estas sombras negras, porque ellas me pertenecen en exclusiva.

Las baldosas blancas y verdes del vestíbulo siempre me parecieron el escenario de una partida silenciosa. A veces jugaba a

pisar solo las blancas, convencida de que ese gesto atraería la buena suerte. Las verdes, en cambio, me parecían aliadas de la desgracia. Si la punta del zapato rozaba una baldosa verde, significaba que a lo largo del día iba a ocurrirme algo malo. Si, por el contrario, no calculaba bien y la mayor parte del pie caía sobre suelo prohibido, la catástrofe me estaría acechando a la vuelta de cualquier esquina.

Luego están los sonidos. Parece que puedo escuchar esa algarabía destemplada de la entrada, a primera hora, cuando todas las voces se unían en una especie de ebullición insoportable. Juan, en la puerta, se quejaba, y mandaba callar a los que alborotaban demasiado. Aunque su jurisdicción acababa donde comienza el pasillo. En aquella época, Juan ejercía de portero desde una garita que habían instalado para él en el vestíbulo. Su aspecto de hombre fuerte nos cohibía, pero mucho más el timbre grave de su voz y, sobre todo, la severidad con que nos miraba. Luego supe, con los años, que su mal genio era impostado, una máscara que se colocaba cada mañana al llegar al trabajo, solo para hacerse respetar.

Subo la escalera agarrándome al pasamanos, con calma. Los días en que llegaba tarde solía subir estos escalones de tres en tres. Ahora los observo y me pregunto cómo es posible que una niña como yo, que nunca fue muy ágil y que no estaba dotada para los ejercicios gimnásticos, hiciera algo así. ¿Tal vez la urgencia, el temor a llegar tarde o el miedo a llamar la atención me acuciaban hasta ese punto? El miedo, sí. No me importa recordarlo. Más que miedo: terror a llegar tarde. Pavor a ser el centro de las miradas.

A mis doce, trece, catorce años, no había nada peor para mí que entrar en el colegio y descubrir que no quedaba nadie en el vestíbulo. Atravesaba el suelo de ajedrez sin poder dejar de pensar en lo que me esperaba arriba. Subía esta misma escalera a velocidades olímpicas. Llegaba arriba sin resuello, y me detenía a tomar aliento, a controlar mis ataques. En aquella época, cuando me asustaba, tenía dificultades para respirar. Sin concederme apenas dos segundos de tregua, me dirigía hacia la clase. Si el profesor aún no había llegado y en el aula reinaba el desorden previo al inicio de la jornada, me daba por satisfecha. Si, por el contrario, el profesor ya estaba en su lugar y mis compañeros guardaban silencio, sentía que me invadía aquel pánico que tan bien conocía. Más de una vez me había quedado junto a la puerta,

maldiciendo mi suerte por llegar cinco minutos tarde, preguntándome si me atrevería a entrar o sería mejor esconderme en uno de los baños hasta que terminara la clase y pudiera entrar sin llamar la atención. Algunas veces me armé de coraje, empujé la puerta y dejé que todas las miradas se clavaran en mí. Anduve hasta mi mesa intentando no hacer caso de los comentarios que escuchaba por el camino, los mismos de otras veces, los que me habían herido ya con anterioridad, los que quería olvidar pero no podía. Y normalmente, la conmiseración del profesor:

— Bueno, basta. Dejad en paz a la pobre Belén.

Y las ganas de llorar siempre bajo control. Porque lo último que se debe hacer en una situación así es llorar. Cuando lloras, has perdido la partida para siempre. Yo lo sabía bien.

Exactamente esta era el aula. La miro desde fuera, preguntándome si merece la pena entrar. Busco la llave, la introduzco en la cerradura. Recuerdo las baldosas, que figuran cubos y esferas, en un trazado geométrico. Por primera vez le encuentro explicación a recordar tan nítidamente los dibujos que adornan cada uno de los suelos del centro. Reparo en la dolorosa verdad: durante mi niñez y mi adolescencia, miré mucho más al suelo que al frente. Bajé la cabeza siempre, asustada por la idea de enfrentarme, de plantar cara. Y siento una extraña rabia por no haber sabido hacerlo y también una honda lástima por la estudiante que fui, siempre aplicada, mejor que la mayoría, y sin embargo siempre asustada por aquellas a quienes les daba rabia que yo fuera como soy. Y silenciosa, claro. El silencio que siempre fue una consecuencia terrible, pero también uno de los mayores culpables de lo que me ocurría.

Me dirijo ahora a los lavabos. No sé por qué esperaba encontrar los de entonces, con sus puertas de madera oscura y sus baldosas desportilladas formando motivos florales. Era evidente que había que reformarlos. Por eso lo que encuentro solo se parece en parte a lo que conservo en mi memoria. Me alegro tanto cuando lo veo que me quedo detenida en la puerta, con una expresión que me da risa al descubrirme en el espejo. Si alguien me viera ahora…, pienso. La nueva directora, que llega al instituto avalada por un insuperable expediente académico y después de una brillante carrera en el departamento de educación, se pone nostálgica observando media

docena de retretes. Qué cosas.

Yo solía refugiarme en estos baños. Entonces, sus puertas de madera oscura eran de esas que no llegan al suelo, que dejan un hueco de unos veinte centímetros por los que desde fuera se puede ver si hay alguien dentro. A menudo me escondía aquí cuando llegaba tarde, y pasaba una hora completa en este breve espacio custodiado por un váter sin tapa. Casi siempre, leyendo. A veces, escribiendo mis pensamientos en un cuaderno cuadriculado. También durante el recreo. Era más complicado, porque debía procurar que no me descubrieran. De modo que ideé una manera de encaramarme al retrete para que nadie pudiera ver mis pies desde fuera. No era fácil, pero sin duda debía de ser más elástica que ahora, porque lo lograba. Cada vez que alguien empujaba la puerta con intención de entrar al baño, contenía la respiración. Escuchaba sus comentarios desde dentro, muerta de miedo:

— Está atrancada.

O:

— No sé qué pasa, no se abre.

A veces reconocía la voz de Miriam, o de Isabel, o de Carmen, y mi corazón se disparaba. Sabía que no habían de tardar mucho en descubrirme, pero igualmente aguantaba la respiración. Hasta que Miriam se tumbó en el suelo y metió la cabeza por el hueco de la puerta.

— La puerta no está atrancada. Es la asquerosa de Belén. Menudo morro. Vamos a decírselo al director.

En cuanto se fueron —las tres juntas, como siempre— salí del escondrijo y me senté en un banco del patio. Mi corazón no dejaba de galopar a toda velocidad. Desde allí, pude ver al director entrar en el baño de chicas en compañía de las tres delatoras. Me pareció que le molestaba mucho perder su precioso tiempo con aquella falsa acusación, y que por eso las regañaba. Y al hacerlo encendió la ira de la bestia, claro. Porque desde luego, Miriam no iba a perdonarme que la hubiera dejado en ridículo, de eso estaba segura.

Los dos días que siguieron no quise ir al colegio. Fingí que me dolía la tripa, que tenía ganas de vomitar, que estaba muy débil y que me había venido la regla (por este orden). Al tercer día, mi madre consideró que ya era suficiente y me llevó al colegio en su coche. Además, se detuvo frente a la puerta para asegurarse de que

entraba. Luego supe que también había ido a hablar con el director, a quien le comunicó su preocupación por mi comportamiento de los últimos días. El director le dijo que no había detectado nada anormal y que no debía preocuparse, porque mi rendimiento académico era, como siempre, excepcional, el mejor de la clase. Yo era, como suele decirse, la empollona del grupo. Aunque también eso iba a cambiar. Recuerdo que aquella mañana, cuando mi madre me dejó en la puerta del centro y esperó a que entrara, lo hice con tanta precipitación que pisé una baldosa verde. Mi pie cayó justo en el centro, como una isla alargada en medio de un mar oscuro. Supe de inmediato que se acercaba algo terrible. Y no me equivoqué.

Es curioso. Descubro que, al igual que en algunos lugares parecen concentrarse los malos recuerdos, hay otros que solo conservan los buenos. La biblioteca, por ejemplo. Muy pronto descubrí que los libros eran buenos amigos de los solitarios como yo. Ellos no me excluían de sus juegos, no murmuraban cosas desagradables a mi paso ni se burlaban de mi torpeza o de mi inteligencia. Por eso comencé a pasar los recreos en la biblioteca. Fue allí donde conocí a Laura, mi única amiga verdadera de esos tiempos. Tenía un año menos que yo pero iba dos cursos por debajo. No podía salir a jugar al patio porque sufría una enfermedad cardiaca que le impedía realizar ejercicio físico. Era flacucha, de piel muy blanca, y tenía unos ojos azules muy claros, que en un primer momento causaban impresión. Casi no hablaba, y cuando lo hacía era con un tono de voz tan bajito que sus palabras no se escuchaban. Parecía débil como un pájaro.

Recuerdo que lo primero que le dije fue lo afortunada que era por no tener que hacer gimnasia, porque la gimnasia era un asco.

Me miró un poco ausente, levantó la vista del libro, y me dijo:

— A mí me gustaría marcar un gol alguna vez.

Desde entonces, nos encontramos a diario en la biblioteca. Ella estudiaba, o subrayaba algún libro, o leía una novela de aventuras. Me habló de Julio Veme. De Stephen King. De historias cursis de internados que a ella le daban náuseas (pero a mí me despertaban tanta curiosidad como los asesinos o los aventureros que tanto le gustaban). Yo leía todo lo que ella me recomendaba, y a mi vez le hablaba con entusiasmo de mis propias lecturas. Yo entonces jamás había conocido más biblioteca que la de mis padres, donde

cohabitaban las leyendas de aparecidos de Bécquer, con el despecho poético de Sor Juana Inés de la Cruz, las rimas consonantes de la exaltación amorosa de Rafael de León o la colección completa de los Premios Planeta… Un día Laura me invitó a su casa y comprendí que nuestra amistad había traspasado la barrera de lo imaginario para adentrarse en el mundo real. Hasta ese momento, solo habíamos hablado de historias que ocurrían en las páginas de los libros.

Los mismos libros, por cierto, que siguen aquí, alineados en su lugar, esperando a que alguien llegue y los lea. Cojo uno. *Miguel Strogoff*, de Julio Verne, uno de los primeros que leí por recomendación de Laura, quien lo había descubierto primero. Sus páginas amarillean, huelen a papel viejo. Al final, en un sobre que fue blanco, se conserva la ficha de lectura. Una diminuta cartulina rayada donde la bibliotecaria de entonces anotaba cuidadosamente qué lector había tomado prestado cada volumen. Hace años que dejó de llevarse este registro manual y se sustituyó por otro informático, más moderno y eficaz. Pero la tarjeta sigue ahí, con las esquinas gastadas por el tiempo, exhibiendo la lista de lectores que alguna vez pasaron por estas páginas. Repaso con el dedo índice los años y los nombres hasta que doy con ella: Laura Blasco Quílez. 12 de febrero de 1982. Tres nombres más abajo está el mío. Me gusta reconocerme aquí, en este libro que me trae tan buenos recuerdos. Me alegra que también él me conserve en su memoria.

No pasé por todas las aulas, naturalmente, pero me doy cuenta de que a lo largo de mi vida como estudiante me quedaron pocas por habitar. Me llama la atención cómo los recuerdos acuden a mi llamada en solitario, como si cada lugar pudiera conservar uno y solo uno. La alacena donde, en quinto, guardábamos el conejillo de indias que se convirtió en nuestra mascota. En honor a nuestro curso, le pusimos Quintiliano. O la pizarra donde descubrí que era miope, en cuarto, y tuvieron que sentarme en las primeras filas a pesar de que siempre fui de las más altas. Hasta que mis padres decidieron llevarme al oculista y él encontró la cura para mi problema, y me mandó usar gafas, las primeras, las que me devolvieron a mi sitio en la última fila. También reconozco el cristal que se hizo añicos durante un recreo, y que hirió a la profesora de inglés, a quien llamábamos *la sailensplís*, a causa de su muletilla

preferida; o el ventanal junto al que se echaba sus interminables siestas el profesor Alarcón, de matemáticas, al solecito tibio de todas las tardes.

Mis pasos me llevan, para terminar la visita, hacia los patios. Aquí, junto a las canchas de baloncesto, sigue estando el gimnasio. Es un espacio grande y bien equipado, el empeño de uno de los antiguos directores por dotar al centro de un lugar digno donde practicar deporte. Lo veo ahora y reconozco que es un privilegio contar con algo así: colchonetas, aparatos, barras de ejercicios, material para practicar gimnasia rítmica, dos plintos, tres potros… Y sin embargo, no puedo apartar de mi mente el tormento que para mí significaba la dosis semanal de educación física.

Miriam y sus amiguitas tuvieron bastante tiempo para tramar su venganza. Para mi desgracia, el día en que regresé al colegio después del incidente del lavabo fue, precisamente, un jueves. Y los jueves tocaba gimnasia. Ya en el vestuario comencé a confirmar todos mis temores. Miriam, Carmen e Isabel me dirigían miradas a cada rato, sonreían de aquel modo que a mí me daba tanto miedo y hablaban entre ellas cuchicheando.

Continuaron haciéndolo durante las dos horas que pasamos en el gimnasio. Se reían como hienas, al mirarme. Se burlaban de mi escasa agilidad, o de mi físico, o de mi chándal, de cualquier cosa. Hacían que el resto de la clase se riera también. Decían:

— Tienes que aprender a saltar, asquerosa.

O bien:

— Te pesa el culo, Ramírez.

También murmuraban aquellos insultos que nunca más he sido capaz de repetir. Es curioso, ni siquiera ahora que soy adulta puedo hacerlo, como si su sola mención me ensuciara, me convirtiera en alguien peor de la que soy.

Aquella tarde, cuando entré a los vestuarios después de la clase, mi ropa estaba allí. Me duché de las últimas, como siempre, después de que Miriam y sus amigas lo hicieran. Siempre me comportaba así por miedo, para que no se metieran conmigo, para no tener que soportarlas.

Se valieron de eso. Sabían que las evitaba, que las temía. Aprovecharon cuando entré en la ducha para robarme la ropa. Luego se llevaron también el chándal, y la toalla. Y mi bolsa. Y todo

lo que me pertenecía. Aquel día entré algo más tarde de lo habitual en la ducha porque me entretuve hablando con Marta, la delegada. Me preguntó por los deberes, por el trabajo de sociales, por el examen de matemáticas. Me dijo que había estado enferma últimamente y que no tenía ni idea de lo que habían mandado los profesores y que, como yo siempre estaba al día y tenía tanta fama de empollona, seguro que podía ayudarla. Por supuesto que la ayudé. Incluso me sentí honrada de que necesitara mi ayuda. Qué idiota. No me di cuenta hasta mucho después de que Marta estaba colaborando con Miriam y las demás, de que se había convertido en su cómplice.

El plan les salió a la perfección. El vestuario quedó desierto. Cuando decidí salir de la ducha, apenas se oía a nadie afuera. No encontré la toalla sobre la puerta, donde la había dejado. Pensé que se había caído y busqué por debajo, pero tampoco logré dar con ella. Intenté abrir por si se había quedado fuera de mi alcance y fue entonces cuando me di cuenta de que habían atrancado la puerta por fuera. Forcejeé un poco, pero fue inútil. Allí estaba, desnuda en la ducha, muerta de frío, sola. Un animalito idiota que acaba de caer en una trampa. Lo único que se me ocurrió fue pedir socorro.

— Por favor, ¿alguien puede abrir la puerta?

Me contestó la voz de Miriam:

— Te jodes, Ramírez. Y esta vez no nos delates o la próxima será peor.

Escuché más risas. Reconocí a Carmen, a Isabel, a Marta, tal vez a alguien más. Me pareció que había también voces masculinas. De modo que el complot era universal, cósmico, insufrible. Grité. Con todas mis fuerzas.

— ¡Por favor! ¡Estoy desnuda! ¡Tengo frío!

— Se han ido todos, asquerosa. Si quieres salir, aprende a saltar, que buena falta te hace.

A continuación escuché que la puerta se cerraba desde fuera. Dos vueltas de llave. Recordé que Miriam era aquella tarde la encargada de cerrar los vestuarios y devolverle la llave al conserje. Pensé que no tenía escapatoria. Que lo habían tramado todo a la perfección.

Tardaron más de seis horas en encontrarme. Fue Juan. Cuando escuché que alguien abría la puerta, estaba harta de llorar,

congelada, encogida en un rincón. No había conseguido salir de allí, a pesar de haberlo intentado de todas formas. No me atrevía a saltar las mamparas de las duchas, no logré desatrancar la cerradura, no cabía por debajo de la puerta ni reptando como una anguila sobre las baldosas. No tenía escapatoria. Y podría haber sido peor: podría haberme quedado allí hasta el día siguiente, o hasta que mis padres me echaran de menos. Si tuve tanta suerte fue porque Juan jamás se va del centro sin hacer su última ronda. Y aquella tarde, algún presentimiento le llevó a abrir la puerta de los vestuarios femeninos. Él explicó que le había alertado no sé qué cosa del agua. El caso es que escuché sus pasos y me atreví a gritar:

— ¡Estoy aquí! ¡Me han encerrado!

Se acercó enseguida. Desatrancó la puerta (la habían sujetado con un pedazo de alambre) y me rescató. Bueno, primero fue a buscar una toalla, porque cuando supo que estaba desnuda creo que se sintió más asustado que yo.

Al día siguiente, en el colegio no se hablaba de otra cosa. La voz había corrido sin que yo me explicara cómo (aunque estaba clarísimo: habían sido ellas, Miriam y sus compinches). Todos me miraban por los pasillos, cuchicheando. En cambio yo, no podía mirar a nadie a la cara. Ni a Miriam, ni a Carmen ni a Isabel ni a Marta ni, en realidad, a ninguno de mis compañeros, que si no habían participado en la burla cruel, habían actuado como mudos testigos. Durante unos días esperé a que alguno me ayudara y les delatara. Todos sabían quién había sido. Pero nadie lo hizo. Tampoco nadie habló del tema. El silencio se había cerrado sobre mí.

Después del recreo, me llamó el director a su despacho. Recuerdo que cuando entré en aquel lugar por primera vez, me pareció horriblemente triste y oscuro. Había retratos de señores antiguos colgados por las paredes, y la mesa era de madera oscura, casi negra, lúgubre. Me senté en el sillón, frente a él, y esperé a que lanzara la pregunta que estaba esperando:

— Quiero que me digas quiénes fueron.

Callé. El corazón me latía a mil por hora. Desde luego, no pensaba delatarlas. No quería arriesgarme a una agresión aún mayor.

— Solo tienes que decirme sus nombres. Tengo alguna sospecha,

pero necesito que me la confirmes para que todo el mundo reciba lo que se merece.

— ¿Cuál sería el castigo? —pregunté.

— La expulsión, por supuesto —dijo. Por un momento, vi el cielo abierto. Pensé que podría librarme de ellas. Pero a continuación el director añadió—: Durante diez días, por lo menos.

Comprendí que no había nada que hacer.

— Fue un accidente —dije—. Fue culpa mía.

El director me lanzó una mirada incrédula.

— ¿A quién quieres engañar, Belén? Todos sabemos que han sido algunas de tus compañeras. Tienes que decirme sus nombres.

Una voz en mi interior gritaba, rabiosa: «Miriam Esteban Pérez», «Carmen Galán Soria», «Isabel Martín Segura», «Marta Cuéllar Santolaya»… Pero era una voz interior muy débil, ahogada por mi miedo a hablar, por mi terror a que volviera a ocurrir. Por mi pánico. Como siempre.

Por supuesto, tampoco en casa dije nada. Mi madre me preguntó qué había pasado en los vestuarios y yo me limité a decirle que había sido una broma, que todo el mundo gasta bromas, que no tenía importancia. Ella insistió, quiso saber si ese acoso que estaba sufriendo era el causante del bajo rendimiento del que últimamente hablaban mis profesores. Me enfadé con ella. Creo que grité.

— A mí no me acosa nadie —dije—. Ni se te ocurra decirle eso al director.

Aquel trimestre suspendí tres, por primera vez en mi vida. Pero mi madre, que terminó por creerme, lo achacó a otras causas: el desconcierto propio de la pubertad, la aparición de algún pasatiempo nuevo o algún enamoramiento inexistente.

Lo peor que tiene la miopía de ciertos adultos es que no se cura poniéndoles gafas.

Entro en los vestuarios de las chicas y no puedo evitar sentir un escalofrío. Las duchas ya no son como entonces. Las cerraduras las cambiaron por otras más seguras poco después de mi incidente. El resto, lo fueron remodelando en diversas etapas. Ahora no sería posible encerrar a nadie. Juan nunca más se ha ido del centro sin revisar una por una las estancias, incluido el gimnasio y los vestuarios. Las peores cosas que nos ocurren dejan enseñanzas importantes en aquellos que saben escucharlas. También el tiempo

ayuda. Atravieso la puerta del vestuario y reconozco que, por fortuna, tampoco yo soy la misma de entonces.

Ha anochecido. Vuelvo al despacho y llamo a casa. Le digo a Óscar que no tardaré en llegar, que no empiece a bañar a nuestro hijo sin mí, que se me ha hecho un poco tarde con el lío del primer día. Reviso las pilas de papeles que tengo sobre la mesa, intento poner un poco de orden. Hago varios montones: cuestiones académicas, expedientes de alumnos, listas de proveedores, currículos de posibles aspirantes a profesores y personal… Esta tarde he estado ojeando esta última, porque hay un par de plazas que el centro necesita cubrir con urgencia. De modo que mi etapa en mi antiguo colegio comenzará haciendo crecer la plantilla.

Ojeo de nuevo las solicitudes y los currículos. Sé lo que voy a encontrar, solo busco ponerle un cierre coherente a este primer día. Me detengo en la fotografía que acompaña una de las solicitudes. Es una mujer de mi edad, de mirada penetrante, pelo rizado y rubio, guapa. Su currículo viene acompañado de una nota manuscrita:

> *Querida Belén*:
>
> *Me he alegrado mucho al saber que eres la nueva directora de nuestro antiguo colegio. Por eso me he animado a escribirte enseguida, con la esperanza de que puedas comprender mi situación. Dejé de trabajar cuando nació mi hija (tiene cinco años) y no hace mucho quedé viuda. Te hago llegar mi currículo, donde verás que tengo experiencia como profesora (de Literatura) y que mi expediente académico no es malo (aunque tampoco tan brillante como el tuyo). Te lo pido como un favor personal, porque lo necesito de verdad. Si no fuera así, sabes bien que no me atrevería a hacerlo. Al margen de eso, quiero añadir que desde hace tiempo sigo tu trayectoria y tus éxitos, y siempre me he alegrado mucho por ellos.*
>
> *Te mando un abrazo. Tu antigua compañera*
>
> *Miriam Esteban*

Observo la foto durante unos minutos y me sorprende que no me despierte ningún sentimiento. Recuerdo las palabras de Laura, a quien nunca volví a ver después de aquel curso. Alguien me dijo que había muerto hace mucho.

Arrugo el currículo de Miriam y lo arrojo a la papelera, que está al otro lado de la mesa. La bola de papel describe una parábola perfecta y cae dentro del cubo metálico. Justo en el centro.

Gol.

LARARIUM

1. ARIADNA

DE HABERLA CONOCIDO, ARIADNA HABRÍA SIDO mi tía abuela. Fue la primogénita de mi bisabuela Margarita, solo dos años menor que mi abuela Teresa. De ella solo he conocido una expresión severa, casi feroz, en una foto enmarcada que Teresa tenía sobre el mueble del pasillo. Sobre una superficie de mármol negro se alineaban los retratos de varios desconocidos de aspecto solemne. Teresa llamaba a aquello su altar familiar, su larario. En él solo cabían los espíritus de aquellos parientes de quienes apenas quedaba memoria entre los vivos. De Ariadna, feroz entre los solemnes, ya solo queda el fantasma de esta historia que pervive en la familia.

Ariadna era epiléptica, un mal que entonces se interpretaba como cosa del demonio. Su madre vivía aterrorizada ante la amenaza de sus violentas crisis, aplastada bajo el sentimiento de culpa que la inducía a acusarse con dureza del mal de su pequeña.

A la edad en que los enseres de la infancia comienzan a desterrarse por sospechosos, Ariadna quiso una casa de muñecas.

— Eres ya muy mayor para estas cosas —refunfuñó su madre, cuando ya había cedido.

Ariadna dispuso con mimo el nuevo juguete justo en el centro del recuadro de sol que se filtraba por la ventana de su cuarto. Desde ese día, se dedicó a él por completo.

Eligió una cachemira suave y esponjosa, de color lavanda —su favorito— y tejió con ella una diminuta colcha. Blonda para las cortinas, hilo para las sábanas, lana para las alfombras, que recortó con esmero, para dejarlas a escala del hogar en miniatura. Los platos, de barro cocido, los moldeó ella misma, irregulares y únicos. Abasteció la despensa, perfumó cada rincón, decoró el jardín con ínfimos brotes que tomó de las jardineras de su madre.

A medida que la casa de juguete tomaba un inquietante aire de

lugar habitable, Ariadna descuidaba su cuidado personal. Dejó casi por completo de comer, no accedía a bañarse (y cualquier remota sospecha de obligación despertaba al instante sus ataques de monstruo indomable), su pelo se veía enredado y grasiento y su viejo camisón azul, que ya no se quitaba nunca, estaba cubierto de lamparones.

En vano sus padres alertaron al médico de la familia. El buen hombre suspiró, impotente.

— Yo ya no sé… La medicina no conoce… Si ella es feliz así… —suspiraba, con ojos húmedos.

Durante algunas semanas después de aquella última visita del doctor, Ariadna permaneció encerrada en su mundo, que solo parecía pequeño cuando se analizaba con ojos de persona mayor.

De pronto, un día pareció despertar de un sueño:

— Quiero ir a comprar un muñeco —dijo.

Fue tanta la alegría de la madre que ni siquiera halló una razón para alarmarse. Ariadna consintió, por primera vez en mucho tiempo, en asearse a conciencia y estrenar ropas de jovencita. Con un aspecto impecable y el largo cabello rubio recogido en una trenza, acompañó a su madre a la juguetería. Evaluó con brevedad algunos muebles para casas de muñecas, pero nada despertó su interés. Le habló con seguridad a la dependienta:

— Deseo ver muñecos.

La madre sonrió con apuro.

— Son para la casa de muñecas que compramos hace cosa de un mes, ¿recuerda?

La joven observó a Ariadna por encima de la montura de sus lentes doradas y se encaramó a un taburete. En los estantes consiguió tres personajes envueltos en papel de celofán, que dejó sobre el mostrador. Ariadna negó con la cabeza nada más ver la mercancía.

— He dicho muñecos. Varones. Estas son chicas.

La vendedora cumplió el encargo con apremio después de disculparse, porque en ese terreno, dijo, la oferta era mucho más reducida. Al momento, Ariadna disponía de tres modelos entre los que decidirse.

Le llevó un buen rato decidirse. Los contempló uno por uno. Solicitó a la mujer que los librara de su envoltorio para explorar

mejor algún detalle. Los tocó con mimo mientras la madre se incomodaba. Al fin, resolvió. Señaló uno de ellos: media melena castaña, chaqueta, corbatín y sombrero de terciopelo. Un ejemplo de elegancia masculina.

Nada más llegar a casa, la niña tumbó al muñeco sobre la cama del dormitorio principal de su casa de muñecas y lo tapó con la colcha de cachemir de color lavanda.

— Eso es —murmuró, sin sonreír, tal vez con la misma expresión de la foto enmarcada.

Por la mañana, un silencio inusual alertó a la madre. Llamó a la puerta del cuarto de Ariadna, se alteró la tercera vez que pronunció su nombre y no obtuvo respuesta.

Cuando entró, no halló a nadie. La cama estaba sin deshacer. La casa de muñecas reinaba sobre el rectángulo de sol. Todo estaba en perfecto orden, cada cosa en su lugar. La luz solar filtrada por los pequeños visillos lo teñía todo de un aire de alegre novedad.

En la cama, bajo la colcha de color lavanda, había dos muñecos.

Él, con media melena castaña, chaqueta, corbatín y sombrero de terciopelo.

Ella, con larga melena rubia y un gastado camisón azul.

2. EL MONSTRUO

El paradigma de mis terrores infantiles era una enorme máquina de rayos equis que parecía un animal antediluviano y que habitaba en un cuarto trasero, más allá del lugar donde los pacientes de mi padre se tumbaban dócilmente en la camilla. Mi padre la utilizaba para observar a personas enfermas, siempre ataviado con su mandil y sus guantes de plomo. En su presencia, ella se hacía la inofensiva, hasta la simpática. Tenía un pedal hidráulico en el cual mi padre jugaba a divertir niños —arriba, abajo, arriba, abajo…— y una pantalla verde que de vez en cuando mostraba lo que ningún ojo podía ver: lo que había más allá, en el interior.

La verdadera faz de aquel monstruo solo se mostraba de noche, cuando alguien me mandaba a buscar algo al consultorio y yo intuía en el cuarto de atrás la presencia callada y amenazadora de la

máquina. Pensaba que en cualquier momento podía capturarme con aquellos elásticos que servían para sujetar a los bebés, o venir por mí con sigilo de reptil gigante. Para mi extrañeza, el monstruo jamás me atacó, ni siquiera se asomó a la puerta del cuarto donde lo teníamos encerrado. Aunque en más de una ocasión lo descubrí tramando algo, preparándose para salir, odiándome en la oscuridad y el silencio que siempre le acompañaban.

Cuando fui un poco mayor traté de comprender: tal vez yo también odiaría con toda la fuerza de mis entrañas oxidadas si me obligaran a vivir en aquellas condiciones de soledad, estrechez y trabajo forzado. Nadie lo limpiaba jamás. Nadie reservaba para él las alegres horas de la diversión familiar de que sí gozaban otras máquinas de la casa. De todos los miembros de la familia, solo mi padre acudía de vez en cuando al cuarto trasero para preocuparse por su estado. Encendía la luz, murmuraba algunas palabras, pulsaba algún interruptor y volvía a salir de inmediato.

Cuando mi padre murió, la vieja máquina quedó sumida en su silencio. Se desvalijó el consultorio y mamá dispuso que el cuarto de atrás se utilizara como trastero. Libros de texto viejos, muñecas descabezadas, viejas fotografías familiares que habían perdido su lugar… Cualquier cosa que nadie extrañaba terminaba allí sus días. La máquina, mientras tanto, permanecía imperturbable. Cada vez que iba de visita a casa de mi madre procuraba no demorarme demasiado entre las pilas de cosas, y jamás apagaba la luz antes de cerrar la puerta. Creo que disfrutaba abandonándola allí, a oscuras, rodeada de basura inservible. Era mi venganza, muchos años después.

Cuando mi madre murió y nos vimos en la penosa circunstancia de vaciar la casa, la vieja máquina fue el mayor problema. Un mecánico la desmontó pieza por pieza —la mampara, la plataforma, el cuadro de mandos…— hasta dar con un cilindro azulado de algo más de un metro. «Aquí está el alma de este mamotreto. Deben tener cuidado. Es muy tóxico».

Resolví llevarme el tubo a casa mientras encontraba el modo de deshacerme de él. Lo dejé en el baño de la entrada, uno muy pequeño que jamás se usa. Y cerré la puerta.

Cada vez que paso por allí siento latir el corazón del viejo monstruo. Sé que aún espera su oportunidad.

Aunque a veces tengo la impresión de que a quien de verdad espera es a mi padre.

3. TERESA

De pequeña, solía visitar a mi abuela Teresa cada domingo por la tarde. Ella vivía en un piso grande, gélido, habitado por las sombras. Nos refugiábamos en el salón, en compañía de un televisor y una estufa de butano siempre encendidos. Mi abuela compraba comida preparada y alargaba la sobremesa hasta pasadas las cuatro. Me contaba viejas historias familiares. Algunas estaban protagonizadas por parientes remotos, que solo pervivían en su memoria y en los viejos retratos de su altar particular. Cuando los nombraba, Teresa les devolvía el aliento para que reinaran sobre nosotras.

Después, antes de que la tarde venciera del todo, salíamos. Caminábamos sin prisa, ella agarrada de mi brazo, hasta la vieja casa familiar, un lugar vasto como un mundo donde mi abuela había decidido de pronto hacer reformas. Nuestra labor de todos los domingos consistía en supervisar el trabajo semanal de los albañiles. Yo la ayudaba a evaluar cada detalle, desde la colocación de los azulejos hasta el tono de las nuevas persianas.

La reforma fue integral: incluyó derribos de tabiques, restauración de mosaicos y renovación del mobiliario y de los electrodomésticos. En una de las paredes del salón, mi abuela mandó pintar un mural inmenso donde se veía un lago de aguas transparentes custodiado por una cumbre nevada.

— Me han dicho que es Suiza —susurró, antes de añadir—: No me cansaría jamás de mirarlo.

Una vez le pregunté cuándo pensaba mudarse a la vieja casa.

— Pronto —contestó.

Mi abuela tenía una tienda de objetos de regalo que era toda su vida. Día tras día, a las nueve y media de la mañana, abría las puertas del establecimiento. A la una y media se marchaba a casa a comer y regresaba por la tarde, para cumplir con su horario comercial sin un solo retraso. De cuatro a ocho. De lunes a sábado,

toda su vida. Sin vacaciones. Si alguien le preguntaba cuándo pensaba descansar, solía responder:

— Yo descanso todo el año.

Si alguien le hablaba de cerrar la tienda, o venderla, decía:

— En cuanto terminen las obras.

La última vez que visitamos juntas la casa familiar, las obras ya casi habían acabado. Todo presentaba un aspecto pulcro, impecable, de vida por estrenar. Los azulejos de la cocina formaban una cuadrícula perfecta, que me recordó a la de los cuadernos escolares el primer día de curso. Los electrodomésticos recién instalados aguardaban, en el silencio de las máquinas, tras sus plásticos protectores. En el cuarto de baño no faltaba nada: ni siquiera el cepillo de dientes, también nuevo.

Regresé solo una vez más, el mismo día del entierro de mi abuela. Me entristecí al descubrir la pátina de polvo que se había acumulado sobre los embalajes sin abrir. La enfermedad de Teresa había durado unas pocas semanas, el mismo tiempo que hacía que nadie iba por allí. Me senté un momento en el sofá del salón, a contemplar el mural de la pared. Mi abuela tenía razón: yo tampoco me habría cansado de mirarlo. Por un momento, me pareció que ella estaba allí, a mi lado, contemplando el paisaje suizo, y que en sus labios se dibujaba una sonrisa dulce.

Mi madre heredó la casa con todo su contenido. Apenas un mes después, decidió venderla. No fue difícil encontrar compradores —una pareja mayor, sin hijos— maravillados con el aspecto que presentaba todo. Valoraron el trabajo de los albañiles y se interesaron por su procedencia, pero no supimos darles razón: solo mi abuela conocía los detalles.

Frente al paisaje suizo solo comentaron:

— Es agradable.

Que yo sepa, nunca nada perturbó su vida allí.



CARE SANTOS (Mataró, Barcelona, 1970). Autora de una extensa producción literaria que comprende ocho novelas, siete libros de relatos y un buen número de libros para jóvenes y niños, campo en la que es una de las autoras más leídas de nuestro país. Ha obtenido el Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla (1998), el Finalista del Premio Primavera de Novela (2007), el Gran Angular o el Edebé de Narrativa para Jóvenes, entre otros. Entre sus títulos destacan *Habitaciones cerradas* (Planeta, 2011), *El aire que respiras* (Planeta, 2013), *Los que rugen* (Páginas de Espuma, 2009), *Pídeme la Luna* o *El anillo de Irina*, entre otros. Su obra ha sido traducida a 18 idiomas, incluyendo el francés, alemán, italiano, holandés, turco, polaco y coreano. Es colaboradora habitual de diversos medios de comunicación, crítica literaria del suplemento *El Cultural* de el diario *El Mundo* y codirectora de la plataforma *La tormenta en un vaso*.

Notas

[1] Estimado amigo: espero que tu estancia sea buena. Sírvete coger cualquier cosa del frigorífico y los armarios. Por favor, escribe en el libro de huéspedes. Saludos, S. < <

[2] Vivimos en la ciudad de los sueños / Conducimos por la autopista de fuego / Deberíamos despertar / Y descubrir que se ha terminado / Recuerda esto, nuestra ciudad favorita. < <

[3] Amada, mira en tu propio corazón. < <

[4] Quien esto escribe, conoce bien el coste / ya que dio todo su corazón, y lo perdió. < <